



The book cover features a complex marbled pattern with swirling veins of blue, red, and grey on a tan background. A central white rectangular label contains the title and author information, framed by a decorative border of small black crosses.

DE DON RAMON
DE MESONERO.

HEMEROTECA MUNICIPAL
DE MADRID



Ayuntamiento de Madrid

AYUNTAMIENTO DE MADRID

CONSEJO DE GOBIERNO

Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Cruz y Arce,
Presidente del Consejo de Gobierno.

Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Cruz y Arce,

Señor.

Yo, Sr. D. Juan de Dios de la Cruz y Arce,

Presidente del Consejo de Gobierno,

de acuerdo con el Consejo de Gobierno,

MR 176

MEMORIAS
DEL
PRINCIPE DE WOLFEN.

Obra escrita en castellano sobre otra que publicó Mr.
Jules Janin en francés bajo el título de **Barnave.**

FOR
D. RAMON LOPEZ SOLER.

TOMO II.

Madrid.

Imprenta de la Compañía Tipográfica.
SETIEMBRE DE 1838.



R/106.055

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXVI.

EL PRINCIPE DE ORLEANS.

DURANTE uno de estos ratos silenciosos, en que amontonadas las testas en derredor del banquero no parecian existir sino en el movimiento de sus manos, oímos á un hombre que entraba por la antesala, echando pestes contra los lacayos y ayudas de cámara porque le habian hecho aguardar.

—He aquí un forastero, dijo Mirabeau, que vocea mas en la antecámara que el parlamento, prueba clara de que se puede hablar en ella sin riesgo de que nos silven.

Al destemplado eco de su voz turbáronse

algun tanto las señoras , pero asegúralas el conde que serian tratadas con el respeto debido á su sexo. Acercábase en esto el recién llegado con la misma insolencia ; y sin duda para provocarle preguntaba el conde con ademan desdeñoso , hablando á su idolatrada pareja.

— Decid, Emilia, ¿ qué viene á buscar entre nosotros el primer príncipe de Francia? Yo le suponía en Inglaterra, ó dibujando con su cabriolé simétricas y caprichosas figuras por el parque de sus alcázares.

Nada, respondió la joven ; pero arrimóse á su amante como buscando por instinto una proteccion ó un apoyo.

— ¿ Preguntais á quién busca? dijo cierta dama de la concurrencia : sin duda á Ines de Bufon que segun es pública voz se resiste á sus halagos.

— Y para eso, replicó el donde , se consumen largas vigiliass en el estudio , se llega al grado de escritor sublime , y se admira al mundo con la *teoria de la tierra* ! Vale mas por cierto ser viuda de un hombre vulgar,

que de un naturalista célebre, si nos conduce esta nombradía á sufrir las persecuciones de un desconceptuado magnate.

Levantó los ojos y encontróse con los del tumultuoso personaje que acababa de llegar. Era hombre de elegante estatura y regulares facciones; pero mirándolo todo de través y percibiéndose en su rostro las huellas del desenfreno y las ruines intenciones del ánimo. Advertíanse aun en él los restos de una hermosura noble y varonil, bien que ajada y marchita por relajadas costumbres, y no se qué de vulgar en las espresiones y modales. Aunque percibió las últimas palabras del conde y no se sonrojó de ellas, enarcó las cejas, y revolviendo los ojos quiso reconocer si habia suficientes amigos que le apoyasen á fin de dar libre curso al ímpetu de su cólera. Pero no viendo mas que jóvenes cebados en el juego, á literatos y á individuos de la asamblea nacional que despreciaban su ambicion é inclinaciones, conoció que no le era posible entregarse á su natural orgullo, y trocó el enojo en destemplada ironía.

*

— ¿Estais cierto, conde de Mirabeau, que la viuda del ilustre Bufon sufra las persecuciones de un grande?

— A ella debiérais preguntarlo, respondió secamente el tribuno: solo puedo decir que como sea así, la compadezco.

— Harto sabeis, continuó el recién venido sin hacer alto en tal respuesta, que los títulos de príncipe, alteza y magnate no me convienen en manera alguna, que hace mucho tiempo los borré de mis dictados, y que el nombre de Felipe á secas es mas grato á mis oídos.

Al eco de estas palabras levantóse un sombrío murmullo, como si se espantasen todos de semejante imprudencia.

— No le creais, señores, gritó Mirabeau echándole una ojeada de desprecio: no es mas que una chanza para captarse el aplauso de los jacobinos.

Montó en cólera el forastero, y brillaron sus ojos con la traidora lumbré que se advierte en los de un enfurecido reptil.

— Tan insolente descaro, dijo, mereceria

castigarse con el látigo , conde de Mirabeau.

— ¡ Cómo con el látigo ! respondió este descargando en la mesa una terrible puñada: servíos enhorabuena de él para ensangrentar las espaldas de vuestros lacayos, mas no para insultar á hombres acostumbrados á haceros rostro en la tribuna y en el campo. Solo un príncipe se ha servido en Francia de tan humillante azote ; pero un príncipe que podia hacerlo todo por ser el mas grande y augusto de la casa de Borbon. Desde Luis XIV nadie quiso manejarle : y solo vos por una imprevision que nos pudiera costar cara , lo estais poniendo en manos de los jacobinos. Es muy extraño , continuó sin mirarle y dirigiendo la palabra al concurso , que el príncipe de Orleans se crea autorizado á cambiar de nombre , á llevar los finos modales de la corte á la sociedad jacobina , y el descaro de los jacobinos á una sociedad de buen olor como la nuestra. Mejor hiciera en consolar á una esposa tan llena de ternura y de virtudes , modelo de un puro cristianismo en los dias de mas corrupcion y desenfreno que ha visto

Francia ; que venir á desconceptuarse entre personas que no han de aplaudir como los descamisados tan impropias degradaciones.

Mientras pronunciaba este discurso con el provocativo gesto que le era natural , reinaba profundo sosiego : todos se complacian en su audacia , aunque ninguno tuviera el descaro de dirigir al príncipe de Orleans este cúmulo de ultrajes. Duró el silencio por espacio de algunos minutos, hasta que volviendo el banquero á dar movimiento á los naipes agólpase en torno de la mesa la mayor parte de los concurrentes.

—Apuesto mil luises contra Mirabeau, exclamó el príncipe con la mayor jovialidad, y como si no se hubiese suscitado entre los dos la menor querella.

Levantóse el conde y vino hacia mí sin hacer alto en tal apuesta. Sorprendiómeme esta accion , y lisongeadó de ella , levánteme para correr á su encuentro.

—Quietó, quietó , díjome al oído : tengo precision de hablar con vos. Barnave y otras personas me han dicho que sois joven de

buenas prendas, caballero, hombre de honor, y como á tal no dudaré abriros mi pecho y suplicaros que por la estimacion que profesa vuestra familia á la casa de Maria Antonietta querais cooperar conmigo á sostenerla, y si fuere necesario á salvarla.

— ¡Ah ! no lo dudeis , exclamé apretándole la mano , hoy mismo (porque ya la luz del dia iluminaba el horizonte) hoy mismo iré á visitaros...

— Nada de eso , interrumpió el conde : la revolucion no está tan sujeta al freno con que me propuse agitarla. Es fuerza deslumbrar la suspicacia , desvanecer la sospecha ; pero espérame la tribuna , y el príncipe de Orleans no dejará de comentar esta breve conferencia. En cuanto se estiendan las sombras de la noche aguardadme en la mas solitaria calle de las Tullerías...

— Entiendo : contad con mi palabra y mi sigilo.

Volvióme la espalda seguido de la hermosa Emilia ; y celoso el de Orleans de ver la preferencia con que me distinguia , ó necesi-

tando acaso de su grande influjo para el buen éxito de la discusion, tendiéndole la mano en muestras de querer reconciliarse. Recibióla friamente el conde, pero no sin respeto, diciéndole que la admitia como de su alteza el príncipe de Orleans, no como de un caballero que hubiese cometido la sandez de despojarse de sus condecoraciones y títulos.

Desapareció al decir esto, y mi amigo Barnave en quien nadie reparara mientras el conde estuvo en el salon, empezó á representar un papel algo mas digno de su celebridad política y oratoria.

CAPITULO XVII.

LA TRIBUNA.

ACERCABASE la hora en que aquellos literatos y personajes debian correr á la asamblea. Asi se gobiernan los estados durante las épocas de revolucion. Hombres estremados en el talento y el desenfreno , mas brillantes que sólidos , mas ingeniosos que profundos, corren desde los lupanares á la tribuna para deslumbrar á un pueblo envanecido que cree hallarse al nivel de sus talentos, por comprender confusamente las adulaciones con que lo inciensan. Desaparece de los discursos

la templanza del ánimo, la fuerza del raciocinio, el magestuoso movimiento y el sabor académico; pero abundan en ellos los cortes, las extravagancias, los sarcasmos, los epitetos y aquel lúgubre son de grillos y cadenas que forma terrible armonía con las cláusulas de desusada trabazon, arrojadas no sin artificio para promover la insolencia del populacho.

Por una casualidad habia visto reunidos en aquella tertulia todos los elementos revolucionarios de Francia. Mirabeau se alzaba entre ellos como el mas florido, ingenioso y robusto: Barnave habia de crear con el tiempo la faccion de los que cegados por un orgullo filosófico quisieron fundar una república, y capitaneaba el príncipe de Orleans á los descamisados que conspiraban para elevar una monarquía sanguinaria sobre las ruinas de otra monarquía pacífica. El sueño tenia postradas á las damas; pero los caballeros se manifestaban dispuestos á todo sin ceder ni por asomo á semejante necesidad. Avergoncéme pues, de andar flojo y soño-

liento, y quise seguirlos á Versalles agujoneado por la curiosidad de ver qué vigor les quedaba en la tribuna despues de haberlo agotado en la disipacion y los placeres. ¿Y no era curiosa tambien la indagacion de hasta donde llegaba el ingenio del orador á quien habia visto malgastar en el juego el amor y las disputas las robustas fuerzas de un Alcides?

Ya por aquel tiempo el clero, la nobleza y el estado llano no formaban mas que un solo cuerpo. A la primera ojeada que lancé por el vasto círculo, comprendí los perniciosos efectos de la igualdad que tanto se proclamaba. Era falso que existiese nivelacion respectiva ante la ley; los privilegios de la nobleza, los fueros de la milicia y las inmunidades del clero, habian pasado al estado llano, el cual lo podia todo hasta insultar las virtudes y el valor de los que le habian conducido á la cultura de que entonces blasonaba. Nada encontré que se aproximase á la idea que me habia formado de las antiguas asambleas y oradores: gentes que disputa-

ban entre sí añejas preocupaciones, chocando con preocupaciones recientes, privilegios legítimos alzando el grito contra privilegios soñados, un tempestuoso lago donde hervían elementos de desórden y de discordia; he aquí el cuadro que presentaba á primera vista aquel célebre congreso. El uno copiaba sin gusto ni plan cuanto había oído decir del senado de Roma; el otro reproducía lo que leyerá en las sesiones de los parlamentos de Inglaterra: este quería trasformar de un golpe á Francia en espartana: aquel pugnaba porque copiase las repúblicas de América, y en medio de esta discordia de opiniones, ninguno se acordaba de proponer algun recurso para moderar los vicios y contribuir á que fuesen los hombres mas virtuosos y felices. Y sin embargo, uno solo hacia que no llegase á su término esta descomposicion social, aunque sobrado sensible á la embriaguez de su triunfo, en vez de dirigir aquel enjambre de pasiones frenéticas, exaltábase con ellas, y prefería el renombre de tribuno al de reformador intrépido y sensato. Era

maravilloso por cierto el ver como todo callaba á su presencia, como se sometia el eco de su voz reflejándose en los semblantes de los diputados el aliento varonil que resplandecía en sus discursos. ¡ Ah ! cuan débil parecia el influjo de Luis XI y de Richelieu comparado con el de ese orador, á la vez poético y filosófico, frívolo y sublime, popular y monárquico ! Al verlo subir á la tribuna acusado de mil crímenes, lleno de vicios, sobrecargado de deudas, cualquiera hubiese tenido los insultantes silbos del populacho, si no se comprendiese desde la primera palabra que pronunciaba el imperio y la influencia que ejercia.

Entretanto mi cabeza se exaltaba, mi corazón se entristecía y miraba á los individuos de aquel concurso como envueltos entre nubes ó cual si fuesen apariciones de un sueño vano.—Sombras parecíanme de diversos colores, las mas vestidas de duelo, las otras vestidas de gala, éstas anunciando un talento audaz, aquellas penetrando el descarrío y animosidad de sus contrarios. En-

tonces comprendí de donde saca sus tintas el fervor de la poesía, donde aprende las verdades el noble pincel de la historia, y como puede encontrarse una décima musa, una nueva fuente de inspiraciones épicas en la vaga y patética exageracion de las ideas.

Levantóse en esto un gran murmullo y apareció el genio que todo lo animaba y que de una sola ojeada veía las envidias de sus émulos, y los artificios de sus adversarios. No se advertía en sus vestidos el dasaliño nocturno: su continente era reposado, y ninguna de sus acciones revelaba los desórdenes que estaba cometiendo poco antes. Cualquiera hubiera dicho que habia pasado la noche tranquilamente en su lecho y paseándose durante el día por sus jardines meditando los discursos que se proponia pronunciar en la asamblea. Las aclamaciones del pueblo lo saludaron, y los diputados se pusieron en pié como para rendir homenaje á un hombre que salia de la esfera regular de los demas hombres. Solo aquel personaje zafio y barrigudo á quien tomara en las más-

caras por el conde, desaprobaba semejantes muestras de sumision y respeto.

—¡Ojalá, exclamó, pudiera echar una mordaza á ese pueblo ignorante y estúpido! Y vos tambien señor marqués (dirigiéndose á un caballero de su derecha) ¿tambien vos doblais una rodilla al ídolo de las verduleras?..... Voto va, que aun haceis mas piruetas para celebrar su llegada que aquel pícaro cocinero que tanto vocea en las galerías.

—Muy buenos dias, hermano, díjole el conde dirigiéndose á él: paréceme que andas algo resentido con mis amigos.

—Bellos amigos por cierto, repuso el hermano menor de Mirabeau, recréate en espaciar los ojos por el concurso y verás mas galopines y fondistas que no se encuentran en las cocinas de un príncipe napolitano.

—Pues es muy raro, vizconde, que se te antoje hablar mal de tan útiles feligreses. Apuesto que no has almorzado esta mañana con el apetito que de costumbre.

Riéronse los circunstantes de esta salida

y fuese á sentar Mirabeau al lado opuesto en que se acomodaba su hermano.

Dirigió desde allí espresivas miradas á las tribunas, á las galerías, á sus prosélitos y amigos, y saludó á una muger romana en las formas y griega en la gracia de sus contornos, que medio inclinada sobre la barandilla aguardaba el momento de la discusion como disponiéndose á tomar parte en ella. Dijéronme que era hermana suya, y no pude menos de exclamar: ¡Dios mio! ¡qué familia tan peligrosa y varonil!

Si Mirabeau no se hallara en la asamblea mis ojos solo descubrieran á Barnave; pero alli como en todas partes nadie se acordaba sino del conde, ni escuchaba otra cosa que sus volcánicos discursos. Y él entretanto sin curarse de tantas miradas, sátiras y elogios, familiarizado con representar el primer papel, mostrábase indiferente á todo hasta á la misma discusion que cobraba interés á medida que iba adelantando.

Barnave ocupaba la tribuna. Acuérdomeme confusamente de que tenia su peroracion el

tono animado y austero de un jóven que desconociendo el corazon humano envuelve el mundo real en otro de ilusiones de escuela. Asi es, que representaba en su modo de obrar y de decir el inflexible vigor de los que apasionados de la revolucion por un fanatismo visionario, complácense contemplando en sus escenas las que tanto embelesaron su fantasía en la historia de los pueblos antiguos. Perjudiciales á los demas y á sí mismos, porque solo ven el mundo que han estudiado en sus libros, mundo creado por los delirios de los sectarios de Platon, todo lo trastornan y destruyen, ni respetan al altar ni al sacerdote, al trono ni al monarca que brilla en él, y ciéganse en su propio éxtasis y apasionanse de sus errores; y al paso que crecen los favorables murmullos y se convierten en aplausos, crece la copia de sus palabras, el raudal de sus afectos; por manera que piensan haber creado una monarquía en pié desde remotos tiempos. Tal era el discurso de Barnave.

Aquella tribuna mas elevada ya que el

trono legítimo, podia compararse á la trípode en que pronunciaba sus oráculos la Pitonisa Delfica. No sé qué venenosos vapores arrojados en aquel volcan destemplaban el espíritu, trastornaban los sentidos, y endurecian el corazon. Alli los mas mozos eran los insensibles, los mas sanguinarios pasaban por virtuosos, y á fuerza de considerarlo todo en obsequio de los principios y en perjuicio de los individuos, convertíanse en tiranos figurándose echarla de templados y benéficos. Así sucedió con Barnave, así con Louven, así con Vergniaud, así con aquellos jóvenes de la malograda Gironda, que pagaron en la guillotina su generosidad mal entendida y filosófica elocuencia. Confieso que á pesar de los vítores y los aplausos compadecia á Barnave. En su melancolía estóica y austeridad republicana, veia brillar fúnebres indicios de violenta y prematura muerte, y para que Barnave subiera al cadalso harto se me alcanzaba que mil inocentes habian de haber andado el mismo camino.

Asi que hubo pronunciado su arenga, le-

vántase Mirabeau, siendo de advertir que al parecer apenas habia escuchado el razonamiento á que iba á contestar. Dirijióse lenta y magestuosamente á la tribuna, y resonaron sus pasos por los escalones que conducian á ella con la siniestra pesadez que retumbarian los de un fantasma á la media noche por las galerías de un castillo solitario. El silencio era profundo, todos detenian hasta el aliento, y Barnave vencedor y agasajado ocupaba ya su ordinario asiento rodeado de sus amigos. Mirabeau, despues de algunos instantes de sublime recogimiento, cruzó los brazos sobre el pecho y lanzando á uno y otro lado enérgicas y ardentísimas miradas rompió pausada y sonoramente su discurso. No era en su principio una sucesion de cláusulas cadentes, sino una cadena de frases fervorosas y cortadas como los robustos suspiros de aquel vehemente atleta. A medida que se acaloraba hacíase elocuente el lenguaje, se ostentaba facil, caudaloso y armónico: su mirada cobraba irresistible predominio: erizábase su revuelta cabellera, en lo

*

alto de la frente como las melenas de un león cuando entra en cólera y apoderábase de toda su máquina aquel fogoso genio de la elocuencia popular que tan fatal había sido á Catilina y á Filipo. Y no se crea que fuese su discurso un modelo de buen lenguaje, de casticidad académica, ó del grande movimiento que pide la oratoria; pues tan pronto se exaltaba como reía, tan pronto usaba del sarcasmo como acudía á la sátira, ó á la dignidad forense. De esta suerte grave y burlon, severo y jovial, blasfemando, amenazando, aterrando ora templado y decidor, ora audaz é injurioso, plagando de barbarismos el mismo lenguaje que cuando le acomodaba era tan puro en sus labios, halagaba, espantaba, suspendía y enfervorizaba. Por otra parte no es posible figurarse cual fuese la abundancia y la variedad de sus palabras y espresiones, ni su absoluto poder con una lengua escasa á la que obligaba á plegarse y flexibilizarse para que bastase á los afectos de su corazón, á sus pasiones ya sublimes ya rastreras, á la variedad de sus tonos, y

al fausto con que prodigaba las metáforas, las flores y las imágenes. Muy pronto desaparecía el arte y perdíase de vista aquel cálculo de una vida entera dedicada al estudio para medir los miembros de un discurso, guardar su movimiento y sus afectos. ¡ Ah! nadie comprendía el artificio de tan gigantesco orador. Por lo que á mí hace, deslumbrado, perdido desde que resonaron en mi testa aquellas máximas, desde que el fuego eléctrico de sus ojos abrasó mis entrañas y el estruendo de los aplausos perturbó mis potencias, estuve casi tentado de renunciar á mis títulos, olvidar nuevamente á mis abuelos, y arrojarme en brazos del tribuno que destruía lo presente y rasgaba el velo del porvenir sin otro poder que su varonil elocuencia.

CAPITULO XVIII.

COLOQUIO NOCTURNO.

CUANDO al salir de la asamblea me iba á tomar algun descanso hasta el momento de la cita , hallábase tan alterada mi cabeza con las fatigas de la noche y las impresiones de la última escena , que me dormí en el carruage y llegué á mi habitacion desalentado y melancólico. Desvaneciöse , empero , la fósforica ilusion de los discursos y los aplausos, y solo veia las desgracias de la familia real y sobre todo las de María Antonieta. El deseo de salvar en ella lo mas digno de veneracion y encarecimiento que poseia la Fran-

cia hacíame suspirar para que llegase la hora de correr á las Tullerías y conferenciar con el hombre terrible á quien habia visto por la mañana arengando en pro de las pretensiones de la plebe, y á quien debia consultar á la noche al efecto de favorecer á los gefes de la monarquía. Considere el lector con qué impaciencia aguardaria la entrevista: descansé breve rato, y asi que me pareció ser la hora, fuime á las Tullerías lleno de curiosidad y premura. Metíme por una calle sombría con el ánimo de aguardar á Mirabeau, por figurárseme que arrastrado de mi anhelo, habia anticipado la hora convenida; pero á pocos pasos distinguí un gran bulto, un hombre que meditaba profundamente entre las sombras; y era el mismo Mirabeau, que segun me dijo, hacia rato que me esperaba en aquel lugar apartado y melancólico. Estrañélo en verdad; pues ¿de dónde le venia al tribuno un interés tan eficaz?... ¿cómo era posible que despues de tales trastornos y fatigas no hubiese tomado algun descanso?... Por mas recia que fuese

la complexion de aquel Hércules ¿podía pasarse al fin sin someterse á las necesidades de la vida ?

Dimos un largo paseo sin hablarnos palabra : no era yo quien debía romper el silencio y mi compañero estaba agitadoísimo. A cada paso que dábamos parecíanme mas raras su taciturnidad y abatimiento ; pues qué ¿no era él quien la noche antes seducía á la belleza y quien acababa de conseguir en la asamblea eternos y numerosos aplausos ? ¿el que se alzaba ademas con la monarquía de Francia , el único á quien temian ó invocaban los partidos , el único , en fin , de quien se ocupase la Europa ?

A todo esto manteníase callando , y seguía perdiéndose mi espíritu en cavilaciones é hipótesis.

Detúvose por último , y con voz lenta, demudada y sepulcral empezó á dirigirme la palabra en estos términos :

—Harto adivino las ideas que en este momento te combaten : me estudias y no me comprendes : admiraste de mi confianza , y

te confunde el motivo de esta cita... suspende el juicio: no juzgues que basten á la dicha de un mortal la palma del triunfo ni el lauro de la ciencia... tales inciensos embriagan, fascinan; pero cuando se acostumbra el hombre á sus volátiles esencias, conoce en mengua de su jactancia pueril que no consiste la felicidad en esa fácil y mal adquirida gloria.

Al oír esto quedéme atónito, y mirándolo sin responderle. Era tan misteriosa esta introduccion, tan imprevisto el cotejo de aquel hombre con el del célebre orador de la asamblea, que estuve por creer que fuese el resultado de algun sueño, consiguiendo á las reflexiones que hice cuando se disipó en mi cabeza el volcánico efecto de la tribuna.

—Aquí tienes, continuó, al hombre en quien se cifran los destinos de Francia. ¡Ay de mí! Arrojáme en el peligroso estadio de la revolucion sin presumir que fuesen tan sangrientas sus consecuencias. Ahora mas experimentado y cauto, contemplo al pueblo usurpándolo todo, y pronto á arrebatarme

hasta la misma gloria que tan liberal ha sido en concederme. Además, ese gran trastorno que he promovido, esa revolución que he formado no es otra cosa que el secreto de mi vida, el poderoso incentivo que me hizo audaz en la corte y elocuente en la tribuna. Sé que por motivos, hasta cierto punto conformes á los míos, bien que mas puros y dignos de alabanza, opondrás el hombro al embate de las olas revolucionarias á fin de que no naufrague el frágil bajel en que navega la familia de Luis XVI.

—Si tales son vuestras miras, conde de Mirabeau, hallareis en mí un confidente leal y un amigo pundonoroso y discreto.

—¿Y no otro título aun mas estimulante que todos estos?

—¡Otro título! repuse con sorpresa...

—¿A qué ocultármelo?... el objeto de vuestra pasión, príncipe de Wolfen, hállese lo mismo que el mío en el recinto de Versalles.

Retrocedí algunos pasos, cual si hubiese pisado un verdinegro reptil, mientras el dé-

bil resplandor de la luna que comenzaba á elevarse por el horizonte, mostrábame la maliciosa sonrisa con que contemplaba el conde mi repentina sorpresa.

—En Versalles, prosiguió, se encierra la jóven elegante y pudorosa, adorno de este reino y orgullo de su patria. Si el rayo de la revolucion hiere la sagrada testa de María Antonieta, Elena su dulce apoyo será envuelta en su desgracia; y esto, príncipe de Wolfen, vale mas que la hidalguía, mas que el pundonor para arrojarnos al peligro y romper lanzas con los feroces orleanistas. ¡ Ah! qué se diria en tu patria, si permitieras que estando tú en París ultrajasen, avergonzasen, diesen la muerte, tal vez, á tan ilustre doncella!

—No, exclamé dando un grito: no lo lo-
gran sin hollar mi propio cadáver.

—Y ¿calculaste el número de los enemigos y su perversa condicion y su ánsia de sangre y de esterminio?

—¿Para qué semejante cálculo? repuse con vehemencia; ¿para qué cuando se ha

resuelto triunfar ó perecer en la demanda?

—¡ Noble, sublime fervor! exclamó el conde... hé aquí lo que queria averiguar: desde luego te supuse franco, generoso y leal, pero faltábame indagar si eras capaz de desechar en el apuro esa flema que mantiene en inaccion continua á los que miran el desmayado sol de la parte opuesta del Rin. Cerciorado de que eres bastante audaz para hacer rostro al peligro, no hay inconveniente en que sepas mis proyectos y penetres hasta mis ocultas flaquezas y desvaríos. Si has creído, como es natural, que hice la revolucion hostigado del orgullo, la codicia y el resentimiento ¿qué dirás sabiendo que en tan arriesgada empresa no tuve mas estímulo ni agente que un amor sin esperanza?

—¡ El amor! exclamé nuevamente sorprendido cual si cada palabra de aquel hombre extraordinario tuviese el privilegio de irritar mis nervios y suspender mis potencias.

—Sí, príncipe de Wolfen, repuso con triste y mesurado acento: esa pasion que me

arrojó en mis primeros años de la casa paterna, que me tuvo largo tiempo en la Bastilla y me sumergió en los calabozos de Vincennes, me ha empeñado en esa lid que sostengo con la corte, lid descomunal que arma contra mi acento á cuantos reyes han dominado en este suelo, y á cuantos ocupan los solios de Europa. Las preocupaciones y las desgracias me colocaban á infinita distancia del objeto de mi cariño, y no pudiendo ser amado, quise alcanzar la triste consideracion de temido. Las circunstancias favorecieron de tal modo mis proyectos, que no solo logré que me temieran sino que ha llegado el caso de temer yo mismo los resultados de mi obra. Al principio solo descubria el hermoso edificio que me elevaba; pero así que eché de ver el edificio inmenso que destruía, espantéme de envolver á Francia en un volcan capaz de tragarse el mundo entero. Héme, pues, decidido á reparar mis errores, á tender una mano á los mismos que precipitaba á la ruina. Un amor desesperado puso en mi boca las arengas que tal efecto

produjeron; y la esperanza de merecer el reconocimiento de la persona querida, la esperanza de que aplauda mis esfuerzos cuando me deba su salvacion y su victoria, obligame á retroceder en mi carrera de hombre público. ¡ Ojalá me fuera dado trocar mi suerte con la tuya ! ¡ Ojalá en vez de corregir desaciertos me cupiera el orgullo de arrostrar por el objeto de mi cariño contratiempos, asperezas y trabajos ! No temeria entonces la ingratitud, ni debilitára la resolucion mia el recelo de que cuando se logre el buen éxito, en vez de aplaudir mis servicios me echen en cara mis aplaudidos errores.

—¿ Y es cierto, prorumpió despues de algunos instantes de silencio, que el rey de la asamblea renuncie de un golpe al aura popular, y corra á sostener el trono que con tanto conato ha procurado destruir ?

—La duda fuera una injuria, y el no fiarte de mi pusilanimidad indigno de tu valor.

—No dudo, no desconfio; pero vos sa-

beis el nombre de la que amo , sin embargo de que nuestra correspondencia es un misterio para el mundo.

—¿ Y crees , príncipe de Wolfen , que pueda serlo para mí ? Hace ya tiempo que alcanzo desde lo alto de la tribuna cuanto pasa en el alcázar de Versalles : te he visto errando con Castelnau por el parque de María Antonieta , y pocos dias despues recorrerlo con esa misma Elena , á quien tanto aprecia nuestra soberana. Yo te oia prometerla sacrinicate por la familia real , uniendo tu suerte á la de las ilustres personas que la revolucion ha proscrito. Y cuando al eco de tales voces se enterneció tu dulce amiga , te juró eterna correspondencia , te nombró su caballero y tendistes los brazos para estrecharla contra el corazon , complacíame en tu fervor y avergonzábame de la facilidad con que obrára contra el esplendor de mi cuna.

—¡ Conde de Mirabeau ! apenas hace veinte y cuatro horas que tengo el honor de estar á vuestro lado , y os miro ya como á una

especie de genio que descende hasta mi corazón, que puede desalentarme y enardecerme, llevarme á la perdicion ó á la gloria. Vuestro ejemplo hizome ayer noche libertino; vuestro discurso hizome esta mañana revolucionario; y vuélveme vuestra cita á mis máximas de aristócrata. Quiero fiarme de un hombre dotado por el cielo de tanta fortaleza y predominio y que confiesa sus faltas, sin embargo de que debieran deslumbrarle su talento y sus victorias. En consecuencia ¿qué exigís de mí? Quereis que ponga en movimiento á mis vasallos, que negocie en la corte de mi soberano y que vuelva á entrar en Francia en medio de águilas, banderas y bayonetas?

—Lo que quiero, repuso el conde, es que busques traza para ser llevado mañana al club de los jacobinos. Acaso lograrlo puedas por conducto de Barnave, acaso por el de otro amigo de los que tratas con frecuencia. Sé que van á discutir una proposicion en la que está interesada la suerte de María Antonieta y por consiguiente...

—Basta... ¿á qué hora se reunen?

—Como á la media noche. Pero no creas que has de oir lo que tanto nos importa en la sesion pública; sino que es fuerza te ocultes en algun rincon de la iglesia á fin de que escuches el conciliábulo secreto. Te enterarás entonces de las sospechas que de mí forman, de los planes que fraguan y del encono que nos tienen. Danton hará resonar su áspero grito por las bóvedas del profanado templo; presentará Robespierre con voz mal asegurada y chillona numerosas listas de proscripcion; Marat renovará su súplica de 400,000 cabezas, y el príncipe de Orleans agasajándolos á todos, temiéndolos á todos, y cuidando de no contradecir sus sandeces ocultará su irresolucion mugeril bajo la sonrisa de la condescendencia y el aprecio. Corre de tu cuenta el notarlo todo y el buscar industria para no ser descubierto. Con que, ¿hay suficiente ánimo en ese pecho para tal empresa? ¿Te bastarán por prez y estímulo la gratitud de la reina y un abrazo de tu prima?

—Bástame el convencimiento de que me espongo por salvarlas. No os ocultaré que siento los estímulos de una pasión ardiente por aquella desgraciada nermosura; y vos, conde de Mirabeau, que todo lo podeis en este suelo, recompensareis mi amistad proporcionándome una entrevista.

—No se pasarán cinco dias sin que entrambos la logremos; pero tú hablarás de tu amor, mientras sin atreverme yo á indicar el fuego que me abrasa hablaré solo de mis planes, desplegaré mis proyectos y seré todavía el hombre mas feliz, si recompensa una sonrisa el duro sacrificio de mi popularidad y mi gloria.

Dicho esto nos separamos, quedé en verle despues de mi tentativa, y corrí á mi casa para discurrir el modo de emprenderla.

CAPITULO XIX.

EL CRATER DE LA REVOLUCION.

No puedo ponderar al lector la impresion que dejó en mi pecho este hombre singular que llevaba en su seno toda la relajacion de la época que creaba, y el talento en su ca-beza del filosófico siglo que ya desaparecia. En pocas horas lo habia visto bajo mil aspectos, pero alcanzando constantemente la misma autoridad y predominio. Nada con todo igualaba la admiracion que producía en mi espíritu el verle tan enterado de mis amores. Eran un secreto para la corte, y desprecia-

✱

Ayuntamiento de Madrid

ba por ello los tumultos de aquel revolucionario tumulto. Obligábanos á Elena y á mí á escasear las citas, y como por otra parte apenas podia separarse de Maria Antonieta, resultaba que solo nos viésemos muy de tarde en tarde para hablar sin testigos. Pero por muy raras que hubiesen sido nuestras entrevistas, fueron mas que suficientes para que Elena hiciese en mí la metamorfosis de un filósofo de capricho en un campeón acérrimo de la monarquía francesa. Sin duda Mirabeau estaba enterado de esto; mas ¿cómo no habia procurado verme? ¿cómo dejara al acaso un conocimiento sobre el cual fundaba al parecer una parte de sus planes?

Nada empero valian tales dudas en cotejo de la importancia con que debia llevar á término mi arriesgada aventura. Público era que los mas acérrimos orleanistas, ó por lo menos los que pugnaban con mayor ahinco al efecto de derribar la monarquía de Luis XIV celebraban sus conciliábulos desde el principio de la revolucion en la antigua iglesia de los franciscanos. Valíme de Barnave para que

me introdujera; y su amistad, no solo me facilitó la entrada, sino que hubo de darme entre aquellas gentes suficiente crédito para que no se recatasen de mí durante la pública sesión que celebraban. La concurrencia era numerosa, y un movimiento sanguinario caracterizaba los descabellados discursos que se pronunciaban en la tribuna. Amortiguadas luces alumbraban de trecho en trecho aquel antiguo edificio, y deslizábanse como sombras por los arcos interiores algunos hombres de cara siniestra y groseros ademanes. Ya en la aspereza de sus rostros como en el desaliento de sus vestidos, eran gentes de nueva especie, desconocidas de nuestros padres, y como vomitadas por el averno para llevar á efecto un desesperado trastorno.

Separéme de Barnave entre el desorden de la concurrencia, y anduve buscando un sitio donde permanecer oculto. Hallélo felizmente en el hueco de cierta columna figurada, que formando cierta concavidad en uno de los ángulos del crucero, dejaba suficiente espacio para un cuerpo humano. Allí estuvo

aguardando horas mortales hasta que cesó el rabioso afán de los oradores y fueron desapareciendo los embriagados oyentes. Apagaron casi todas las luces, solo dejaron algunas sobre una mesa cubierta de un gran tapete negro, la cual atravesaba el presbiterio con varios asientos á su alrededor, y sobre ella además de una escribanía de plata, los diarios de la época y campanilla del presidente. Figúrese el lector con qué agitación estaría presenciando todo eso, no tanto por el temor de que me sacrificasen á su enojo, como por el recelo de que no llegasen á mis oídos las infamias de aquel conventículo.

No tardé mucho en percibir pisadas que retumbaban por la cúpula céntrica: un hombre malcarado y siniestro, bajó por una escalerilla de caracol que correspondia con las altas galerías de la nave, y atravesó la iglesia registrándola primero para que nadie se quedase en su recinto. Despues cerró las puertas, y volviéndola á atravesar introdujose por donde habia entrado, y quedó nuevamente el edificio sumergido en el silencio.

La gorra que llevaba aquel sayon , sus arremangados brazos , crecidas barbas y zafias maneras me indicaron á uno de los caribes, que bajo la denominacion de jacobinos empezaban á levantar cabeza y á prodigar á la misma asamblea nacional los mas denigrantes dictérios. Al cabo de un rato apareció el suizo Pache, y siguiéndole en breve Marat y Robespierre. Paseábanse de un extremo al otro, conferenciando entre sí, y renegando de la tardanza de sus compañeros, cuando el eco de varias voces por entre las cuales se distinguian la del forzado Danton anuncióles su presencia. Entraron en efecto Danton , Camilo Desmoulins , Saint Just, Collot d'Herbois y otros, sentáronse en derredor de la mesa, y dejando vacía la silla del centro, siguieron conferenciando en voz baja sin formalizar la sesion , por falta sin duda del que debia con su presencia autorizarla.

— Voto al diablo, exclamó Danton despues de un rato, que si ese hombre abusa mucho de nuestra paciencia en vez del trono que espera, meterlo habemos en un monasterio de Italia.

— Sí, sí, dijo Robespierre con voz destemplada y aguda: se da aires de importancia hasta con nosotros como si ya ocupase el sólio de Carlo Magno.

— Pues no se burle, repuso Danton, si no quiere que lo agarre de una pata para tirar al blanco contra la cabeza de la austriaca.

Soltaron al oír esto una risotada, que resonó por las bóvedas del templo, como los alaridos de los réprobos en las infernales cavernas.

— Bueno, bueno, exclamó Marat esparciendo unos ojuelos que brillaban como los de una víbora, con chanzonetas haremos la revolucion. Desde ahora os mando mala ventura como consintais que ese imbécil de Orleans nos trate cual si fuéramos sus lacayos.

— Pero ¡qué! ¿quieres, gritó Danton, que la hagamos solos con el miserable estipendio que sacas de tu diario?

— Pues por lo mismo, replicó aquel hombrecillo irritable y lúbrico, levantando un acento naturalmente chillon, y estirando cuanto pudo su personilla, por lo mismo estoy pi-

diendo cada dia medio millon de cabezas. Cuando las vea amontonadas en las orillas del Sena, yo te aseguro caudales para fraguar revueltas hasta en el imperio chino.

— Por supuesto, dijo Saint-Just; pero es fuerza decidir al príncipe, poniéndole el peligro ante los ojos para que deseche sus irresoluciones y escrúpulos. Esa austriaca me lo tiene fascinado, y recelo que si no lo manchamos con la sangre de Luis Capeto sea capaz de vendernos y declararse por ella en cuanto le halague ó le sonria.

— Voto al infierno, exclamó Danton, que has dado en la misma dificultad: temo á ese hombre como á una muger, y á la austriaca como á un héroe.

— Con todo, amigo, opuso Desmoulins, no perdamos de vista que no se reorganiza un estado en un momento, y que el pueblo acostumbrado á saborearse en las páginas de su propia historia no puede ser seducido sino presentándole otro príncipe, por lo menos tan charolado como el que violentamente se le quita.

No nos vengas ahora , replicó Danton , á echarnos un retazo de tus libros , y déjanos hacer la revolucion á nuestro modo , sin curarnos de lo que fuimos , sino atendiendo á lo que deseamos ser. Y si tanto rabias por lucir tu manderecha en la literatura y los versos , escribe con cien mil diablos trobas y canciones por el estilo de las del padre Duchesne.

Oyóse en esto el rumor de alguno que venia , y salió un ayuda de cámara anunciando á su alteza el príncipe de Orleans.

— Lo veis , murmuró en voz baja Robespierre con su pérfida sonrisa ; por mas que se jacta de popular no sabe prescindir de las fórmulas de su menguada etiqueta. Os repito , camaradas , que no nos conviene ese hombre mas allá de siete meses. Pero helo que se acerca con su genial petulancia.

— Muy bien , puntualísimos , gritó adelantándose el príncipe... quedo , quedo , señores ; no hay que molestarse , no hay que ponerse en pié : aqui somos todos amigos , ciudadanos , iguales... nuestro objeto es el mismo,

y cuando me ciñais la corona yo haré que se levanten los demas á vuestra presencia.

Volvieron á tomar asiento y empezaron á proponer y discutir.

— ¡ Y bien ! ¿ qué has adelantado , amigo Danton... paréceme por tu semblante que no dejastes de olfatear algo de lo que importa.

— En efecto , contestó el atleta con aire despechado y cejijunto ; pero ¡ de qué diablos me ha de servir la diligencia si cuando tropezamos con V. A...

— Hombre , déjate de altezas : ya he dicho que aqui somos todos cofrades de una misma hermandad.

— Digo , prosiguió Danton , que cuando tropezamos con nuestro gefe sucede la lentitud á la rapidez , y el amilanamiento á la bravura.

— Eso es tan cierto , repuso Robespierre , que si vuestra alteza no se hubiese metido en escrúpulos de monja , esta era la hora que Francia y Europa le doblasen la rodilla.

— Pues ¡ qué , señores ! tartamudeó el príncipe



cipe, ¿se ha perdido algo por mí?

—Y se va perdiendo á cada instante, dijo Marat con su natural descaro: en la crítica situacion en que nos vemos no hay mas recurso que avanzar ó sufrir las injurias de Versalles.

—Las injurias!... exclamó Callot d'Herbois, los suplicios dirás precedidos de insolencias y torturas.

—Y ¡qué suplicios y qué insolencias! observó enfáticamente Robespierre: todo el orgullo del Austria, todo el resentimiento de esa muger contra V. A., por ser el único magnate que no le dobla la rodilla, se pusiera en accion para dictar nuestro castigo. Por otra parte, los anatemas del pueblo y las artificiosas arengas de Mirabeau, ese presumido charlatan que se ha creído rey de la tribuna, nos presentarian bajo un aspecto tan denigrante que fuésemos donde quiera la irrisión de nuestra especie.

—Pues entonces, exclamó Orleans, pálido y trémulo, ¿hay mas que reunir la gente y dar decisivo asalto?

— Nada de asalto , dijo Marat , sino tender lazos á la corte , hacerla sea sin que se cante de ello , y arrojar por via de pasatiempo algunas víctimas al populacho para que se ceba en su sangre y nos las pida por docenas.

— Siempre serás un reptil hinchado de arterias y ponzoña , observó Danton. Un asalto á cara descubierta acredita al que lo intenta , mientras la traicion y la perfidia recaen contra aquel que las comete.

— ¡ Calle !... ¿ y te meterias en esas flores para comprometer nuestra causa y hacernos bailar entre los pilares de una horca ?

— En efecto , añadió Robespierre , no anda muy cuerdo Danton en arrojar se á la brecha : lo que dicta la prudencia es aguardar tranquilamente á que reviente la mina.

— Por supuesto , insistió el príncipe ; pero hasta ahora no me decís lo que hay... ¿ averiguáronse por desgracia nuestras tramas... ? ¿ el ojo perspicaz de Mirabeau habria penetrado hasta el seno de estas bóvedas... ?

— A lo menos , satisfizo Danton , sospecha con sobrado fundamento el objeto de nuestra

congregacion, y se dispone á fulminar contra ella los rayos siempre temibles de su oropelada elocuencia. Esto le hace traidor á su propia causa, y le pone en comunicacion política y amorosa con la austriaca y...

— Muera, gritaron á una voz los conjurados...

— Y ¿quien se encarga? exclamó Desmoullins...

— Soy hombre, interrumpió Danton, para retarle y romperle la cabeza.

— Por Dios, moderémonos, señores, exclamó el príncipe...

— Al diablo los escrúpulos, gritó Robespierre: muera el tribuno antes que perezcamos nosotros.

— Pero nada de violencias capaces de sobresaltar al pueblo, insistió Desmoullins, nunca olvidemos que es su ídolo. ¿Para qué desafiarse?... Su talento oratorio merece de nuestra parte otra consideracion...

— Como, por ejemplo, interrumpió Collot d'Herbois, una píldora, una jicarita, cualquiera cosa que le roa las entrañas ¿eh?

— ¡ Oh ! dijo Danton , si no es mas que eso, ahí está nuestro Marat, el tremendo diarista que tendrá especial complacencia en tomar sobre sus hombros el negocio.

— En mal hora te acordastes del diarista, murmuró Marat entre dientes...

— Con todo, observó Robespierre, es fuerza que no te niegues á tal servicio. S. A. cuidará de enviarte cosa de veinte mil francos para comprar los simples y preparar la droga. Encárgome por mi parte de seguir entre tanto las huellas de la austriaca , y echarle la mas astuta zancadilla.

— Y yo, prosiguió Danton, de pronunciar bravas arengas por todas las esquinas del arrabal de S. Antonio.

Yo, añadió Collot d'Herbois , de barajarme con las verduleras y los jornaleros, y conducirles armados de hoces, garrotes y picas hasta los mismos salones de Versailles.

—Tócame entonces, exclamó Desmoulins, forjar una cancion que exalte la bilis del populacho parisiense.

—Bravo, exclamó Robespierre : al mismo

tiempo que con ayuda de S. A. compraremos el trigo y le sitiaremos por hambre.

— Todo eso está muy bien, repitió tímidamente el príncipe esforzándose para que le atendieran, digo que todo me parece muy bien, señores míos: pero antes de verter sangre ni echar mano á tan desesperados medios, opino mejor obligar á Luis Capeto á que voluntariamente abdique...

¿Y quiere V. A., gritó Danton, que estemos aguardando años enteros su real beneplácito ...? Nos minan el terreno, señor, el terreno que pisamos, y harto probable sería que en vez de la soñada renuncia, nos tirasen á los bigotes una sentencia de muerte. Ea, continuó levantándose, fuera dilaciones, fuera reparos, fuera, agazaparse como unas liebres, y juremos aquí mismo la muerte del orador, y el esterminio de la austríaca.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal vehemencia que todos se pusieron en pie disponiéndose á pronunciar el juramento. Mirábales desde mi escondite como cuando vemos en el teatro alguna terrible escena de los si-

baritas ó los jueces francos; y el pálido reflejo de aquellas luces, mas lánguido, incierto y melancólico entre las sombras de tan espacioso templo, daba á sus rostros un aire misterioso y siniestro. Descollaba Danton con su figura montaraz y atlética, formando lúgubre contraste con la pérfida risita de Robespierre, y los ojos viperinos de Marat; y echábase de ver en el príncipe, que arrastrado por aquel senado de caribes, esforzábase en vencer su carácter naturalmente irresoluto y espantadizo. Hubo algunos instantes de silencio, hasta que mirándoles con airados ojos rompiólo Danton en esta forma.

— Sí, señores: la muerte del orador y el esterminio de la austriaca. Sabed que nos venden, y que los tesoros de la corte han corrompido al que se precia de espartano en la tribuna. ¿Quisiérais, pues, que entonase como el gallo su canto triunfal puesto de patas sobre nuestros cadáveres?

— Muera, gritaron otra vez...

— Jurémoslo, añadió presentándoles la diestra...

— ¡ Lo juramos ! lo juramos ! respondieron á voces y apretándose las manos con convulsivo fervor...

— El primero que rompa tan solemne juramento , prosiguió Danton con voz de trueno , caiga á los filos de un puñal , esgrimido por sus amigos y deudos , arrástrese toda su vida como un inmundo reptil por las puertas de los grandes mendigando las sobras de lo que arrojen á los perros... vea á sus hijas sirviendo de brutal recreo á sus tiranos , tropiece con el adúltero en el lecho de su esposa , contemple á sus propios hijos bogando medio desnudos en las públicas galeras , y oiga chasquear el látigo del cómitre sobre sus espaldas y...

— Basta , basta por piedad , exclamaron algunos de los presentes á quienes con ser tan desaliñados y crueles se les erizaban los cabellos al eco fúnebre y sepulcral de tan atroces imprecaciones.

— Basta , repitió el príncipe , y vamos á tomar algun descanso para hallarnos prontos á la hora de la asamblea. Nuestro cólega Ro-

bespierre pronunciará su discurso, y cuidaremos de ensalzarle, seguros de que nos apoyarán nuestros amigos desde las galerías.

Ibanse á separar en efecto, cuando entró de improviso el hombre que antes de la terrible sesion habia registrado la iglesia anunciando la llegada de un nuevo personaje. Presentóse, y reconocí con asombro á uno de los diputados en quienes suponian los franceses superior ingenio, profundidad y prudencia. Acogióronle con mas respeto que no habian manifestado al príncipe, y preparáronse á oírle con singulares muestras de deferencia y curiosidad.

— Señores, dijo con culto acento despues de corresponder finamente á sus saludos: he venido para advertiros que no debemos perder instante, si es que hemos de prometernos algun suceso feliz. Acaban de decirme que hay en París un jóven aleman de ilustrísima estirpe que desempeña el papel de agente entre el emperador y su hermana. No tardaremos en ver á los antiguos granaderos del rey Guillelmo, y á los zafios é impertérritos pan-

*

duros de Maria Teresa. Es preciso que todo esté concluido antes que pasen el Rin, y que la reina sea nuestra prisionera para alcanzar por su medio honrosa capitulacion.

Estas pocas palabras produjeron en los circunstantes un maravilloso efecto. Robespierre buscaba con alterada vista algun sitio que ofreciese seguridad como si los enemigos ya estuviesen á las puertas: deslizábase Marat con el cobarde instinto de la zorra para ocultarse debajo de la mesa, y el príncipe de Orleans llamaba á sus lacayos como para hacer alarde de que era un personaje de la real familia. Solo Danton conservó su intrepidez y sangre fria; y despues de echar en cara á sus cólegas tanta necedad y cobardía, prosiguió hablándoles en voz baja y trágicamente hueca, en estos términos:

Llegaos á mí, niños de teta, quereis fraguar y llevar á glorioso término una revolucion, y os hace saltar las lágrimas el temeroso relato de un hombre tan poco de armas tomar como el amigo Sieyes. Sin duda el señor abate no las tenia todas consigo cuando

oyó tales patrañas. Y sobre todo, ¿qué nos importa que los austriacos vengan, ni todo ese cúmulo de escuadrones auxiliares y banderas?... El señor abate, aunque algo arriado á la cola en eso de la paura, ha dado muy en el blanco, aconsejando que para cuando suceda tengamos en rehenes á la que fué reina. Con eso y con los amigos del arrabal de S. Antonio, soy hombre para hacer frente á Guillelmo, á Catalina, á Carlos III y á José II.

Reanimados con esta alocucion recobraron la serenidad; y en pié como estaban pusieron-se á conferenciar de nuevo. Acordaron perder á Mirabeau y á la reina, andando á la zaga de su misteriosa correspondencia; y despues de quedar en los medios de averiguarla, volviéronse á dar las manos, y separáronse cuando ya la luz del alba entraba por las rendijas de las puertas. Hasta que las abrieron de par en par tuve que aguantarme en mi escondite. Fuime á mi casa deseando la hora de ver al conde, no menos maravillado de la maldad de aquellos hombres que de

su ánimo menguado; pues que la tergiversada noticia de mi residencia en Paris habia podido ser parte para inspirarles tan exajerados temores. Erizábanseme los cabellos con la idea de aquel terrible juramento, no menos desapiadado que el de Catilina, y deseaba ardientemente arrancar á la ilustre víctima de sus garras.

CAPITULO XX.

EL TRIBUNO.

El conde de Mirabeau oyó la relacion de mi descubrimiento con la mayor serenidad. Sin que le conmoviese el peligro en que se veía, ni le alterasen los dicterios pronunciados contra él, hablóme con la mayor calma de que era preciso verificar cuanto antes la entrevista que ya me habia indicado con la reina. Elena estará tambien, añadió, y contribuirá con sus palabras á fortalecer vuestra decision por la causa del rey.— Si puedo atreverme á dar un parecer como testigo de los coloquios habidos en la última noche bajo las tenebro-

sas bóvedas de los franciscanos , diré que no veo para la reina otra salvacion que la fuga. Como se presente á los monarcas de Europa llevando en brazos al Delfin , no habrá uno que se resista y que no quiera hacerse el campeon del solo vástago que haya dejado Maria Teresa , digno de su claro renombre.

— Acaso teneis razon; pero una persona real no consiente en publicar su estrechez hasta el último momento. Hay una antigua máxima que impone á los reyes la ley de parecer antes que bajar del sólio ; y si alguna testa coronada la ha de abrazar con fervor, es, sin disputa, esa arrogante hija de los Césares. Conozco que el trono naufraga , y estoy decidido á no abandonarlo en tan gran cuita; pero no es lo mismo hacerlo presente á nuestra reina : eila desprecia el clamor popular sin mas razon de que no es legítimo , y vive persuadida aun de que el brillo de una diadema es capaz de enardecer á medio mundo contra los rebeldes de la otra mitad.

— Pues entonces , esclamé...

— No hay mas que correr á su encuentro;

hablarla , persuadirla , colocarse á su lado y morir por ella.

— Confío , no obstante , en el ascendiente que alcanzáis en su espíritu...

— No , respondió soltando un grito , no alcanzo ascendiente alguno. Muy al contrario : me ha hecho siempre la guerra por mas que la he estado brindando con la paz. Me llama cuando empieza á desesperar de todo , cuando ya está cansada de luchar entre el orgullo de su pecho y el interés de sus hijos : me llama príncipe de Wolfen cual si adivinara por un instinto maquinal la ardiente impresion que me causaron á la vez sus gracias , su soberbia y sus desdenes.

— Pero segura de que vuestro robusto brazo puede atajar todavia el carro de la revolucion en su bárbara carrera...

— ¿ Lo creéis así ? repuso con aire melancólico , ¡ ah ! en beneficio suyo no solo sabria estender el brazo como decís para detenerlo , sino arrojarme vivo en el carril á fin de que sobre mi cuerpo precipitase sus flamíjeras ruedas. Además , esta omnipotencia popular

me fastidia y me empalaga... acaso semejante á mi primo el duque de Guisa nací para disensiones civiles, disputas, movimientos y revueltas ; pero acabando con desceñirme al pié del trono la espléndida corona de mi triunfo y respetuosamente ofrecerla á un rey generoso y magnánimo. ¿ Qué me importa haber atemorizado la corte si es cien veces mas pesado el yugo de la tribuna ?... Cuántas bajezas , cuántas clases de servidumbre son necesarias para no desmerecer el favor de un monarca tan ridículo y caprichoso como la piebe ! La cólera hoy , la indulgencia mañana : si quieres que nos mostremos tus parciales , exáltate y prorrumpe en injurias , suavízate y vierte lágrimas , derriba y ensalza , arruina y construye , obedece á una insinuacion de nuestros vicios , á un gesto de nuestras pasiones ; que solo siendo su eterno y ridículo juguete podras contar con los numerosos aplausos que levantan tus arengas. Hé aqui las condiciones á que debe sujetarse el cortesano de la ignorancia y del desenfreno : prescindí de mis inclinaciones favoritas ; ar-

rojé de mis sienes hasta la corona de conde que desde niño viera resplandecer con tanto orgullo en los retratos de mis abuelos, y dejé de ser un caballero en la cultura, un filósofo en la independencia, para convertirme en el primer tribuno de la Francia. Y al fin, ¿cuál es mi imperio?... el que momentáneamente alcanzo con ese populacho que ahulla, y que desatándose descamisado y hediondo desde el arrabal de S. Antonio cree concederme por gracia particular el llevar empolvados los cabellos y un lacayo con librea en pos de mí.

Habia tanto que aprender en esas descripciones que se escapaban sin saber cómo de sus labios, que no me atreví á responder, creyendo que cuanto pudiera decir solo serían trivialidades y despropósitos al lado de tan sublimes ideas y vehementísimos discursos.

—¿Consentis, continuó observando mi silencio, en reuniros conmigo fuera de París á las ocho de la noche? Dos caballos estarán dispuestos para nuestro viaje, y será fuerza que vayamos solos; por lo que decidme fran-

camente si os repugna acompañarme.

— Bien al contrario, lo miro como una recompensa de mi amistad.

— Pues cuenta con ser discreto: la salud de la monarquía depende quizás de esta arriesgada cita; y mientras ella se salve, nada me importa mi suerte. No sé qué presentimiento me hace creer cercano el fin de mi vida: ni el veneno de Marat, ni los retos de Danton, ni el puñal de Robespierre son capaces de perturbar un momento, un solo momento la tranquilidad de mi espíritu; y conozco sin embargo, que mi corazón se agota, y que brillan ya como un rápido meteoro las últimas llamaradas de mi fantasía.

— No permita el cielo que bajeis al sepulcro antes de concluir la grande obra que empezais.

— ¿No reparas, exclamó en tono melancólico y solemne, no reparas en el lúgubre talante del genio que me ha de suceder en la tribuna?... ¡Pobre Barnave! tan jóven, entusiasta y fogoso, y lleva no obstante en su rostro la huella de la esterminadora espada

del angel de la muerte. Pero ¿cuál de nosotros, de los que echamos, digo, los cimientos de esa revolucion fatal, no percibe en su propia frente la misteriosa marca de un fin desgraciado y prematuro?

Al decir esto apartó con la mano el áspero y ensortijado cabello, y apoyando en ella la cabeza, estuvo algunos momentos pensativo.

— Adios, pues, díjome volviendo en sí; adios; y no echés en olvido que te espera á las ocho de esta noche un amigo... algo mas que un amigo: un amante y una reina.

CAPITULO XXI.

BARNAVE.

A la hora convenida ya estábamos á caballo: gallardeábase Mirabeau en la silla con el desembarazo y donaire de muy diestro ginetete, y embozóse la capa hasta las cejas para atravesar los arrabales. De pronto anduvimos divagando por varias calles para no ser espiados ni seguidos, hasta que luego empezamos á andar fuera de poblado y á revolver cosa de dos horas largas por entre los espesos bosques que se estienden desde San German á Versailles. La noche era sombría; agitaba el viento las altas copas de los árboles; erizábase la yerba bajo los pies de los

caballos y los jabalíes y venados de la selva pasaban rápidamente por junto á nosotros soltando espantosos ahullidos. Mirabeau iba delante y andaba yo en silencio detrás de él con la sumision de un soldado que obedece ciegamente á su gefe sin preguntarle por dónde ni á qué sitio lo lleva.

Héme , pues , subyugado por aquel hombre que subyugaba á todos : pendiente de su voz , de sus acciones y su gesto , siguiéndole sin dificultad ni réplica. Y por lo que hace al tribuno , héle alli vendiendo su propia causa y volviendo maquinalmente á las inclinaciones de su esfera : para salvar al trono mismo que ha perdido deslízase entre las nocturnas sombras como un criminal oculta su rostro , disimula su camino , entrégase á las angustias de una pasion vehemente , á la incertidumbre de un nuevo porvenir y al temor que no puede menos de inspirarle el último período de su tumultuosa carrera. ¡ A qué terrible lucha , á qué siniestras ideas no se hallaba entonces sujeto aquel espíritu activo , emprendedor é inflexible ! No era ya

Mirabeau como otras veces el fugitivo de la Bastilla, el hombre calumniado y despreciado que sale de la cárcel pública para vengarse, que sube con este ánimo á la tribuna, que se revela á si mismo un gran talento oratorio, nada menos que eso; parecia un diplomático pensativo que se detiene por primera vez ante un monton de ruinas y que busca en derredor suyo los medios con que reconstruir el suntuoso edificio que acababa de derribar. Nunca pienso ver tristeza mas imponente, abatimiento mas augusto que el que notaba en la marcha silenciosa del tribuno al atravesar por las revueltas de la selva: su cabeza inclinada, sus brazos cruzados sobre el arzon delantero, la flojedad de sus piernas y los ondos suspiros que escapaban de cuando en cuando de sus ancho pecho, anunciábanme la lucha y la abstraccion de su tempestuoso espíritu.

Llegamos en esto á una encrucijada en medio de la cual detuvo el conde las riendas al caballo. Seis caminos partian de aquel punto y un tronco de columna se elevaba en

el centro , del que salian otros tantos brazos con inscripciones para instruir al caminante. Ya he dicho , empero , que la noche era sombría , lo cual no nos dejaba leer aquellos rótulos. En valde revolvíase Mirabeau en torno del pilar temblando de que pasase la hora de la cita : cuanto mas buscaba , cuanto mas consultaba la direccion de los caminos ó la configuracion del término , tanto mas se confundia. Inmóvil y desacertado, acosado del presentimiento de que le abandonaba su genio , sorprendido de la estraña coincidencia de verse sin ruta segura en el bosque , en la corte y en la tribuna , levantaba en silencio los ojos con crujimiento espantoso de dientes , sordamente blasfemando contra la espesa oscuridad y el horroroso huracan que comenzaba á estallar encima de nuestras cabezas. Sin un mortal á quien preguntar , sin percibir el son de hospitalaria campana que nos pudiese dirigir , ni poder divisar el humo de la benéfica cabaña ó el incierto brillo de constelacion celeste, nos hallábamos en tan críticos momentos estra-

viados , desesperados y sin norte alguno. Apeóse el conde, sentóse al pie de aquel pilar, pasóse la mano por la frente y arrojó en silencio profundísimos gemidos. No indicaban el desaliento de un cobarde ó la languidez de un afeminado ; antes habia en ellos algo de enérgico y de firme que pedia un enemigo en quien vengarse , ofreciendo la idea de un hombre acostumbrado á los peligros, contrariado sí, mas no abatido.

—Ya lo veis, exclamó al fin, hasta el cielo se desentiende de salvarla.

No me atreví á contestar, y sin duda agradeció este respetuoso silencio.

—Por mas que me esfuerzo, continuó, no diviso en esas bóvedas señal alguna de buen augurio. Aguárdame en tanto la infeliz en medio de tantas tinieblas, inclemencias y horrores, aplica á cada momento el oído ansiosa de saber si la hora está cercana, si ha de correr á mi encuentro, si ha de mandar abrir la reja del parque... y la hora habrá sonado y la reja no se habrá abierto y exclamará con apariencias de razon: *¡ es un*

cobarde ! Ni creará desde entonces en la energía del tribuno , ni en el pundonor del caballero ; publicará tal vez que en balde pretendí humillarme ante sus gracias , y me despreciará no creyéndome siquiera digno del odio que hasta ahora me ha mostrado. ¡ Maldicion, príncipe de Wolfen , maldicion á esa tierra que me estravía , á ese cielo que me ciega y á las violentas pasiones que emponzoñaron mi cuna !

Y asi diciendo , dábase recios golpes en la frente y agitaba sus poderosos miembros con terribles y desesperadas convulsiones.

De repente y sin haber precedido el rumor mas leve reparé en un hombre de alta estatura que contemplaba al tribuno puesto en pie junto á sus espaldas. Iba vestido de negro y brillaba en su pecho la empuñadura de un afilado puñal. Asi que hubo oido las últimas palabras del conde tendió la mano hácia él y empezó á gritarle.

— ¡ Mirabeau ! ¡ conde de Mirabeau !

— ¡ Quien me llama ! exclamó arrancando de su pecho una voz profunda medio sufo-

cada por la cólera y parecida al eco que se escapase de una tumba.

¡ Mirabeau ! ¡ conde de Mirabeau ! prosiguió el incógnito ¿ no has prometido acudir esta misma noche á los parques de un alcázar ? ¿ No has prometido á una muger la salvacion de la antigua monarquía.

— Sí ; pero un genio maléfico me ha estraviado sin duda para que cayese en manos de mis enemigos. Seas Marat ó Robespierre, seas Danton ó d' Herbois, no me arranques de mi letargo ; déjame por tu vida descansar y dormir. Echa esposas á mis manos, echa grillos á mis pies , levanta en derredor mio los muros de la Bastilla , pero permite únicamente algun reposo á mi fatigado pecho. Por lo menos en el calabozo es uno dueño de sí mismo : ni le embriaga esa falsa gloria que nos pierde , ni se perciben los volcánicos clamores de un pueblo que nos adula.

Pero el incógnito no haciendo alto en tal discurso gritábale con voz grave y magestuosa.

—A caballo, á caballo, conde de Mirabeau: los momentos huyen, acércase la media noche, y la monarquía, la antigua monarquía de Francia te aguarda en el único ser digno por su arrogancia y belleza de la púrpura real.

—¡ Oh ! no hay duda, repuso el conde; y es tan irresistible su predominio que hasta los hombres mas preciados de austeridad y republicanismo darian la vida por merecer su mas desdeñosa mirada. Uno, sobre todo, todavía jóven, sin igual en el talento, sin par en la imaginacion, impetuoso, brillante, digno de sentarse entre Leonidas y Bruto... ¡ Ah ! yo sé que rasgaria su manto de estóico, que desdeñaria el incienso popular, que se transformaria, en fin, en el vasallo mas leal y sumiso, como le fuese dado...

—Silencio, exclamó el incógnito... acércase la media noche, conde de Mirabeau.

—Pues evoca á un diablo, respondió este entrando en cólera, un diablo para que me enseñe la ruta.

El desconocido al oir esto echó á andar

por uno de los caminos de la enercujada haciendo seña de que le siguiésemos. Verificámoslo en efecto , y no nos detuvimos hasta lo alto de una colina desde donde se descubrian los muros del inmenso parque de Versalles.

—Hé aqui la ruta, dijo el incógnito , y agradecedme haber salido á tiempo para que lleveis á cabo tamaña empresa. Si por ella soy acreedor á vuestra gratitud , permitid os haga la súplica de salvar en nombre del honor francés y de cuanto hay de noble y perfecto en la tierra , á la ilustre heroína con quien vais á conferenciar. No se han ocultado á la penetracion de vuestra mirada los recios combates de mi ánimo , combates ¡ ay ! que marchitan la lozanía de mi juventud y alteran mi cabeza en la misma tribuna... haced , pues , de modo que esa señora, vilmente calumniada, no sufra los ultrages que le prepara la horda jacobina.

—Yo la salvaré en tu nombre , querido Barnave , dijo Mirabeau.

—¡ Barnave ! exclamé...

—El mismo soy : descúbrome sin recelo porque penetré ayer noche lo que vales. ¿Párecete que dejé de advertir donde te escondías y de adivinar el objeto de tu arriesgadísima audacia? ¡ Ay de mí ! ¡ yo envidiaba tu situacion , tu destino y aquel noble atrevimiento !

—Pues uníos á nosotros , apreciable jóven , uníos á la buena causa y os tocará la parte mas distinguida de nuestra gloria.

—No puedo , respondió tristemente el orador , amo á la reina , la respeto , la admiro , sé que no me podría resistir á la menor de sus miradas ; pero la Francia sabe cómo pienso , y por mas que mi opinion sea un error , no me es ya lícito hollarla. Adios , amigos míos , nuestro destino es diverso y por lo mismo que vaticino que no dejaremos de perecer en el volcan , es fuerza no separarnos de nuestro respectivo sendero.

—No desapruebes mi conducta , dijo Mirabeau...

—Antes la aplaudo y la envidio , respondió Barnave : si vos no me precedierais y

vuestra sublime elocuencia no deslumbrase los humildes atavíos de la mia, nadie sino Barnave hubiera corrido á libertar á esa nobilísima señora. Adios.

—Barnave, Barnave, exclamó el conde: ¿dónde te diriges á semejante hora sin pararte en el recio temporal que te amenaza?

—¿A dónde? dijo retrocediendo algunos pasos ¿á donde?... ¡infeliz de mí! á concluir la ruina del mismo trono que corres á salvar y engrandecer.

CAPITULO XXII.

Del gran Cárlos la sombra agitóse,
al rebelde mirando á sus plantas...

Cancion á Enrique IV.

LLEGAMOS á la reja del parque, y fuimos introducidos con el mayor sigilo. Solo lo interrumpia el murmullo de las aguas, formando caprichosos riachuelos por aquellos aromáticos jardines. Asi que estuvimos junto al estanque, hallamos á un hombre que nos hizo apearse, y tomó el freno de los caballos, indicónos con un gesto el sendero que debíamos seguir, el cual formaba una especie

de colina cuya subida era bastante escarpada. Con el apoyo de mi brazo venció el conde la aspereza del camino: una vez andado, llegamos á cierta pradera esmaltada de flores, llena de jarros de alabastro, estátuas, arcos y balsámicos arbustos. Algun tanto se habia desvanecido la tormenta y las nubes replegándose en amontonados grupos dejaban traslucir en algunas partes la estrellada bóveda de los cielos.

—He aquí, díjome el conde en voz baja, el sitio de la entrevista: la descripción era exacta, solo falta ahora que salgamos con felicidad de tan arriesgado empeño. Para ello manteneos en aquel ángulo, y procurad enteraros por conducto de Elena de cuantos pormenores puedan interesar á nuestro plan, y en los que no me sea posible detenerme por haberme de fijar en cosas de mas importancia y volúmen. Pero no me perdais de vista, amigo mio, y tened á punto las pistolas por si nos persiguieran hasta en este sagrado recinto las viles acechanzas de Marat y Robespierre, ó la envidia de celosos realistas.

Obedecíle ; y mientras devoraba el conde los minutos , ocupábame en calcular los extraordinarios sucesos que arrancaban en tan pálida noche de la cámara real á una hija de los Césares , para implorar el apoyo de un tribuno. Complacíame no obstante en observar que aun se conservaba en el corazon del conde tanto respeto á la reina como amor á María Antonieta, lo cual me daba márgen á esperar en la salvacion de aquella brillante monarquía. Pocos momentos se habian pasado , cuando de la parte del alcázar ví venir á tres mugeres deslizándose hácia nosotros como las puras sombras que divagan por los campos Elíseos. Hallábame entre ellas , y Mirabeau : al paso que se acercaban arrojéle una mirada , y ví que se estaba paseando con precipitados pasos por la esmaltada pradera.

Poco á poco se fueron aproximando , y dos de ellas pasaron por delante de mí. Eran la reina y mi madre : aquella pálida , trémula é irresoluta , ésta siempre grave y circunspecta. El vestido blanco de María Antonieta ondeaba á merced del viento dejando per-

cibir los delicados contornos de su persona. Caíanle por las espaldas los ensortijados cabellos, y su rostro ofrecia la descolorida imagen de una Artemisa, ó Maria Stuardo de Escocia. Figúrese el lector que á la media noche y al debilísimo vislumbre de una luna semi oculta, se le aparece con alba vestidura el cadáver de una jóven beldad, muerta en la víspera, y tendrá una idea de la que recordaban en aquel momento las deslustradas facciones de la reina.

Por lo que hace á mi madre, adelantábase con reposado continente cual si estuviese en el salon de la corte en dia de gran ceremonia, con la cabeza erguida, la esmerada compostura, y la prolija diligencia de un gentil hombre de camara. Tan embebido estaba en contemplar aquellos dos desemejantes pero veraces recuerdos de la corte de María Teresa, que no reparé que la otra persona que acompañaba á la reina se encaminaba en silencio por entre los árboles que conducian á mi sitio. Por lo demas cuanto veia y observaba iba como envuelto en el

misterio de una luz incierta , y de una noche espantosa , y por intervalos opaca. De repente , cual si venciese la reina una secreta repugnancia , arrojóse con planta mas decidida y veloz por aquella esplanada , hasta que hallándose frente por frente de Mirabeau, lanzó un grito retrocediendo asombrada algunos pasos. Entonces llegaba junto á mi la desconocida persona que formaba parte de su séquito : el clamor de su soberana la hizo correr hácia ella al tiempo que volviendo de mi embeleso recordaba el papel que debia representar en tal conferencia , lo que me obligó á detenerla por el brazo para que no interrumpiese la entrevista.

—Perdonad mi descortesía, la dije ; pero os juro que solo la sorpresa ha producido ese espanto. Notad como ya ha vuelto en sí y se aproxima tranquilamente al misterioso personaje que la aguarda.

Un rayo fugitivo de la luna iluminaba momentáneamente aquella escena.

—¡ O Dios ! exclamó la jóven ; qué lúgubre , qué horroroso es el aspecto de aquel

hombre ! ahora comprendo cuan justo fuese el temor de mi soberana , y por qué ha estado toda la noche llorosa , desasosegada é inquieta.

—Y vos, querida Elena, habeis del mismo modo sufrido esos infundados temores !

—Temia amado Federico, respondiome con dulzura, que el contacto del tribuno os hiciese reincidir en los antiguos estravíos.

—Pues que , ¿ no es la corte quien lo llama ? ¿ no está la reina mas enterada que yo mismo de su lealtad y buena fé ?

—La reina se arroja á los brazos de Mira-beau, porque tiene dos hijos á los que de nada serviria el mas heróico sacrificio. Ese hombre no menos audaz entre la plebe que déspota entre los grandes, pidió á la reina le indicase una persona de pundonor y sigilo á fin de llevar á glorioso término sus proyectos. Al leer este importante aviso que nos trajo el único vasallo leal de la Francia, el demente Castelnau, lanzóme S. M. una tierna y significativa mirada, en vista de la cual la princesa de Wolfen que se hallaba

presente pronunció vuestro nombre con ánimo resuelto, é ilimitada confianza.

—Y yo sabré hacerme digno, interrumpí, de la que en mi fidelidad depositan unas personas tan acreedoras á mi veneracion y aprecio.

—Silencio, exclamó Elena. ¿No habeis oido á la reina que me llama?

—No, amiga mia: obsérvase la mayor quietud en derredor, y solo se mueve el vestido blanco de María Antonieta ligeramente ondeando entre el negro foyage de esas olorosas plantas. Sosegaos pues, querida Elena, y permitidme que aproveche la suerte de hablaros con pasion y libertad. Ah! quien nos diera la facultad de trasladarnos á nuestra pacífica Alemania para vivir felices lejos de tanto tumulto!

—Nuestra patria es feliz, porque disfruta de un reposo bienhechor, y porque colmada de dulzura, de ciencia y de armonía nadie teme en su recinto que un populacho desalmado é insolente se levante por la noche contra los alcázares de sus reyes. ¡Ah! vos

no sabeis aun , amado Federico , cuanto hierre el corazon el bárbaro grito de un pueblo andrajoso y soberbio dispuesto á cometer por perversidad y por codicia toda clase de excesos y de crímenes !

—Huyámosle , hermosa Elena , y corramos á la opuesta ribera del Rin , donde nos aguardan nuestros robustos castillos , nuestras góticas catedrales , nuestras aldeas limpias , pintorescas é inocentes.

—No me habéis de atravesar el rio de la patria , en tanto que esa pobre señora que distinguís allá bajo trémula , quejosa y suplicante no vuelva á embellecer el pais donde vió la luz del dia. ¿ Juzgais que pudiera abandonarla al verla acusada , humillada , reducida , amigo mio , á implorar la proteccion de un hombre cuyo incomprensible poder se parece al de los bárbaros dioses que adoraban los antiguos germanos ?

—Y sin embargo , tal es el adalid que puede salvarla , haciéndola atravesar por el estruendo revolucionario sin que la desesperen las insolencias de Danton , las desvergüen-

zas de Marat, ni la sonrisa hipócrita de Robespierre.

—¡Baldon, exclamó Elena, baldon eterno á los caballeros de la Francia! ¿Dónde se ha visto que la dama mas hermosa y mas ilustre haya de implorar el favor de un vasallo desleal y envilecido? ¿Dónde se ha visto que no se enristren millares de lanzas al eco de su voz y no se desembainen en su obsequio los aceros de cuantos pueden hacer alarde de un castillo feudal y de nobles ascendientes? Muy al contrario, los nobles protejen en la asamblea á los enemigos de la casa real ó emigran vergonzosamente á otras regiones. Vedlos errando bajo el nebuloso cielo de las orillas del Támesis, ó recorriendo aun con mas descaro los del Ebro y las del Rin, cual si se complaciesen en el clamor de las víctimas de este movimiento revolucionario que sumerge á la Francia en el oprobio. ¿Y querríais que llevada de su despreciable egemplo abandonase tambien el sagrado recinto de Versalles?..... por mucho que desee vivir en vuestra compañía, aun

bajo el humilde techo de hospitalaria cabaña, es mi deber seguir en la desgracia á la que tanto me ha distinguido en tiempos de prosperidad. Además, la reina no solo es infeliz porque arrebatan insensiblemente el cetro de su familia, sino por el artificioso sistema con que á los ojos del pueblo la envilecen y calumnian. ¿Quereis un egemplo de esta verdad?... Pues sabed que han supuesto que en el baile de máscaras donde estuvisteis, hallábase S. M. galanteando al arlequin, chanceándose con el payaso, danzando con el pastor de los Alpes, entregándose en fin, á todo el desvarío de una fiesta que trastorna los sentidos y corrompe el corazon. Donde mas tumulto habia, mas algazara, mas indiscrecion y ruido, allí iban publicando que se hallaba la reina furtivamente escapada del lecho conyugal. No tan frívolos, no tan péfidos han sido los sutiles agentes de Venecia como los espías del partido de Orleans. ¿Y quien representaba en tanto el papel de una señora tan digna de ser querida?..... Una infame prostituta, á quien vistieron

y ensayaron en el conciliabulo de Danton.

—¡Vil artificio y mas vil el hombre de honor que tal consiente! yo te juro, querida Elena, convertirme en el campeon de S. M. para poner un freno á tanta insolencia y descaro.

—No hagais tal, Federico: vuestra noble resolucion os perderia sin disminuir con ella la crítica situacion de nuestra augusta soberana. Seguidla sirviendo por el único carril en que podeis serla útil; no desmintais vuestro celo ni la noble sangre que circula en vuestras venas, y como el cariño de una infeliz envuelta en las persecuciones de la revolucion puedes recompensar tan importantes servicios..... harto sabeis Federico, que este corazon solo palpita por vos.

—Y ¡qué no haria yo ángel del cielo para hacerme digno de tan precioso latido!..... Enlazo mi suerte á la de tu reina por el placer de enlazarla con la tuya, y como no abandone Mirabeau el empeño de salvarla, ó la verá la Francia nuevamente sentada en el augusto trono de Luis XIV ó hallaremos to-

*

dos en nuestro pacífico país el plácido consuelo de suave y felicísimo retiro.

Rasgóse en esto la tenebrosa nube que ocultaba el astro de la noche, y un rayo cayendo desde su plateado disco sobre María Antonieta y Mirabeau, ofreció á nuestros ojos aquel interesante grupo. Notábase en la espresion convulsiva del uno y en la dominante fisonomía de la otra, que el coloquio habia sido animadísimo y violento. Sin embargo, la hija de los Césares habia recuperado su natural serenidad, y daba el adios á Mirabeau dirigiéndose al palacio con aquella arrogancia que tan bien la sentaba por revelar la dignidad de la reina, sin desvanecer la idea del amable corazón de la bienhechora y la amiga. Por lo que toca al conde, acompañóla respetuoso y urbano hasta el sitio donde acababa el césped de la pradera: detúvose entonces, acaso por el temor de ser visto, acaso por un caballeresco decoro; pues que allí empezaban los árboles y terminaba por consiguiente el lánguido resplandor de la luna.

—Señora , dijo á la reina , cuando vuestra augusta madre despedía á un vasallo suyo , sin estar airada contra él , dábale á besar la mano como en muestras de no desaprobar sus servicios.

Al mismo tiempo con la gracia y la cultura que le eran familiares hincó una rodilla en tierra : María Antonieta dejó percibir su amabilísima sonrisa y tendió la mano al exaltado tribuno que con respetuoso fervor imprimió sus ardientes labios en ella. La reina seguida siempre de mi madre se volvió á paso lento á su morada. Por entre los árboles habia ido acompañando á mi prima para que se uniese á ellas ; y al reparar ambos en el conde , mientras permanecía aun con la rodilla en tierra , con los ojos muy abiertos , y tendiendo los brazos hácia la reina cual si viese desaparecer una celeste vision , díjome Elena en voz baja y apretándome la mano.— ¡ No es tan horroroso como me lo habia figurado !

Apenas tuve tiempo de imprimir en aquellos labios de rosa un beso fugitivo : brilló

un instante entre la espesa arboleda la orla de su blanca vestidura, y al fin ocultóse entre el follage susurrante de sus ramas. ¡ Ah! sin duda de aquellas tres señoras solo mi madre volvía á entrar en el alcázar con tanta apacibilidad y sosiego como cuando saliera de sus muros.

Juntéme al conde á quien hallé mas que nunca conmovido y melancólico. Respeté su arrobamiento y sin hablar palabra nos encaminamos al sitio donde nos custodiaban los bridones. El mismo á quien los habíamos confiado los paseaba por el parque con la sumision de un lacayo que aguarda á su señor. Llamóme la atencion la preferencia que mostraba por el de Mirabeau, y la oficiosa diligencia con que corrió á tenerle el estrivo.

—No lo permitais, dije al conde: es el pobre Castelnau, antiguo presidente del parlamento y uno de los mas fieles vasallos de S. M.

—Esa es sobrada cortesía, señor presidente, dijo Mirabeau subiendo á caballo por

sí solo, y nunca permitiré que se humille en mi presencia una persona tan acreedora á mi agradecimiento y elogio.

—¡ Ah señor de Mirabeau ! dijo el de mente con su inocente entusiasmo ; yo consentiría en serviros toda la vida de escudero para recompensar en algun modo los consuelos que acabais de ofrecer.

—Conservaos para la reina y permitidme que os tome por modelo en lo tocante á servirla.

—Vos hareis mas que servirla , repuso tristemente Castelnau ; pues que sereis su salvador y su apoyo. Por lo que á mí hace, conténtome con el destino de su mas insignificante criado ; pero véalo yo feliz y me tendré por dichoso , aun cuando cayesen sobre mi cabeza las desgracias de tan noble víctima. ¡ Ah ! no os detengan mis desvaríos, corred , nobles señores , corred á poner en planta vuestros grandes proyectos , y no olvidéis que en vuestra lealtad y talento han depositado sus esperanzas las sublimes cortes de Versalles y de Viena.

¿Distinguí, exclamó el conde con súbito y fervoroso raptó, distinguí aquel peregrino lucero que brilla entre las nubes?... es el astro de la reina, señor de Castelnau, al que en vano pretenderán eclipsar los mas negros huracanes.

Quitóse Castelnau el sombrero al contemplar la estrella con veneracion religiosa: imitámosle llevados del mismo impulso saludando aquella constelacion divagante y aventurera, imágen pura de la virtuosa soberana que tanto resplandecia en medio de la corrupcion y las persecuciones. Pasado un instante de silencioso recogimiento nos separamos: tendí la mano al pobre Castelnau, y advertí una lágrima en su rostro, arrancada sin duda por la consoladora esperanza de que iban á cesar las calamidades de la hija de María Teresa. Habíamos andado largo trecho cuando llegó á nuestros oidos su última despedida: *¡ánimo, nobles señores! desde este dia toda mi sangre estará á vuestro servicio ¡oh conde de Mira-beau!*

CAPITULO XXIII.

INQUIETUDES.

DESDE la célebre entrevista de Mirabeau con la reina de Francia observé en el tribuno un cambio total. Ni le distraía el juego, ni se le hallaba en banquetes, ni robaba doncellas, ni seducía á casadas: en una palabra, nada se advertía en él que oliese al antiguo Mirabeau, sino la elocuencia y el talento. Y aun estas cualidades se presentaban bajo un punto de vista grave y circunspecto: así como antes espantaba en sus labios el espíritu filosófico del siglo artificioosamente aplicado á los estravíos de la revolución, era ahora sumamente grato percibir

en sus discursos algo de aquella sólida y consoladora escuela de Bossuet, que semejante á un benéfico raudal se dirige á conservar, á fomentar y á instruir. En vez de los exaltados discursos con que conmovia al pueblo desde la tribuna, pronunciábalos actualmente menos declamatorios y terribles; pero mas oportunos y diplomáticos. Ocupábase sobre todo en el arte de redactarlos, á fin de preparar el ánimo de los hombres racionales y moderados al movimiento que iba sordamente disponiendo á favor de la monarquía. Calcúlese cuanto arte necesitaria para llevar á efecto este cambio sin despertar las sospechas de los jacobinos, ni perder el predominio que alcanzaba en las galerías. Para esto consumia largas vigiliass en el estudio negándose al desenfreno de su antigua disipacion.

Sin embargo de que los del partido orleanista iban secretamente minando el edificio social, y que empezaban á sentirse los rigores de una general carestía, aun atajaba el brazo robusto de Mirabeau sus maquina-

vélicos planes, sin que la miseria pública, la agitacion de las provincias y la infame bancarrota fuesen parte para hacer frente al ingenio perspicaz y á los brillantes recursos del tribuno. Y, como él muchas veces decia, no eran estos los enemigos que le inspiraban mas recelo, sino la muchedumbre de gentes flemáticas y metódicas que con no traspasar los límites de cierta regularidad y decoro se creían hombres de bien y graduaban de demasía el arrojarle á la arena para contener el mal. Luis XV habia puesto en moda esta fácil honradez que principalmente consiste en mostrarse un tanto sordo á las palabras y algo miópe para las acciones; honradez fundada en el egoismo por cuanto encerrando á cada individuo dentro de su propia habitacion lo hace insensible á las calamidades del vecino. A esto se debe el absoluto imperio que el terror cobró en Francia y aquella indolencia general que abatiendo los ánimos, entorpeciendo las acciones, lo hubiera perpetuado en aquel reino, si los mismos revolucionarios temiendo al fin

sus consecuencias no se apresurasen á destruirlo. Hé aqui los resultados de la filosófica manía de analizarlo, separarlo y disecarlo todo por el orgullo de hallar una verdad que no existe en la materia, al paso que para mucho tiempo desquician la que resulta de la union en beneficio del órden público, y del armonioso movimiento que sostiene el universo.

No obstante, tal era el influjo de Mirabeau, que á pesar de tanta licencia y desórden comenzaba á notarse el cambio que prometia á la Francia una época mas feliz. La envidia, los desvaríos, en fin, y demas pasiones inmundas de Robespierre, Marat y Danton hallaban un dique en los raciocinios del conde llenos de lógica, de vehemencia y de verdad. Las personas reales de Versalles se presentaban con mas lustre, esperanza y decoro; los miembros de la asamblea interesados en sostener el órden, y en hacer que fuesen por consecuencia respetadas la religion y las gerarquías, dejaban oír su voz, seguros de que si fuese contradecida, el opor-

tuno socorro de Mirabeau la haria salir victoriosa; y los partidarios de Orleans, los sofistas que ya soñaban en la posibilidad de una república, sorprendidos de no poder contar con el vigoroso atleta que los sostenia, miraban con enojado semblante cual se iba desmoronando el perjudicial edificio que quisieron levantar. Solo un orador de renombre los apoyaba, pero con tanto artificio y elocuencia que no podia menos de grangearse el aplauso general, al paso que nadie hubiera deseado el peligroso triunfo de sus doctrinas. Este orador era Barnave. Mas furioso que nunca contra la ilustre monarquía, descargábale mortales golpes cual si aspirase á ceñirse la corona, ó á vengarse de alguna pérftida injuria. El mismo decia que los partidarios de la revolucion andaban por un fuego oculto entre cenizas, y no obstante tronaba la revolucion en sus labios, y la energia revolucionaria devoraba su corazon.

Aunque no habia podido hablarle desde la noche en que nos indicó la ruta, parecíame

que su conducta no andaba de acuerdo con los bellísimos afectos de su espíritu. Descabía verle y no tardó en presentármese la ocasion: queria servirme ademas de su amistad para que me introdujese de nuevo en el club de los orleanistas, antes que obedeciendo yo á las órdenes de la reina, y los proyectos de Mirabeau, me dirigiese á la corte de Viena como secreto emisario del gabinete de Versalles.

—Al fin os encuentro, le dije, á pesar de los esfuerzos que haceis para alejaros de mí.

—Es cierto, respondiíme con amarga sonrisa; porque mi entusiasmo popular pudiera enflaquecer vuestra reputacion de buen realista, y no era justo ponerlos en mal predicamento con la corte.

—¿Tan crítica es ya la situacion de la Francia que no permita á dos hombres de opiniones distintas el dulce desahogo de la amistad?

—Y tanto, que de todo se sospecha y se forma capítulo de acusacion, y gracias si no siembran la discordia entre las gentes,

aun cuando blasonen de unos mismos principios.

—Barnave, mi querido Barnave, díjele con afectuoso acento, convenid en que no es esta la causa de vuestra mudanza: no solo evitais mi compañía sino la de cuantos pudieran recordaros los placeres de otra época. Apenas hace tres meses que estoy en Francia, y puedo decir que en cada uno de ellos he envejecido por diez años, y visto un período absolutamente desemejante al que les precedia. A mi llegada solia sorprenderos paseando por apartados sitios, lleno de meditación y de tristeza; pero la voz de un amigo desvanecía vuestras lóbregas cabilaciones restituyéndoos á vuestros pasatiempos y festines. Ahora, empero, cesaron aquellos plácidos deleites: en vez de acudir á los banquetes correis á las tertulias patrióticas; en vez de pasar la noche en deliciosa concurrencia, la dedicais al estudio de las revoluciones, ó á repetir en los clubs mas sanguinarios los mismos discursos que merecieron aplauso en la asamblea.

—Hé aquí un efecto del difícil papel que debo representar. Si echais, Federico, una ojeada indagatoria en el gran cráter revolucionario de la Francia, observareis á centenares los hombres dedicados á llevar á glorioso término esa reorganizacion nacional. Pues bien, yo soy el Leonidas de esos termopilanos, el Temístocles de esos atenien-ses, el Bruto, en fin, que debo arrojar e manto consular á la cara de César para que se arroje el pueblo...

—No acabeis, por piedad, no acabeis... ¡vos gefe de los conjurados, vos jó-ven, elocuente y sensible, capitan de los regicidas!... ¡ah! permitidme que lo dude y que no me haya de echar en cara la decidida inclinacion que vuestras cualidades me inspiran.

—Pues qué ¿tomais al pie de la letra que haya de ser asesinado ese rey en demasía pusilánime y virtuoso?... No hay duda que oigo todas las noches prodigarle las mayores insolencias, y que el sangriento fallo de muerte suele escaparse del labio de los oradores; pero no puedo figurarme que aspiren

á otra cosa sino á desheredar su estirpe. Yo tambien me exalto en la tribuna y derribo esos lujosos alcázares, esas góticas catedrales que estan en pie para levantar sobre sus ruinas las estátuas de Caton, de Licurgo y de Washington, no por el feroz deseo de salpicar de sangre humana sus pedestales, sino ardiendo en el brillante entusiasmo que actualmente agita á una nacion de treinta millones de habitantes.

—; Cuan engañado vivís !... llegará el dia en que, como vayan adelante vuestros proyectos, perecerá á vuestros mismos ojos la familia real, sin que os quede mas consuelo que la muerte para aplacar los remordimientos de vuestro espíritu.

Esta idea causó á su alma una conmocion profunda: pasóse la mano por la frente, y cual si iluminase á su razon una luz funesta é imprevista estuvo como meditando algunos instantes. En la fuerza de aquel combate interior se llegó á olvidar de que yo estuviese junto á él; pues que escaparon de sus labios estas palabras.

—Válgame el cielo... ¿seria posible que el logro de tantos planes, el afan continuo de tan espinosos proyectos no me trajese otra recompensa que ver arrastrar al cadalso á ese ídolo de mi desgraciada juventud?...

—No lo dudeis, amigo mio, interrumpí tomándole una mano y apretándola contra mi pecho, este y no otro será el triste resultado del sacrilego furor que os exalta en la asamblea: ¡ah! no es justo que un hombre tan sensible, cuyas felices disposiciones aseguran un gran talento á la patria se confunda con los verdugos de María Antonieta. Creedme, Barnave, uníos á los que aspiramos á salvarla y no habrá en el mundo quien no coloque vuestro nombre al lado del que tanto honra al conde de Mirabeau.

—No lo lograreis, gritó el jóven tribuno con desenfajada vista, Mirabeau me ha precedido en la asamblea, y quiero á lo menos el derecho de reemplazarlo allí: tiembleu al eco de mi voz los que tal vez se hubieran desdeñado de mirarme, tiembien, príncipe de Wolfen, y cuando conozcan lo digno que

soy de su amor ó de su odio, logre yo que me llamen á las arboledas de Versailles, que me consulten, que me halaguen, que me digan con suplicante gemido, *salvadnos, querido Barnave*, aunque luego ponga un veneno fin á mis días, como es fama que ya abrasa las entrañas de Mirabeau.

—¡Desgraciado! prorumpí dando una gran voz, ¿á qué mezclais en vuestros labios á un traidor veneno con el nombre de este varon célebre?

—¡Ah! es sobrado cierto amigo mío: Mirabeau no tardará mucho tiempo en espirar.

—¿Mirabeau, decís? ¿Mirabeau? ¿el primogénito, el gran diplomático, el célebre tribuno?

—Para nosotros no hay mas que un Mirabeau en el mundo, Federico; y este es el que lucha con alevosa y roedora ponzoña.

—¿Y quién ha sido el vil?...

—La mano omnipotente é invisible que hiere á los grandes hombres, así que terminan el objeto de su destino. Igual efecto pro-

duce entonces un grano de arena en la uretra de Cromwel que otro de arsénico en la copa de Mirabeau, con tal que caigan en señalado día, y que el poderoso ascendiente de su genio lleve los acontecimientos al extremo que se ha propuesto el regulador de las cosas humanas : es justo , indispensable que perezcan , pues con un solo minuto de existencia , añadido á los que precisamente deben contar , fuera incalculable la mudanza que aun podian producir. Asi es, príncipe de Wolfen, que ciertos varones destinados á trastornar el mundo, gozan del gran privilegio de morir á tiempo, y de no reclinar como Cayo Mario la agoviada frente sobre las ruinas de Cartago.

Desapareció , y quedéme absorto no solo por el fatal anuncio que me daba , sino por la especie de indiferencia con que lo hacia. No porque fuese dimanada de la insensibilidad ó el egoismo ; sino por ser ya un resultado de la rapidez de la revolucion , no menos que del presentimiento que le revelaba el aciago fin de su vida y de cuantos se señala-

ban por su talento y su audacia. Su corto número de días habia obrado en el carácter de aquel jóven un cambio tan notable como el que se echaba de ver en los mismos sucesos de la Francia: su patriotismo lo cegaba hasta hacerlo huir de sus amigos, y correr á exaltar en las tribunas las pasiones de la plebe: siempre metido en sociedades patrióticas, en secretos conventículos, aspiraba á dar impulso á la segunda época revolucionaria, así como Mirabeau se lo habia dado á la primera. Y no es decir que se hubiese convertido en un malvado; pero tal es el efecto del espíritu de partido, tal el venenoso influjo de una revolución como la de Francia, que no solo avasalla las potencias, sino que echa un dique á los afectos y sufoca los blandos movimientos del ánimo.

Indeciso de lo que debia hacer resolví dirigirme á Versailles: determinóme á esto el deseo de recibir instrucciones de la corte y el no dar entero crédito á la noticia de Barnave. Dos días antes habia visto al conde, y si bien se advertia en todo su máquina gran-

de desaliento y destemplanza, atribuímoslo á las cavilaciones de su alma y al mucho trabajo. Además, la incertidumbre del logro, á pesar de sus infinitos medios de llevar bien enderezado el rumbo de sus planes, no dejaba de agitar su espíritu, de gastarlo, y en tales términos absorberlo, que siempre estaba como sumergido en áridos é intrincados pensamientos. No ya las armoniosas cláusulas con que derribára la antigua monarquía, no ya las flores de la elocuencia halagaban su imaginación fecunda con la amenidad del estudio y la esperanza de mil aclamaciones: transformado de repente en hombre cuerdo, en hábil diplomático, casi puede decirse que hallaba en la misma práctica de la virtud el resultado de los perjudiciales desórdenes del vicio, y en el sosiego de un estudio metódico, las fatigas que no pudieron rendirle sudando é improvisando en la tribuna.

Al llegar á Versalles noté en la corte cierto decaimiento que me pareció de mal augurio. Introdujéronme en el aposento de mi madre, y bien que nunca se trasluciesen los pe-

sares en la fisonomía de esta señora , hubo de chocarme en ella una indolencia ó abatimiento poco comun. Hablé de Maria Antonieta , de mi viaje para la corte de Viena, de los pliegos que debia llevar al emperador, sin que apenas lograr pudiese una contestacion, un monosílabo de la princesa de Wolfen. En vista de esto la rogué, la importuné para que me confiase el motivo de tal reserva , y no obtuve por respuesta sino la indicacion de que pasáramos al aposento de su soberana.

CAPITULO XXIV.

INDICACION DESECHADA,

DESDE la antecámara del cuarto régio vimos á Maria Antonieta sentada en el ángule de un sofá en ademan de estar embebida en sérios y melancólicos pensamientos. Aquella frente que recordaba el espíritu penetrante y varonil de las Semíramis, Elisabetas y Catalinas, yacía lánguidamente apoyada en la mano derecha, formando singular armonía con su abstraccion cavilosa, el desaliño del traje, y el general abatimiento de todo el cuerpo. Detuvímonos al umbral de la puerta esperando que reparase en nosotros; pero viéndola entregada siempre á sus ideas, ade-

lantóse mi madre, y el rugido de las sedas de su ropaje hizo volver los amortiguados ojos de la reina hácia nosotros.

— ¿Qué traes princesa? ¿ Hay noticias de su salud mas recientes que las de esta mañana, ó dan los médicos que allá enviamos lisonjeras esperanzas de mejora?

— Nada se sabe aun, respondió mi madre, haciendo una profunda reverencia, solo queria decir á V. M. que habia llegado mi hijo para recibir sus órdenes.

— Adelantaos, prosiguió la reina, al verme á respetuosa distancia, llegaos acá, Federico de Wolfen, y decidnos lo que pasa en la ciudad, y la sensacion que causa en ella la dolencia mortal de que está acometido el conde.

— Señora, acababa de hablarme de eso el mismo que pretende reemplazarlo en la tribuna.

— ¿Cómo dicen que se llama, princesa? preguntó la reina dirigiéndose á mi madre.

— Barnave, segun las instrucciones del príncipe de Monaco.

— ¡Barnave! repitió Maria Antonieta esforzándose para recordar alguna circunstancia unida á este nombre, ¡Barnave!... un jóven de buena presencia, pero de muy pernicioso doctrina... un jóven que aspira á reproducir en nuestra edad el feroz Bruto de la antigua Roma....

— ¡Ah! por fortuna las ideas revolucionarias desvanecen su cabeza y no hierven en su corazon...

—Y ¡qué nos importa si por eso no es menos perjudicial ni mas débil su influencia!

— No dudo , á pesar de eso, que estaria en manos de S. M. el amansar su condicion terrible , haciéndolo entrar en el número de sus partidarios...

Detúveme aguardando su beneplácito para desenvolver esta idea.

—Proseguid , príncipe de Wolfen , díjome con nobleza y magestad.

— Conozco el alma de Barnave , he sido su amigo , he penetrado la elevacion de su talento y la flaqueza de su espíritu , y le veo en el camino de la revolucion , por la prefe-

rencia que ha merecido Mirabeau para salvar á la mas ilustre princesa que hasta hoy ha gobernado la Francia.

— Es decir, que aguarda á que le pidamos socorro para tratar con nosotros como de gabinete á gabinete, como de soberano á soberano....

— No señora, respondí lleno de pesadumbre al oír interpretacion semejante. Barnave envidia la fortuna de Mirabeau, no por un sentimiento digno de menosprecio, sino por aquel incentivo de las almas generosas que desearian hallarse al frente de todas las empresas heróicas de su siglo. Hay tanta grandeza en ser el campeón de V. M., tanto prestigio en luchar, vencer ó morir por ella, que no estraño la desesperacion de Barnave, y aun disculpo el medio siempre perjudicial que ha elegido para que resuene su nombre en los régios planes de la corte.

— Y ¿quisiérais que esa reina de Francia odiada y ensalzada, porque sabe guardar el caracter de tal, perdiese en un paso indiscreto lo único que ya le resta de su gerarquía y

su potencia? ¿Qué no dirían los jacobinos, los orleanistas, si despues de haberme visto amansar con una mirada las colosales iras de Mirabeau, me viesén humillada hasta el estremo de pedir socorro al hombre oscuro aunque elocuente, que le ha sucedido en la tribuna? Y sobre todo atrayendo á Mirabeau, no solo venicia al talento mas portentoso y osado de la Europa, sino que restituia un grande ingenio á la moral, un hombre ilustre á la corte, y á la nobleza el mas capaz de vengar la acusacion que le prodigan los filósofos de incapacidad é ignorancia. Os prohibimos que nos volvais á hablar de semejante medio, como un desdoro de la régia magestad. Veníais sin duda á recibir las últimas órdenes de una soberana que os apreciaba: con todo, por ahora es fuerza no adelantar nuestro plan: si el conde espira, nadie puede reemplazarle en la complicada é ingeniosa trama que ha urdido, y no nos queda otra esperanza que la fuga. Corred á su lecho, manifestadle el interés que sus dolencias despiertan en nuestro espíritu, y como lo

permita su estado , pedidle instrucciones en orden á sus proyectos y á la conducta que debemos guardar.

Dióme á besar su real mano , y me despidió con aquella culta sonrisa , recompensa y estímulo de las mas gloriosas acciones. Al atravesar la segunda galeria llamóme una de las señoras que servian en palacio, y me condujo á retirado aposento donde hallé á mi prima Elena. Noté en su aspecto el mismo abatimiento que se advertia en todos los del alcázar , y sin aguardar á que le manifestase mi sorpresa , no solo por la repentina dolencia de Mirabeau , sino tambien por el desmayado talante que me chocaba en Versailles, díjome con voz doliente las siguientes palabras.

—Al saber que estabais hablando con S. M. hice que una dama os aguardara á fin de que no salierais de la casa real sin que os advirtiese mi cariño , que es necesario andeis con la mayor precaucion para no ser víctima de los enemigos del trono. Harto lo veis , Federico. Mirabeau , único apoyo del estado,

yace tendido en el lecho sin esperanza de salvacion. Cuando la oculta mano de los partidos ha podido llegar á su cráneo, cuánto mas fácil le fuera sacrificar á un jóven extranjero sin conocimiento del pais, ni del carácter tan alevoso como astuto de sus contrarios.

—Pasó, amada Elena, el tiempo de las precauciones; ya caminamos por el borde del abismo sin que nos sea dado alejarnos de él: corro á visitar al conde, á consolarle, á procurar los medios de su salvacion; pero si tan desgraciados fuésemos que no pudiéramos lograrlo, inclinad á la reina á que vuelva á su pais natal; pues como ella misma ha dicho, no habrá otro remedio, ni otra salvacion que la fuga.

—Paréceme que tal es el ánimo de S. M.: ya sabeis que el rey hubo de nombrar á Nec-ker para el ministerio, y que este hombre en cuyo ascendiente confiabamos es tal, que cuando se ladea hácia el pueblo nos pierde, y se desvanece, cuando se inclina á la corte, el prestigio de su popularidad. Por consiguien-

te el espíritu del rey sobrado recto y concienzudo para estos tiempos, sobrado pusilánime para luchar con tales hombres, se halla en un continuo conflicto, temiendo ocasionar la guerra civil, al paso que por otra parte está plenamente convencido de que no puede evitarla. Esta situación aflictiva é incierta le hará apelar á la fuga; por lo que no dudo que el último suspiro de Mirabeau, cortando de raíz la justa confianza que sus ingeniosos proyectos le hicieron concebir, se decida á buscar asilo en los dominios del emperador.

— ¡Luego los destinos de la Francia se encierran en una sola cabeza!... si el conde espira, rómpese el áncora de la corte y el dique que contiene el ímpetu del revolucionario torrente! Pierde el pueblo al que mira como su libertador, y la religion y la nobleza al que acataban como á su salvador... ¡muerte á la vez desgraciada y feliz! ¡sensible para los que sobreviven, pero sobremanera grata al varon grande que contempla en derredor de su lecho fúnebre á los hombres de bien de toda la monarquía!

— No obstante, observó Elena, si hubiese sido siempre un rebelde y un impío no fuera tan llorada su pérdida. Pero alcanzó su alma los privilegiados honores del mas brillante talento así que se descubrió al caballero por entre la desaliñada vestidura del tribuno.

— Corro, pues, á su habitacion como á la misteriosa caverna de un mago donde se hubiesen de resolver los destinos de este reino... Por medio de Castelnau te haré saber cuanto ocurra; prepara en tanto el ánimo de la reina para la fuga; pues que harto te se alcanza ser el único puerto que nos queda. Adios hermosa Elena, dulcísima amiga mia, nada te hablo de mi cariño, por cuanto embeben nuestras potencias las desgracias de la heroica familia á quien servimos. No dejarás de poner en su punto este sacrificio de mi lealtad, y de recompensármelo, haciendo lo posible á fin de que bajo el risueño cielo de la Alemania disfrutemos en breve de la amable tranquilidad que aqui nos falta.

Abrazámonos al decir esto, haciendo ella

lo posible para ocultarme las lágrimas próximas á correr por su angélico semblante. Dejéla abandonada á su dolor, y atravesé corriendo las revueltas y galerías de aquel palacio para repentinamente trasladarme á la habitación del conde.

CAPITULO XV.

MIRABEAU MORIBUNDO.

Yo le ví morir: hubo momentos en que luchaba contra la enfermedad; pero aquel hombre inmortal bajo tantos aspectos, gigantesco en sus miembros, sobrenatural en sus raciocinios, penetrante en sus ojeadas, terrible, irresistible en sus discursos fue detenido por la muerte en su admirable carrera, y cayó víctima de su propia obra. Rasgóse desde aquel punto el velo que ocultaba las futuras calamidades de la Francia, puesto que la mano que se atrevía á herir á tamaño atleta daba con ello una prueba de bas-

tante impavidez y artificio para atreverse asimismo á la sagrada persona del rey, y á cuanto hubiese en la patria de virtuoso y respetable. Y he aquí porque muchos diputados de la asamblea vaticinaron su propio fin al ver luchando á Mirabeau con las últimas convulsiones de la vida.

A pesar de cuanto se ha dicho en orden á los descarrios de la Francia ha sido muy poco lo que se ha hablado de esta muerte. Ella cambió los destinos de la Europa, pues que perdiendo la revolucion al alto genio que la creara, hallóse repentinamente entregada á su desatinado impulso, sin un talento que la modificase, y un brazo bien intencionado y robusto que la contuviese. Si Mirabeau hubiese existido, no conociera la Francia á Robespierre ni á Bonaparte; aquel hubiese vivido encenagado en el inmundo lodazal de sus vicios y ponzoña, y encontrando éste un hombre superior á él á quien obedecer, no le pasára por la imaginacion elevarse con el mando. Richelieu, Luis XIV, Mirabeau y Bonaparte han dado grandes mues-

tras de sí mismos segun el diferente carácter de sus épocas : elevóse con el primero el poder ministerial ; desplegó el segundo el verdadero esplendor de la monarquía ; manifestó hasta donde llegaba el tercero , la influencia fatal de la tribuna ; y quiso probar nos el último que la descabellada usurpacion de las conquistas llega aun á ser preferible al sanguinario desórden de las revoluciones. Pero ¿ cuál de las cuatro épocas que estos varones célebres formaron ha sido mas útil al mundo y mas gloriosa á la Francia ?... Sin la menor duda la de Luis el Grande ; y no tanto por su prosperidad y sólida doctrina , como por hallarse en ella el único y verdadero gobierno que conviene á esta nacion heróica , emprendedora y caballeresca.

Por lo que respecta á Mirabeau, en cuanto supo que habia de morir , resignóse á su suerte sin murmurar. Desechó como gravosos é impertinentes los auxilios del arte , y mandó abrir las ventanas y colocar el lecho junto á los jardines de su palacio llenos ya de olorosas flores y delicadamente alumbrados.

dos por el sol primaveral. El perfumado ambiente, el zumbido de la abeja, el canto del ruiseñor y el susurrante movimiento de las hojas recordaban á su espíritu los bosques de la quinta paternal, y los serenos horizontes que lleno de poético entusiasmo contemplaba por entre las rejas de Vincennes. También entonces tendia en valde las manos hacia las pintadas mariposas y los aromáticos arbustos: cortaban su brio las férreas barras del calabozo, así como ahora el frío entorpecimiento de la muerte.

Trasformando en día de gala el que solo debía serlo de lágrimas y de luto, mandóse adornar con su mas elegante vestido, rizar los cabellos, perfumarse y afeitarse cual si se tratase de ir á presentar delicados versos á Sofía, ó de seducir en nuevas máscaras á otra Emilia de Hortenval. Abriéronse las puertas de su estancia, y precipitáronse por ellas sus amigos, su familia, sus antiguos amores, y cuantos podian alegar alguna derecho á su última despedida. A todos abrazaba y consolaba tan contento de morir como descontento

de dejarlos. Sin duda tenia un presentimiento de que su muerte no era un acaecimiento natural, sino un decreto del destino para que pagase la Francia un siglo entero de desvaríos, crímenes y errores. ¡ Ah! dejaba de ver por lo menos la destruccion de la monarquía que iba á salvar, el sacrificio del rey mártir, y el de la mas augusta reina que han conocido los hombres, arrastrada al patíbulo, trocadas sus galas en humildes vestiduras, su brillo en cadavérica palidez, y en intempestivas canas su lustrosa cabellera.

Harto feliz de espirar antes que los siniestros rumores de república espantasen á las gentes, y se elevasen los cadalsos, y se inventasen suplicios, no tuvo que combatir á cara descubierta contra los secuaces del terror, ni perturbaron su cabeza los fétidos vapores de humana sangre, que desvanecieron despues las de tantos asesinos y verdugos. Dejémosle, pues, exhalar reposadamente el último aliento, y demos con esto el adios al siglo décimo-octavo: desaparece el mundo antiguo y con él los privilegios del

altar, y las brillantes gerarquías que sostienen la magestad del trono. Amable chiste, facil poesía, tono aristocrático, cultas agudezas y bien cortados diálogos, todo acaba en este hombre, así como todo principió en América en el instante mismo de saltar Colón á sus misteriosas playas. Nada nos queda de la época del gran rey: el terror, la sangre y las conquistas refundieron la Francia en un pueblo de nueva especie, imitador, no ya creador, delirante ó caprichudo, en vez de sólido ó agradablemente veleidoso. ¡Cuándo hallarás, oh Francia, á otro Mirabeau que penetrando la índole de tu carácter, sepa echar bajo el sol de esplendorosa monarquía los únicos elementos que te convienen, los únicos que hacen célebre la ingeniosa pulidez de tus artes y la gloria de tus bayonetas!

CAPITULO XVI.

*Quomodo cecidit potens.*²

ECLESIASTICO.

EN tanto seguia luchando el enfermo con el interno aguijon de la sutil ponzoña que abrasaba sus entrañas. Burlando á veces su complexion recia la actividad del veneno, circulaba de nuevo la sangre por aquel desmesurado cuerpo; brillaban los ojos del moribundo, y volvíamos á gozar por un instante del célebre varon á quien perdíamos, hasta que renovaba el mal la agudeza de sus ataques, y postrábase el gigante aletargado en sus dolores. Descubríome en uno de estos lucidos intervalos por entre los muchos

que alli se hallaban , contemplando su prematura muerte , con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho : hízome seña de que me acercase ; y asi que me tuvo muy junto á él me preguntó con voz apagada y sepulcral : ¿ habeis hablado á la reina , querido Wolfen ? ¿ Sería posible que me viese morir sin enviarme una palabra consoladora ? Y el rey , en cuyo servicio espiro , cuya bondad amo , cuya virtud venero , ¿ tampoco se acuerda de este infeliz que habia prometido salvarle ? Hablad , Federico ; enteradme de todo antes que el último sueño os deje tan solo los miserables despojos de vuestro malhadado amigo .

—La reina , respondí con lágrimas , os envió su propio médico , y me encarga decir os que hagais lo posible á fin de recuperar una salud tan preciosa para la Francia y para la real familia .

— ¡ Esto ha dicho !... ¡ benéfica señoral ¡ augusta soberana ! Si hubiese podido inspirar á su esposo una chispa de su entereza y arrogancia , no llegarán las cosas á tal es-

tremo, ni muriera Mirabeau á manos de un cobarde asesino. Pero cuando se digna desear mi restablecimiento, y abriga ya mi pecho la esperanza de que no se desdeñará verter una lágrima en mi tumba, reclino la cabeza sin pesar en el enlutado féretro con que me llevarán al panteon de mis padres.

— ¡ Oh ! confiad todavía en la poderosa fuerza de vuestra complexion : no desdeñéis los socorros de la medicina, y sujetaos en nombre de los proscriptos de Versailles á procurar por todos los medios imaginables vuestro restablecimiento.

— Es inútil, príncipe de Wolfen ; conozco que la Francia está condenada á precipitarse en un abismo ; acaso saldrá de su seno algun genio superior que la restituya su antigua prepotencia ; pero mi mision termina ahora, por cuanto si yo viviese no pudieran triunfar los que vísteis en aquella noche tenebrosa sedientos de sangre humana bajo las bóvedas de un edificio consagrado antes á la piedad y al recogimiento.

— Y segun eso, ¿ cuál creeis que haya

de ser la suerte de la real familia?

—¡La de morir!...

—¿Sin que le sea posible evitarlo?

—Solo con la fuga, amigo Wolfen, y para eso es fuerza no descuidarse ni perder momento. Si yo hubiese vivido, la España, la Alemania y la Prusia atravesáran nuestras fronteras antes de que cobrase cuerpo la hidra revolucionaria; pero en cuanto echen sobre mis miembros la pesada losa del sepulcro...

—No, no: la vehemencia de vuestra imaginacion os alucina, y en vez de dar por su puesta vuestra muerte, seria muy cuerdo que tuviéseis la esperanza de alejarla.

—No perdaís el tiempo en vanos consuelos; no muere Mirabeau como los togados y las viejas, sino con la serenidad de los filósofos y los héroes. Os hablo de mi fin cual os hablaria de un banquete si me quedasen fuerzas para concurrir á él: aprended de mi labio moribundo el solo recurso de salvar á nuestra reina, y no os metais en las rutinarias reflexiones que se suelen prodigar á los

enfermos , segun el periodo de su mal. Repito que en cuanto exhale este cuerpo el último aliento se desencadenarán las pasiones y convertiráse la Francia en un tumulto popular , mil veces mas terrible que las escuadras de Pitt y las bayonetas de Federico II. No queda ya tiempo de seguir y consolidar mi proyecto : el Austria y la España estan igualmente interesadas en sostener á Luis XVI ; pero antes que atraviesen sus tercios por los Pirineos y el Rhin , el puñal ó el veneno de los jacobinos podria haberse cebado en nuestros beneméritos soberanos. Asi que , fuera alianza , fuera combinaciones diplomáticas hasta que se halle la real familia bajo la salvaguardia del emperador.

—¿ Y me encargais particularmente algo para la reina ?

—Que perdone los estravíos de mi juventud , y la indiscreta exaltacion que manifesté en la tribuna.

—¿ Nada mas ?

—Quisiera , príncipe de Wolfen , dijo arrancando un gran suspiro , que despues de

muerto me sacasen el corazon y se lo ofreciesen á aquella dignísima señora, como un recuerdo del malogrado amor...

Interrumpióle el ruido que hizo la puerta repentinamente abriéndose de par en par.

—¿Quién es? ¿quién llega? me preguntó.

—Una diputacion de la asamblea conducida por Barnave.

Al oirlo hizo un esfuerzo para incorporarse, y recibir á sus colegas con agradable sonrisa. Complacióle en extremo el cuidado y el elogio de la asamblea, y rogó á los diputados que se coronasen de flores para verle morir. Sin embargo, aquello no era mas que un artificio de su vana filosofia: la conversacion que tuvo conmigo hacía sentir la muerte á pesar suyo, por manera que al través de su serenidad y fortaleza percibía un ojo perspicaz la afliccion y el abatimiento de su espíritu. No obstante, ni la muerte misma era capaz de trastornar en tal extremo sus potencias, que se olvidase de lo que debía á lo que miraba como su reputa-

cion y su gloria. Si se habia mostrado en nuestro coloquio aristócrata fiel y diplomático profundo, no dejó con los diputados de representar el papel de imperturbable filósofo y de manifestarse enérgico tribuno con Barnave. Asi es que llamó á este mientras el resto de la diputacion se mantenia á respetuosa distancia de su lecho, y despues de haberlo abrazado díjole reposadamente estas razones.

—¡Barnave! jóven y virtuoso Barnave, yo muero, y vas á ser por consiguiente el único que domine en la tribuna. Si has tenido envidia de Mirabeau, si te has alistado por esto en el partido de sus contrarios, él te perdona y desde su lecho fúnebre te bendice. Pero ¡ay de tu amor Barnave, ay del inexorable destino que te condena á perecer como yo mismo en la flor de la edad por una mano vil, despreciable y oculta! Fuera en balde que quisieras evitarlo, ya se lee en tu agobiada frente el mortal fallo, y el único recurso que te queda es aguardar el amargo trance con serenidad, entusiasmo y honor.

A tí confío el espinoso cuidado de defender mi memoria : no permitas que la ultrajen : acuérdate , amado Barnave , de que no menos has procurado imitarme en la elocuencia , que en las flaquezas de mi alma.

Debilitáronse sus fuerzas , y conociendo que iban pronto á abandonarle inclinóse todavía á mi oído y díjome con apagado aliento.

—No dejes de repetir á SS. MM. que cuando yo espire no hay quien ataje el volcan popular ; que lo eviten por medio de la fuga ; pues deben ya contemplarme como la primera víctima de la anarquía.

Oyó en esto los fervorosos clamores de la muchedumbre que agolpada á las puertas de su casa pedía al cielo por su restablecimiento é importunaba á los médicos para que le diesen noticias de su salud.

—¡ Dócil y compasivo pueblo ! exclamó : lástima es que se pongan á tu frente hombres mas capaces de sufocar tu índole generosa que de estimularla para célebres acciones !

Aquí torció la cabeza, y empezó á luchar de veras con las ansias de la muerte.

Dilatada fue su agonía: dormitaba, despertaba, estremecíanse sus miembros, percibíase por intervalos un hondo ronquido, un crugimiento de dientes, anunciando la descomposicion de aquella máquina colosal. A veces cansado de encojerse y combatir tendíase como si fuera ya cadáver, semejante al bajel que se entrega á la tempestad: á veces mitigándose un poco sus tormentos alzaba con la sonrisa en los labios la mano á los circunstantes, y abrazaba á sus mas fieles amigos. Al ver uno de ellos que nada tenia de que testar le cedió toda su fortuna: aceptóla el conde como aceptaba en el juego las cantidades que se le ofrecian, dando muestras de no estrañar aquel rasgo generoso por reconocerse con suficiente valor para hacer otro tanto. Así rodeábamos su lecho llenos del augusto recogimiento con que se contempla la muerte de un hombre grande, al tiempo que entrando un desconocido con aire aunque reposado resuelto, detúvose

ante el médico Cabanis , sacó de debajo la capa un brazo vigoroso y desnudo , y presentósele diciendo :

—Corre la voz de que muere Mirabeau; porque el amor y las desgracias agotaron la sangre de sus venas: hay hombres que saben reanimar los cadáveres por medio de la trasfusión de la sangre: la dificultad está en hallar á uno que tenga la resignación de dejársela quitar para dar la vida al moribundo. Hé aquí mi vena, doctor Cabanis, pícala, desgarradla, tomad la que en ella hierve, que por muy pura y leal inflamará en santo celo al mismo corazón de la monarquía próxima á espirar sobre ese lecho. Viva Mirabeau, que es el que puede salvarla, y quedeme la gloria de haber muerto en lugar suyo.

Cuantos allí habia miraron á aquel hombre con sorpresa: derramábanse en silencio lágrimas, hasta entonces difícilmente contenidas, y preguntábanse unos á otros si se habia ofrecido en algun tiempo una muestra tan estremada y positiva de la aflicción po-

pular. Hirviendo en gratitud y emulacion generosa no me cansaba de repetirles : es el pobre demente de la reina, señores : el hombre mas honrado , leal y consecuente de la Francia.

—No , no , respondió Castelnau , nunca fuí demente y ahora menos que nunca : escuchad : si es Mirabeau el que yace en ese potro , paréceme accion sábia y discreta el empeño de reanimar á varon tan indispensable á la gloria de la Francia , y á la prosperidad de su monarquía. Porque , no es el que veis ahí tendido un padre de familias , un hijo tierno , una gentil hermosura , ni ninguno de esos enfermos vulgares por quienes se lleva ceremonioso luto , y á quienes se abre una tumba bajo un estéril ciprés ; sino la misma monarquía que se apaga , la misma Francia que espira con su triple corona aristocrática , filosófica y literaria. Ahora , si he sido loco en ofrecer una vida inútil por otra que tanto vale , consistirá en haber llegado tarde para la milagrosa metamórfosis.

Aproximóse al lecho , contempló con des-

encajados ojos el desaliento del moribundo, luchando entonces mas que nunca con los delirios de la agonía, y echóse á llorar como un niño al ver aquel término fatal de los hombres mas nerviosos, privilegiados y sublimes. Casi ageno Mirabeau de lo que pasaba en su estancia, y revolcándose sin ceder contra el aguijon de sus martirios, quiso hablar; pero la palabra espiró en sus labios. Cerró despues los ojos oponiendo al dolor la resignacion y la desidia, y estuvo quieto un largo espacio semejante á aquellos valerosos mártires del cristianismo que se dejaban atenacear y descoyuntar sin despedir una queja: entonces fue cuando murmuró entre dientes esta simple y significativa palabra: ¡ *dormir* ! Y en efecto habia ya visto el brillo de la bóveda celeste, respirado los deliciosos aromas de sus flores, oido los sollozos de su hermano, el adios de sus amigos, los clamores fúnebres de un pueblo que adivinaba los desórdenes que se habian de seguir á su muerte, y ya no deseaba mas que reclinar sobre la losa sepulcral su angustia-

da frente. Pero no para dormir con aquel sueño del oriente, causado por el espíritu de las esencias y los ardores de un voluptuoso clima, tampoco con aquel sueño de las pasiones que presenta en derredor de nuestro lecho las lascivas, ágiles y cariñosas ninfas que embellecian las olorosas selvas de Pafos y los marmóreos pórticos de Corinto; sino con aquel sueño religioso por medio del cual se complace el hombre en los últimos momentos de su carrera, creyendo alcanzar del cielo el perdon de sus errores.

Todavía oyendo en su letargo el nombre de Pitt, se reanimó un instante para esclamar, que si el cielo le hubiera dado mas vida era capaz de destruir todo el maquiavelismo de sus antiguos planes. Y en efecto, sentando un Borbon en el trono de Francia, teniendo á Mirabeau por ministro, y por general á Bonaparte, acabárase para siempre la prepotencia británica, y dejára de existir en un miserable islote el fiel de la balanza política del mundo. Menos dolorido despues quiso probar de morir en pié como un gla-

diador romano , pero el principio vital ya no existia sino en su cráneo ; por lo que conociéndolo asi , dijo al que lo apoyaba , que sostenia en sus manos la testa mas fuerte y bien organizada de todo el reino.

—Y no obstante, murmuraba en voz baja Castelnaux , esceptuando la del conde , la mas bien organizada es acaso la de un pobre maniático , que ni siquiera sirve para apagar el furor del populacho tan poco escrupuloso en esta clase de presentes.

Cuando la reclinó al fin sobre la almohada para exhalar el suspiro final , estábamos todos de rodillas llenas nuestras almas de sagrado temor y de afliccion sublime. Hay cabezas privilegiadas á cuya caida enmudece el mundo amilanado y sorprendido al eco misterioso y fúnebre que causan. Rompióse al inclinarse la de Alejandro , el gran coloso de la monarquía universal , y desapareció al inclinarse la de Mirabeau el trono de Carlo-Magno , el flotante penacho de Enrique , y las victoriosas lises de Luis el Grande.

CAPITULO XXVII.

Voz de dolor y llanto de gemido
y espíritu de miedo envuelto en ira,
hagan principio acerbo á la memoria
de aquel dia fatal aborrecido
que Lusitania mísera suspira
desnuda de valor, falta de gloria.

.....
.....

FERNANDO DE HERRERA.

EN cuanto hubo espirado, cubrióse París de luto como si acabara en aquel genio la grandeza de su existencia política. Insensible, por mi parte á todo consuelo, dejé á los que guardaban sus despojos, y salí del palacio sin saber á donde dirigirme para desahogar mi tristeza. Atravesé aquella galería ocupada

por libros amontonados en todos los ángulos, mesas y estantes, aquellos gabinetes en cuyas tapicerías brillaban los retratos de las mugeres mas lindas, aquellos aposentos, en fin, destinados al estudio, al amor ó á los festines, indicando alternativamente la habitacion de un gran señor y la de un hombre vulgar; la de un jóven y la de un viejo; la de un sábio y la de un libertino. Ademas no sé que mezcla de muebles antiguos y modernos, de tapices del siglo pasado y leves colgaduras del presente, de antiguos libros en fólío con ligeros folletos y periódicos de la época. Noté al salir el llanto de los lacayos, el ladrido del perro fiel y la hermana del difunto, ocultando bajo una calma estóica el amargo dolor de tan gran pérdida. Los mendigos de la capital recojian de mano de un limosnero los últimos consuelos que les prodigaba el conde, pues hallábanse todavia en aquella casa las religiosas prácticas de sus antepasados en contraposicion con la charlatanería de los filósofos.

—¡O Mirabeau! éslamé dando libre cur-

so á mis lágrimas, ¡tú por un privilegio único en los anales de la filosofía y las artes, reuniste el sólido entusiasmo del sig'lo décimo sexto al irónico escepticismo del siglo décimo octavo !!! Lloradle impíos republicanos y pundonorosos caballeros. Ha creado para unos una mágica oratoria, y muere por ser fiel á las costumbres de los otros ! Mira-beau, el amable Anacreonte de los festines, el elocuente individuo de las academias, único en la tribuna, único en la diplomacia, yace para siempre en la tumba, sirviéndole el desquiciado trono de la Francia de acusacion y disculpa, de oracion fúnebre y de indecoroso epitafio.

Llegué á lo mas oculto del jardín despechado y frenético, sin haber presenciado nunca semejante sentimiento: faltaba desde aquel instante la esperanza de mis placeres, el amigo que los creaba y protegía, el capitán á quien seguir, el genio á quien obedecer, y que realzando el trono de María Antonieta habia de dar felice término á los desórdenes de la Francia y plácidos con-

suelos al fervoroso estímulo de mis amores.

Pude salir por las elegantes verjas que hermooseaban el vergel y anduve sin direccion por aquella capital tumultuosa, sumergida entonces en el luto y la incertidumbre: comunicábanse las gentes al oido que Mirabeau habia muerto, quedándose como petrificadas sin atreverse á echar una ojeada á lo venidero. El teatro de la ópera se miraba cerrado, y sus pórticos frecuentados de ociosos que no hablaban de las artes, sino de los negocios públicos: las cantoras y las bailarinas llegaban á pié á los umbrales de aquel templo á manera de divinidades destronadas, cuya risueña influencia habia desaparecido con los amables y pacíficos dias de la Francia. Hasta entonces tenia el reino un órgano varonil y robusto por donde hacer alarde de su imperiosa voluntad; pero en cuanto hubo perecido, rasgóse el velo, y todos vieron que la patria de Bossuet y de Turena habia repentinamente pasado á una fatal decrepitud. Empezaron á venderse las ediciones de lujo, famosos cuadros, bellas

estátuas, delicadas estampas, candelabros, arañas, alfombras y cuanto indicaba el buen gusto de una persona acomodada y bien nacida. Distingúíanse por entre estos objetos los venerables retratos de familia con sus góticas armaduras, autorizadas golillas ó espléndidos trages de gala, recordando otras épocas, otras costumbres; y el pueblo que los veía afectaba desdeñarlos como sino hubieran sido aquellos héroes que representaban los que llevaron á sus padres á la lid y á la victoria. ¡ Ah! nadie se creía seguro despues de haber espirado aquel hombre grande, y por mas sacrilegio que fuese arrancar de las suntuosas habitaciones que en otro tiempo animaron los apreciables lienzos, fieles traslados de los personajes que las ennoblecieron, por mucha afrenta que pareciese esponer á tan venerables efigies por las plazas públicas y deshonar lo interior de las familias, todos sin embargo se apresuraban á hacerlo presintiendo que nada habria ya de sagrado para los que no supieron respetar en Mirabeau la felicidad, el

orgullo y la gloria de la patria. Y yo que habia visto á todo el pueblo de París ante las puertas de su casa para informarse de su salud, sin menearse, sin hacer ruido, sin respirar siquiera, temiendo de otro modo turbar su reposo, contemplábalo pocos dias despues pasando por delante de ella sin descubrirse, ni arrancar el indecoroso cartel que al público invitaba para que la alquilasen. ¡Baldon eterno, al pueblo frívolo y veleidoso, que tan facil es en entusiasmarse como en olvidar; en quemar inciensos á un ídolo como en venderlo ó mutilarlo!!!

CAPITULO XXVIII.

PREPARATIVOS.

HE aquí, pues, cómo la muerte de Mirabeau todo lo dejó sin vida: nadie llevaba el timon, nadie obedecía; sosteníanse las cosas por su propio peso, sin un áncora que garantizase su seguridad, y ya percibiéndose el sordo rumor de las facciones que habian deprecipitarlas muy en breve á la mas vergonzosa ruina. Al dia siguiente de haber espirado fuí á Versalles y referí á la reina los últimos avisos que me diera para la familia real. El dolor de María Antonieta llegó á lo sumo: era en demasía cierto que perdiendo á Mirabeau lo habia perdido todo. Si bien volví á proponerla una alianza con Barnave;

respondióme con singular entereza que la reina de Francia estaba aun mejor en el caldso que en las manos de un elocuente aventurero. Además ¿no habria para él un veneno tan sutil como el que hubo para el conde?... Esta reflexion era sobrado justa para que me atreviese á contradecirla; y como por otra parte ignoraba si Barnave aun saliendo victorioso de tantos enemigos tendria suficiente poder para detener en su ímpetu al carro revolucionario, dejé de insistir y aconsejé la fuga como el único medio de salvacion que me ocurría.

Al efecto de tratarle con mas madurez, nos citamos para cierta noche en los aposentos de la señora de Polignac, concertando que no habria mas concurrentes que esta princesa, las de Wolfen y Lamballe, Elena, el baron de Bezenval y el marques de Vaudrevil.

Paseándome por los alrededores de Versalles aguardé la noche para introducirme en el palacio. Metíme en la sala de guardias llena de jóvenes entusiastas por la real fa-

milia, y que ignorantes de la secreta correspondencia de Mirabeau con la corte, veian en la muerte del tribuno un acaecimiento próspero para el sosten de la monarquía. Sabiendo cuanto me distinguia la reina, no hacian mas que agasajarme y dirigirme preguntas en orden á la corte de Viena, y sobre si el emperador estaba en ánimo de socorrer á su hermana. No dejaba de admirar su entusiasmo, y de conocer que si abundáran en Francia algunos hombres de su lealtad y decision, Luis XVI y su familia no habrian de apelar á una fuga vergonzosa.

Al dar la media noche fuí introducido en los aposentos de la señora de Polignac: vi á la reina reclinada en un sofá, y á su lado Elena y la princesa de Lamballe: madama Polignac y mi madre formaban círculo en derredor con el príncipe de Mónaco, el varon de Bezenval y el marques de Vaudrevil. Mandóme S. M. tomar asiento entre ellos, y principiamos á discurrir los medios mas análogos al proyecto de la fuga. No era ya aquella reunion un círculo de personas ele-

gantes y cultas, no menos distinguidas por el aticismo de su diálogo, que por la viveza de su imaginacion y los títulos del nacimiento, sino la verdadera imájen de la virtud perseguida y de la lealtad desgraciada. El aspecto de una persona real, objeto desde tantos años de la admiracion de las gentes hecho ahora el blanco de la ojeriza y persecucion popular, recordaba las calamidades de aquella reina de Escocia, no menos célebre por su trágica muerte que por las luchas y persecuciones de su vida. Pero, ¿por qué fatalidad no protegía á lo menos á esta familia infeliz el brazo luchador de Carlos I? ¿Por qué le cupiera en suerte á la Francia un rey mas diplomático que militar, mas propio para labrar la dicha de sus vasallos en tiempos de bonanza que para hacerse respetar y temer en épocas de desacatos y desórdenes??? Tal era la escrupulosidad de aquel monarca, tal el deseo que tenia de sacrificarse voluntariamente por la Francia, que tropezamos para la fuga con el terrible obstáculo de lograr su consentimiento. No obs-

tante encargada la reina de arrancárselo, comenzamos á ocuparnos en propener seriamente el modo de conseguirlo. Vaudrevil y Bezenval querian que se verificase de noche y á mano armada, reuniendo para ello los guardias de corps y los suizos. A la reina no disgustaba este plan por acomodarse á la índole de su carácter heróico y varonil, pero el príncipe de Mónaco despues de demostrar los inconvenientes de su arrojo, manifestó que nunca consentiria en provocar una lucha que podria ser desesperada y sangrienta.

— Ademas , añadió , no se trata de abandonar como enemigos al pueblo francés, sino de atender á la seguridad de la real familia por tantas partes amenazada. A lo menos no demos márjen á que nos tachen los contrarios del trono de inconsiderados ó sangrientos.

— Ni á que nos acusen de cobardes , respondió la reina con altivez.

— Sin embargo, repuso el príncipe , en el caso en que nos vemos , todos nos perdonan-

rán la cautela , pero ninguno la indiscrecion y la arrogancia.

— ¿ Y vos nos lo decís , príncipe de Mónaco ? exclamó la reina , ¿ vos que sabeis por esperiencia que la mas noble cualidad que distingue á los de alta cuna es el entusiasmo del valor ? Yo os prometo que serian tan faciles en perdonar nuestra audacia como en ridiculizar nuestra imprudencia.

— Bien es verdad que no dista mucho la germánica frontera , y que no miro por lo mismo muy difícil el ganarla , pero dígnese V. M. atender á que parece mas propio abandonar el reino como personas injustamente proscriptas , que injustamente rebeldes. Asi que vengamos á recobrarlo será la ocasion de presentarnos armados y resueltos á triunfar ó perecer en la demanda.

— Y ¿ no seria tambien muy justo dar una pública prueba de que hasta esa fuga , ese destierro , esa malhadada frontera , la debemos alcanzar á mano armada , puesto que todo se nos niega para condenarnos sin duda no solo á la abdicacion , sino á la muerte ?

— Siento, dijo á la sazón el marques de Vaudrevil, no ser ya de la opinion de V. M.; pero las razones del príncipe me mueven á creer que por mucho que sufra nuestra altiva presuncion, mas nos conviene una fuga clandestina que no un súbito y estrepitoso rompimiento.

— Señora, exclamó la de Lamballe, no dilateis el único medio de salvacion que os queda; huid de un suelo sembrado de alevosías y crímenes, pero sin esponeros á ningun choque sangriento capaz de poner nuevos riesgos á la real familia.

— Y ¿tú tambien, prorumpió melancólicamente la reina, opinas que se degrade en mí la magestad, hollando en cierto modo los fueros de mi nacimiento y de mi actual destino? Conozco la sana intencion que dicta tales consejos, y no me irrito en manera alguna contra ella; pero buscad por Dios un medio de salvacion mas digno de la hija de Maria Teresa. ¡Ah, por qué yace en el seno del sepulcro el genio penetrante y audaz que iba á salvar la monarquia! ¡Dónde estas ó con-

de de Mirabeau ! ; Cómo no me dejastes al morir, si habíamos de hacer triunfar nuestra causa, la osadía de tu resolución y el poderoso influjo de tu elocuencia !!!

Agoviada entonces con el recuerdo de esta última desgracia, reclinóse en los brazos de Elena, la cual sostenia su noble frente puesta una rodilla en tierra. Mi madre y las señoras de Polignac y Lamballe, hicieron lo posible para consolarla é inspirarle esperanzas que ellas mismas no tenían, en tanto que yo me retiré con los demas caballeros al otro lado de la estancia á fin de dejar á las damas con todo el desembarazo que su situacion exigia. Vino en aquel punto á halagar nuestro oído el son de un laud que parecia como pulsado en los jardines de Versalles, frondoso y agradable sitio á donde correspondian las ventanas de aquellos salones. Sorprendiéonos aquella música desusada y peregrina, y mucho mas la estraña habilidad del incógnito que nos regalaba con ella. La tocata por otra parte era sumamente patética y muy acomodada á nuestra situacion, brillando al propio

tiempo con cierto aire marcial y heróico, que recordaba los himnos caballerescos de los antiguos trovadores de la Provenza.

— ¿Qué será esto? dijo la reina; el parque estaba cerrado y Castelnaux es incapaz de haber introducido en él á nadie sin mi permiso.

— Tengo para mí, respondió la señora de Polignac, que tal música y á semejante hora no puede ser sino aviso de alguna persona que sea muy amante de la real familia.

— Iremos á averiguarlo, exclamaron á un tiempo Bezenval y Vaudrevil.

— Quieto, señores, quieto, interrumpió la reina con ademan lánguido y melancólico; nadie se mueva, nadie me abandone... ¡quién sabe si es un ardid para dejarme sin mis mas leales servidores! ¿Olvidásteis por dicha al pobre Pedro Lafour á quien dieron alevosa muerte en el mismo camino de Versalles por medio de una comision supuesta?

Entre tanto seguia el músico con su triste tocata, y despues de habernos tenido largo rato en delicioso embeleso, cantó con voz

suave, patética y flexible las siguientes estancias:

Mientras en blando deleite
La noche pasais tranquilos,
Retumba el cañon, y el pueblo
Prorumpe en horrendos gritos.

Agudas picas levanta,
Y hachas y alfanges moriscos,
Y lienzos al aire ondea,
Rojos, blancos y amarillos.

Cual indómito torrente
Describe siniestros giros
Y una víctima reclama
Hija de un César invicto.

No yelmos con leves plumas,
No adargas de acero limpio,
No bandas flotando al viento,
Prendas ¡ay! de hidalgo brio.

No brillantes palafrenes,
Ni los que el creciente Nilo
Suelos caballos alienta
De alta crin y cuello erguido
Ostenta..... si no puñales

De su traidor pecho indicios ,
Y ensalza al pérfido crimen
Con fanáticos rugidos.

Y en tanto yaceis ¡incautos!
En el plácido recinto
De ese esplendoroso alcázar
Sordos al rumor sacrílego.

Ay! ay! levantad la testa,
Corred al recio peligro,
Y arrancad la ilustre reina
A los bárbaros triunviros.

Figúrese el lector con qué atencion estaríamos oyendo estos versos ; nos mirábamos unos á otros sin romper el silencio, por no perder una sílaba, y sintiéndonos animados de las heróicas ideas que hicieron triunfar á los antiguos francos en defensa de la acribillada oriflama. Acabó el incógnito de cantar, y no por esto empezábamos conversacion alguna, aguardando que continuase, ó comentando en secreto el espíritu de su romance. Al fin la reina, á quien aquella peregrina ocurrencia habia vuelto la elevacion que la

distinguía, nos hizo seña de que la rodeásemos, y en voz baja, pero enérgica, nos dijo;

— Ya no me cabe duda de que el canto del incógnito encierra algun provechoso aviso: mucho interesa interrogarle, y aprovecharnos de lo que sea. Por lo demás, el espíritu de su musa me hace avergonzar del desaliento que mostré, y que juzgo indecoroso al carácter de una reina: ¡ea nobles caballeros! si ese trovador nos anuncia el peligro, nadie se jactará de habernos podido amilanar; y si viene de parte de los que hacen ocultos votos para restablecer el trono, hallarán en nosotros los que á justo título han de llevarles á la lid y á la victoria.

— Yo seré el primero, exclamó el príncipe de Mónaco, el primero que se lance sobre las hordas jacobinas cuando se trate de lidiar: pues no por flaqueza, sino por celo, creía necesario dar mas bien muestras de prudentes que de esforzados.

— Lo sé, ilustre amigo, respondió la reina; ¿cómo haríamos para averiguar las miras de ese cantor?

— No tardará V. M. en saberlas , esclamaron nuevamente Vaudrevil y Bezenval.

— Pero no andeis con sobrada confianza, observó Maria Antonieta , pues aunque no me lo parece , todavía recelo que debe en esta aventura ocultarse algun ardid.

Quise tambien acompañarles , pero no me lo permitió la reina, diciendo que con el príncipe de Mónaco debia yo quedar allí para la guarda de su persona. Estuvimos esperando con ansiosa curiosidad el resultado de aquella aventura : la señora de Lamballe no era tan fácil como nosotros en suponer que pudiese traernos ventaja alguna, al paso que la princesa de Polignac y la reina alimentaban las esperanzas mas lisonjeras. En esto volvieron los dos caballeros trayendo al misterioso cantor : era una joven de linda y amabilísima presencia , vestida de luto , y colgando de sus hombros un laud que tan dulce y sonoramente pulsaba. Ademas de la recomendacion de sus gracias, la blandura de sus facciones y la melancolía pintada en ellas hablaban tanto á favor suyo , que era im-
po-

sible verla sin interés. No me parecía enteramente nuevo su semblante sin que pudiera por eso recordar en qué sitio habia ya fijado mi atención. Todos guardaron silencio á su vista ; las damas se complacian en mirarla, los caballeros en manifestar benevolencia á sus atractivos , y todos estábamos como pendientes de su labio para que nos revelase el misterioso objeto de la inesperada cancion. Entretanto manteníase modestamente la jóven al umbral de la puerta como aguardando el beneplácito de S. M. para pasar adelante.

— Acercaos , amable jóven , dijo la reina, acercaos á recibir la gratitud de unas personas tan desgraciadas como reconocidas , á quienes inspiraron vuestros versos dulce consuelo y entusiasmo heróico.

Adelantóse con paso tímido, y al llegar junto á Maria Antonieta puso una rodilla en tierra para besar la mano que con noble ademán le presentaba. Cayérale á las espaldas el velo que cubria su cabeza, con lo cual tendiéndose el negro y ensortijado cabello en

derredor de su rostro, presentaba una imagen pura, angelical y divina, formando singular contraste con la de aquella reina tan noble, arrogante y seductora. Ninguno de los presentes dejó de reparar en contraste tan bello, y advertíase el interés con que la hermosa jóven era contemplada por la plácida sonrisa de las señoras Lamballe y Polignac, y en las fugitivas exclamaciones de Bezenval y Vaudrevil en quienes brillaba todavía la ilustre galantería de sus abuelos.

— Levantaos, decia entre tanto la reina, y nombradnos el benéfico genio que inspira tan dulces consonancias á vuestra lira, y á vuestro corazon tan hidalgos pensamientos.

— Y si le nombro, respondió levantándose la jóven, ¿le perdonará V. M. sus extravíos en gracia de las últimas demostraciones de su lealtad y agradecimiento?

— ¡ Ah! todo lo perdono, y ojalá que aquellos que tanto me odian por suponerme orgullosa, me proporcionáran tambien el dulcísimo consuelo de poderles perdonar. Pero no tardeis en decirnos á quién debemos ese

peregrino rasgo de amistosa correspondencia, que hasta cierto punto suaviza el rigor de nuestro destino.

— ¡ A quien, augusta señora !... á un ilustre varon que ya no existe, que se elevó destruyendoos, que murió por ensalzaros, y que aun me inspira en mis sueños para que os sirva y os salve... al conde de Mirabeau.

— Es posible... , exclamó la reina, conocerle para odiarle, distinguirle para perderle, he aquí á lo que me condenó la suerte respecto de un hombre no menos temible teniendo por contrario que digno de agradecimiento siendo amigo. Si algun dia se aplacára la ira de nuestro hado mandaríamos erigir un mauseolo á su memoria para que reposaran sus cenizas en sitio que atestiguase su conversion y nuestro reconocimiento. Y puesto que el celo que animaba á varon tan ilustre os mueve á sacrificaros por la espirante monarquía, ¿ no nos direis cuál ha sido la causa que á pesar de vuestra belleza y juveniles años os arranca de las delicias del descanso y os hace arrostrar las sombras de la

noche para introduciros en Versalles ?

—Sí, la diré, ilustre soberana, ya que no he vencido tantos obstáculos sino con el objeto de llegar á vuestra presencia. Los jacobinos despues de haber logrado la muerte de Mirabeau, no perdonarán medio para alcanzar la de su nobilísima patrona. Congregados ante ayer noche en el edificio donde celebran sus infernales conciliábulos llenaron de elogios á Marat por las yerbas que esprimiera en las bebidas del tribuno, y de dictérios á Robespierre, por no haber acelerado la desgracia de la que llaman *la austriaca*. Sobre todo Danton, el terrible Danton mas brutal pero menos hipócrita que ninguno de ellos, echóle en cara su insignificancia y fatuidad, en términos tan groseros y chocantes que el tigre no atreviéndose á luchar rechinaba los dientes, arrojaba espumarajos de cólera, tartamudeaba blasfemias y enfurecíase como la silvadora serpiente inadvertidamente pisada cuando mas se complace en fascinar alguna incauta avecilla. Desde entonces juró no ser menos diestro

en perderos que lo fue su cólega en emponzoñar al conde ; para lo cual yo sé que anda por el barrio de S. Antonio alborotando á los jornaleros y mendigos, entre quienes propala que la corte de Versalles con objeto de desacreditar la asamblea es el autor de la horrorosa carestía que estan sufriendo. Tales han sido sus diabólicos esfuerzos que al principio de esta noche atravesando el palacio real y las principales calles de París, he visto concitarse cuadrillas de oradores, atrayendo en torno de sí al populacho, á fin de estimularlo al desórden, la rebelion y la venganza. Al mismo tiempo cruzaban por todas partes guardias nacionales y soldados, recorrian la ciudad hombres de descaradísimo aspecto, mal armados, sucios y peor vestidos, y con la luz de las estrepitosas hogueras de los cuerpos de guardia, se miraban agitarse muchas figuras siniestras de las que ha engendrado la revolucion y no conocieron nuestros padres. La noticia que ya tenia de la última determinacion de la sociedad jacobina y la vista de aquel general y

espantoso movimiento, me hizo temer no se verificasen las promesas del orleanista mas pronto de lo que me figuraba; por lo que no tuve otro arbitrio que usar de este inocente ardid para noticiar á V. M. el riesgo, suplicándole que en vez de hacer frente al enemigo evite con la fuga su fatal encuentro.

Suspenso quedó el auditorio al oir á la jóven desconocida; pero lejos de que su relacion sorprendiera á los caballeros, manifestáronse mas que nunca dispuestos á repeler la fuerza con la fuerza.

—Solo mis suizos, exclamaba Bezenval, son suficientes á desbaratar á esas hordas populares.

—Pues agregad á ellos los alabarderos y los gentiles-hombres, decia el príncipe de Mónaco.

—Y mis criados y vasallos, añadía con juvenil entusiasmo el marqués de Vaudrevil.

—Mi corazon, dijo la reina, agradece hasta lo sumo esas muestras de generoso

interés..... pero no llores princesa de Lamballe, ni ciñas mis rodillas con tanta fuerza hermosa Elena, aun nos quedan para resistir al ímpetu de los jacobinos, bravos caballeros, el cielo y la otra orilla del Rin. ¿Y estais segura de vuestro anuncio? prosiguió volviéndose á la jóven desconocida.

—Lo estoy, respondió inclinándose hasta el suelo.

—Perdonad, amiga mia, si os molesto con preguntas que acaso graduareis de desconfianza; pero es tal la situacion á que hemos llegado, que el menor paso irreflexivo que diésemos se nos echaria en cara como á grave y vergonzoso crimen.

Inclinóse aquí la jóven con otra reverencia profunda como preparándose á nuevas interpelaciones. María Antonieta continuó preguntándola en tono tan blando y amistoso que bien se echaba de ver la oculta violencia que se hacia.

—Sabido es que los jacobinos proceden con el mas absoluto misterio: ¿tendríais di-

ficultad de manifestarnos quien os ha comunicado los arcanos de la sesion de antes de ayer?

—Ninguna, respondió la jóven con voz sumamente tímida y poniéndose colorada.

—¿Quién es?

—El mas terrible por su brutalidad y su pujanza, y sin embargo el menos despreciable de todos ellos..... Danton.

—¿Y ese hombre, repuso admirada la reina, ese rebelde tan conocido por su vehemencia y su indómito carácter confía tales secretos á una jóven de vuestros años?

—Asi lo quiere mi desgracia, Augusta princesa, satisfizo la hermosa desconocida, inclinando los ojos y llenándose de rubor.

—Paréceme que voy comprendiendo cual es el talisman que suaviza la barbarie del jacobino..... ah! si pudiese aun decir que ciñera mis sienes la diadema de la Francia, yo haria que esas delicadísimas gracias no sirviesen de estímulo á hombre tan poco digno de vuestra correspondencia.

—Y sin embargo es tan negro mi desti-

no, que no me podré librar de enlazarme algun dia con ese bárbaro atleta.

—¿Qué puedo yo hacer para que tal no suceda?

—Nada..... debo la vida á un anciano lleno de virtudes y probidad. La guerra con los ingleses arrebató de sus manos el fruto de sus sudores: saquearon su buque, quitáronle cuanto tenia y permitiéronle regresar á su patria para que refriese á su esposa y á su hija los tristísimos lances de aquella catástrofe. Enjugamos sus lágrimas, suavizamos sus pesares, asegurámosle que era su presencia la que hacia nuestro bien, no sus tesoros; y de este modo conseguimos que desvaneciese de su pecho la desesperada impresion de su desgracia. Pero mi pobre madre acostumbrada á cierta comodidad y regalo, no pudo resistir el rigor de la escasez, á pesar de que para disimulársela tomaba su esposo algunas cantidades á subido premio esperando mejorar con ellas su menoscabada fortuna. En esto la revolucion puso un termino al giro de los negocios, llenó á las

gentes de esperanzas alegres y al Estado de realidades tristes ; cuando las personas de quienes tomó mi padre el dinero empezaron á ostigarle para el reintegro , todo eran avisos , todo amenazas ; por manera que no pudiendo resistir mi madre este último golpe, cayó mortalmente enferma y en muy pocos dias acompañamos su ataúd al cementerio.

No sé porque desgraciado accidente conocí entonces á dos personas igualmente célebres , igualmente funestas á mi corazon : el conde de Mirabeau queria que fuese su discípula , y el implacable Danton su concubina ó su amante. Ambos me visitaron , me halagaron , me persuadieron ; pero si los obsequios de Danton me ponian desabrida , los del autor de las cartas á Sofia inspiraban á mi pecho incauto consuelo y pueril presuncion. Paréceme que hubiera hecho del colega de Marat un acérrimo partidario de la monarquía , si mis desaires y la notable preferencia que daba al conde , no le alistaran en el desapiadado bando que segun dicen las gentes se complace en fraguar una

república. De aquí ¡oh reina! el oríjen del odio de estos dos cabezas de partido, y el ansia del uno en espíar con dañada intencion los pasos y las acciones del otro. Pero la dolencia del conde nos dejó sin apoyo, y al propio tiempo que no sabíamos á quien volvernos en tanta cuita, los acreedores de mi casa, tal vez secretamente agitados por Danton persiguieron á mi padre hasta encerrarle por deudas en la cárcel pública. So- la, desamparada, huérfana, no digo á Dan- ton, al mismo Marat con ser tan inmundo y sanguinario, al mismo Robespierre con ser tan hipócrita y artificioso prometiera mi ma- no á fin de librar al autor de mis dias de su afrenta y esclavitud. No obstante, como á pesar de todo, mi corazon permanece fiel á las doctrinas de la infancia y á las máximas del conde, quise para alivio y tranquilidad de mí misma valerme de este ascendiente con el Hércules revolucionario, con el fin de prevenir á V. M. los peligros á que la espo- ne su virtuoso character y su alta gerarquía. Castelnau, que conoce mi leal condicion

por sus antiguas conexiones con el conde, podrá decir en la corte de Versalles si es ingénua una confesion que por su naturaleza debe mirarse como delicada prueba del respetuoso amor que profeso á nuestra reina.

Dijo y escapóse de sus ojos una lágrima arrancada quizá por la repugnancia justa de hacer públicos sus deslices ó por la memoria del hombre estiaordinario que perfeccionó su espíritu, al mismo tiempo que sedujo su corazon. De cuantos estamos presentes ni uno solo dejó de mostrarse atento á su ingenuidad generosa, y la reina que la habia escuchado con singular complacencia la alzó de sus plantas donde habia vuelto á echarse estrechándola en sus brazos cual pudiera la mas cariñosa madre.

—¿Cómo te llamas? le preguntó en voz baja con un acento que penetraba el corazon.

—Emilia de Hortenval, respondió la jóven no sabiendo como manifestar su gratitud á tan afectuosas finezas.

—¡Nada puedo hacer por tí! repitió la

reina en el mismo tono y con tal melancolía que bien se echaba de ver el pesar que le causaba el haber perdido con la corona el envidiado deleite de hacer beneficios.

—Acordarse de esta humilde sierva, emplearla en cuanto se la juzgue útil, y no diferir sobre todo á dos dias de término el trasladarse á los inocentes campos de Alemania.

—¿Pues tan cercano suponeis el riesgo?

—Sí, señora, porque conozco el odio de vuestros contrarios y la energía que despliegan siempre que se trata de su fortuna, popularidad y venganza.

—No, no hay que diferirlo, dijo el príncipe de Mónaco; y es mi opinion que fijemos para la próxima noche ese peligroso salto.

—¡Tan pronto!..... exclamó María Antonieta! ¡Hermoso y querido suelo de la Francia, célebre pais de trovadores y de caballeros! ¿es posible que haya yo de salir de tu espléndido horizonte, aun con menos honra que la infeliz María Stuardo cuando

se quiso echar en los brazos de su enemiga?

—Por Dios, interrumpió la princesa de Lamballe, deje V. M. siquiera por un momento de acordarse que circula por sus venas la heroica sangre de los Césares. En otro tiempo los enemigos de los reyes les hacian la guerra con cierto estímulo de pundonor; y era justo, indispensable corresponder á él oponiendo como Enrique IV la firmeza y la valentia á la audacia. Ahora empero derriban á una familia ilustre con acriminaciones y falsías, mas propias para desdorar al cobarde salteador que para desconceptuar á los príncipes.

—Añadamos á eso dijo á la sazón mi madre, con la ceremoniosa calma que la distinguia, añadamos, repito, la circunstancia de que acaso depende la salvacion de la monarquía de que se vea la soberana familia en un pais donde libre de los enemigos que la cercan, pueda obrar en los términos que la dicten su amor á los franceses y su real prudencia.

CAPITULO XXIX.

Contuvo una humilde piedra
el furor del filisteo.

LOPE DE VEGA.

PERCIBIOSE en esto un rumor lejano que llamó nuestra atencion. Atribuyóse de pronto á mil ocurrencias harto frecuentes en aquellos dias de desórden , á fin de no turbar la tranquilidad de las damas ; pero acercábase el tumulto de suerte que despertaba por instantes nuestro recelo. La princesa de Lamballe y Elena se acercaban á la reina por un instinto muy natural á la amistad que la profesaban y á la resolucion que hi-

cieran de salvarse ó perecer con ella : la señora de Polignac estaba hablando en secreto con mi madre , cual si resolviesen lo que debería practicarse en caso de que se realizaran las predicciones de Emilia de Hortenval, y los caballeros saliendo del aposento y asomándose á las ventanas buscaban la causa de aquel rumor desusado, deseosos de hallar alguna aplicacion que tranquilizase el ánimo de la reina. Por lo que toca á Emilia, acercóse á María Antonieta y la aseguró que nada temiera , que su conocimiento con los gefes de la revolucion le daba esperanzas de conjurar la nube ; y que si á pesar de todo no accedian á sus ardides ó á sus súplicas , primero pereceria que permitir arrancasen á su soberana del recinto de Versalles. Pero á medida que el tumulto tomaba incremento, y que todos se desalentaban al ver que de nada menos se trataba que de una sublevacion popular , tan sangrienta y desalmada como la anunciara Emilia, el arrogante carácter de María Antonieta manifestaba con su admirable entereza , que habia

nacido, cual su heróica madre, para hacer rostro á los mas desesperados golpes de la suerte. Púsose en pié, dió órdenes á Becenval y al príncipe de Mónaco, mandónos á Vaudrevil y á mí que no nos separásemos de su persona, hizo prevenir al rey que ordenase formar los suizos, cerrar las verjas, avisar á los guardias de corps y disponerlo todo para el asalto que se esperaba. Y en tanto que espedia tales órdenes, y preveía hasta las mas insignificantes menudencias, brillaba su faz augusta con encendidos colores, su vista penetrante ostentaba mas altivez, sus modales y palabras mas energía, decoro y magestad. En balde rogó á mi madre y á las princesas de Lamballe y Polignac que se retirasen, é intentó alejar á mi prima del peligro, encargándola la custodia de ciertos efectos; ninguna quiso abandonarla, por manera que descollando en medio del grupo que en derredor de su persona formaban, parecíase á una Pallas decidiendo del éxito de encarnizada guerra, desde los brillantes coros del Olimpo.

A todo esto los gritos del populacho enviaban hasta nosotros insolencias y blasfemias, distinguíanse á lo lejos las llamas de mil antorchas, el son de ásperos cuernos, de destempladas bocinas y de roncós atambores. Resonaban por el vasto alcázar los fusiles y alabardas de los suizos, las fuertes pisadas de los guardias de corps corriendo á sus escuadrones, y el confuso tropel de los criados y el intempestivo clamor de camaristas y doncellas. ¡ Ah! no parecia sino que iban á verificarse en aquella noche terrible, las predicciones con que habia estremecido la misma estancia en que nos hallábamós aquel hombre de dudosa sabiduría, simulacro de aquel siglo, el conde de Cagliostro. Y cuando mas ocupados estábamos en estos aciagos preparativos, he aquí que se abren de par en par las puertas del aposento y vemos entrar al rey precedido de sus gentiles-hombres y ministros. La reina salió á su encuentro, y abrazáronse con la mayor ternura como dispuestos á favorecerse en tan amargo trance. Acariciaron á sus hijos, sobre todo al del-

fin que con la resignacion de un mártir y el instinto de una edad muy superior á la que contaba, oia aquel tumulto sin espantarse, ántes procurando consolar con inocentes halagos la pesadumbre de sus padres.

—Tregua á las dulzuras, dijo María Antonieta, reprimiendo los afectos que le inspiraban la confianza de su esposo y las caricias de sus hijos; ya es tiempo, señor, de que os pongais al frente de vuestros leales vasallos y repelamos la fuerza con la fuerza.

—Lo haré, respondió el rey, lo haré para complaceros; pero sepamos primero cuáles son los deseos de ese pueblo estraviado y seducido. Acaso podrá conseguirse que se retire con medidas de pacificacion y de prudencia.

—Pero indignas, opuso la reina, de la régia magestad. ¿Lo oís?... ya corre furibundo derramándose por las calles, y sus denuestos y provocativas amenazas ajan el decoro de la real stirpe y poderosamente nos incitan á la reparacion de tanta afrenta. No hay capitulacion, señor, no otro medio para

desviar el mortal golpe próximo á caer sobre nosotros y la Francia, sino atravesar un dique de hierro entre la justicia y la insolencia, entre los sagrados fueros del trono y la desalmada presuncion del populacho.

—¡ Viva !... gritaron á un tiempo ardiendo en noble celo cuantos se hallaban en la sala.

—Llevadnos á la lid, añadió apasionadamente el marqués de Vaudrevil, ella es sagrada para la monarquía, para el mundo y para todos los monarcas de la tierra.

—Vuestros fieles suizos, dijo entrando Bezenval, esperan ansiosos que se digne V. M. conducirlos á la pelea, y vengo á rogároslo en su nombre.

—Basta, repuso el rey con su natural mansedumbre, soy padre de ese mismo pueblo á quien deslumbran y arrojan contra mí; y he de probar, por consiguiente volverlo á su redil. Prohibo que nadie se resista sin mi orden, y nombro al príncipe de Mónaco que está presente para que pregunte á los amoti-

nados el objeto que les mueve á turbar tan á deshora mi descanso.

Al oir mandato tan terminante nadie se atrevió á replicar: los caballeros conociendo la falsa política de esta resolucion bondadosa ó pusilánime, no hacian mas que volver sus miradas á la reina como suplicándola que se dignase aconsejar á su augusto esposo una determinacion mas conforme al esplendor de su cuna y al peligro de la Francia. Hizo efectivamente algunos esfuerzos, pero el rey se manifestó inalterable en su dictamen; y como por minutos aumentaba la gritaria y la desvergüenza, salió el príncipe de Mónaco á desempeñar su comision espinosa y degradante.

Ya en esto andaba el pueblo agitando sus armas y sus teas en derredor del espacioso alcázar: hombres de la hez del pueblo, mugeres saliendo medio embriagadas de sus lupanares y mancebías, pordioseros, asesinos y mendigos, componian aquel insolente tropel semejante en la rusticidad de sus andrajos y modales á la poblacion de aquellas is-

las á donde únicamente envian á los pícaros incorregibles y homicidas. Pero ¿qué secreta mano dirigia sus movimientos y que oculto lábio les dictaba sus uniformes vivas y astutas peticiones?... Nadie lo sabia al paso que la especie de orden con que obraba tan grosera y frenética muchedumbre, daba altamente á conocer que se ocultaban bajo los mismos harapos avisados gefes y arterísimos caudillos.

En balde el príncipe de Mónaco desempeñó con la mayor cautela su papel: no quisieron oírle, y solo obtuvo por respuesta que nombrarian una diputacion que manifestase sus deseos á la persona real. Mandó Luis XVI que la admitiesen, y al tiempo de abrir las rejas de los zaguanes y las robustas puertas del alcázar, no solo se introdujeron los diputados de aquellas descaradas tribus, sino que todos se arrojaron en tropel difundiéndose en un minuto por los parques, escaleras, galerías y salones. Al aspecto de tal demasía no pudo menos de irritarse el ánimo de Luis XVI; pero ya era tarde: los

que nos hallábamos con él y toda la real familia en los aposentos de la señora de Polignac quisimos defender con teson la puerta de aquellas estancias, arrojo que nos prohibió la reina conociendo que nuestro celo no serviría de otra cosa que de exasperar á un populacho feroz sin conseguir el objeto que nos proponíamos.

—Nada de violencia, señores, exclamó, no creyó prudente el rey conduciros al combate cuando no solo era nuestra salvacion sino la de toda la monarquía, y habeis obedecido: lo que es ahora no hay mas que dejarnos atropellar por ellos á ver si pueden agradecer la singular indulgencia con que hemos sufrido sus insultos.

Eché una ojeada á Luis XVI y parecióme tan resignado y afligido que se me aplacó el enojo, y tuve casi sentimiento de la especie de libertad con que la reina acababa de echarle en cara la indiscrecion de su conducta. María Antonieta tenia asido de una mano al delfin, el rey de otra á su hija, y madama Elisabeta estaba arrodillada ante un

crucifijo de plata y de marfil , acaso la alhaja de mas artístico primor que adornaba el aposento. Elena, mi madre, y las señoras de Polignac y Lamballe acompañaban á la reina, el príncipe de Mónaco y los ministros formaban el séquito del monarca , mientras reunido yo á Vaudrevil , á Bezenval y á otros caballeros componíamos una especie de guardia de honor pronta á defender á los reyes , y á sacrificarse en su servicio. Recuérdense ahora los gritos del populacho , el eco de sus caracolas y bocinas , el ruido de las diferentes peleas trabadas con los suizos, los alabarderos y los guardias por todos los tránsitos y galerías, y el sobresalto que producian las blasfemias de los vencedores y el clamor de los moribundos , sin atrevernos á abandonar la sagrada persona del rey , cuya augusta frente brillaba en medio del peligro con la purísima aureola de los mártires , y entonces se vendrá en conocimiento de la oculta y envenenada angustia de nuestros espíritus.

En tanto , semejantes á un mar tempes-

tuoso, introducíanse atropelladamente los rebeldes segun la pasion que con mas fuerza los dominaba. Estos buscaban al rey , aquellos andaban detrás de la reina , unos codiciaban las riquezas , otros el deseo de cobrar renombre de populares y audaces ; y entre tantos como profanaban la augusta mansion de Luis XVI no habia uno solo en cuyo pulso hirviesen regulares afectos de respeto y miramiento. Al fin acertaron con el departamento donde se hallaban los reyes , y lanzáronse tumultuosamente por las puertas hasta que algun tanto los contuvo el sereno aspecto de la régia magestad. El rey no hizo el menor movimiento ; pero María Antonieta adelantóse á su encuentro llevando en brazos al hermoso delfin. La nobleza de su porte y la serenidad y arrogancia con que atravesó el salon causónos entusiasmo y sorpresa , y detuvo cual con arte mágica el ímpetu jacobino. No sé si se figuraron que tenia á sus espaldas un ejército pronto á obedecer sus órdenes, ó si la animaba en aquel instante todo el varonil aliento de la escelsa empe-

ratriz á quien debia el ser ; pero lo cierto es que los amotinados se moderaron , y que á su discordante algazara siguió de repente el mas absoluto silencio.

—Aqui nos teneis , exclamó , aprovechándose de él: ved aqui al monarca que os gobierna , ved aqui al delfin que ha de gobernar á vuestros hijos , saciad en nosotros vuestra cólera como sea útil este inocente sacrificio á la felicidad de la Francia ; pero si creéis deslustrar con tales asesinatos las brillantes lises , modelos donde quiera , del honor y de la lealtad , temed que la generacion creciente os eche en cara una accion tan indigna del valor de los franceses.

Aqui hubo un murmullo de aprobacion: por mas que se oia á lo lejos el resto de los conjurados , y que hubo entre los presentes algunas palabras sueltas de indignacion y amenaza. Venció , sin embargo , el esfuerzo de la reina y la inesperada serenidad de su conducta. Algunos alzaron la voz , diciendo que no habian venido con el ánimo de cometer el mas leve desacato , sino ostigados del

hambre y para que les mandase abrir el rey los inmensos almacenes de trigo, que según pública voz acopiaba en el recinto de su alcázar.

—Os engañan, amigos míos, respondió su ínclita esposa, el rey es vuestro padre, siente por vosotros una ternura, si cabe, aun mas que paternal, y primero dejaria de comer que permitir que de esta suerte ultrajasen á sus hijos.

—Decid al que así me acrimina, exclamó Luis XVI, que venga á visitar por sí mismo el palacio de mis padres, y como halle un solo grano del trigo que suponeis voy recogiendo, consiento en despojarme de la autoridad real y en que se me juzgue como si fuese el mas humilde de mis antiguos súbditos.

—Ello será cierto, repuso un hombre entrado en años cuyo aspecto no anunciaba maldad de corazón, digo que será cierto; pero el pueblo desfallece y por mucho que trabajamos no podemos llevar un pedazo de pan á nuestros hijos. Creo que sois pacífico,

honrado y bueno ; solo que la turba de hidalgos que os rodea deslumbra vuestra razon y os hace cometer perjudiciales desaciertos. Y ¿tiene el pueblo la culpa de que tan pésimos consejeros os arrastren y nos arrastren á la ruina ?

—Amigos mios, respondió el rey con santa é inalterable calma , hace tiempo que no escucho mas voz que la de mi conciencia, tanto para no tenerme que echar en rostro la mas leve indiscrecion , como para no envolver á nadie en los que llamais desaciertos. Harto sé que como hombre flaco y perecedero estoy sujeto al error , pero repito con ingenuidad que muy lejos de proceder contra persona alguna me sacrificaré gustoso por el pueblo que la Providencia divina ha confiado á mis desvelos.

—Y si teneis hambre , prosiguió María Antonieta , si careceis , por desgracia , del necesario sustento , tomad hijos mios, tomad mis halajas, vanos y fútiles adornos de vuestra reina, y suplid con ellos los medios de alimentaros.

Y así diciendo, desceñase los collares, quitábase los pendientes y las sortijas, y presentábalo á los rebeldes con una gracia, una mansedumbre, una dulzura que arrancaba las lágrimas de las damas y enmudecía el irritado corazón de los caballeros. Por lo que hace al pueblo, mudo de asombro al ver cuán distinto fuese el carácter de sus reyes, de como se lo habían pintado sus oradores, quiso pedir perdón de tales demasías y aun doblaron algunos la rodilla á pesar de que otros les afeaban aquel intempestivo ademán de humillación y servilismo. Pero ¿qué hubieran logrado contra la natural generosidad, contra la culta hidalguía del carácter francés? Fueran seguramente inútiles sus ostigaciones dañinas si evadiéndose en silencio algunos de ellos no corrieran á avisar lo que pasaba á los exaltados jacobinos que envueltos en andrajosos harapos capitaneaban aquella indisciplinada turba. En balde sería pintar su enojo al oír que la reina iba á triunfar de sus viles asechanzas sin más recurso que su virtud y su entereza: llamaron

á gritos á los que mas se jactaban de sanguinarios y atroces, y corrieron al frente de ellos á los aposentos de la señora de Polignac, precedidos del terror, la muerte y la venganza: vieron alli al mismo pueblo que habian amotinado postrándose sumiso ante aquellos que desesperadamente aborrecian; y á este irritante cuadro ciego de despecho y enojo, el desalmado que los acaudillaba echó mano al puñal y arrojóse á María Antonieta para vengar en ella aquel insulto. En el mismo momento se desenvainaron nuestras espadas, se soltaron mil clamores y denuestos pugnando por interponernos entre el jacobino y la reina; pero todo fuera en balde sin la diligencia de un individuo en quien nadie reparaba, y que no perdía de vista el menor movimiento de los conjurados. Tal fue la rapidez de su accion que solo vimos el vislumbre de un puñal, el brazo amenazador de un malcarado asesino y á una hermosa jóven vestida de luto abrazándose con él y diciéndole en voz baja algunas palabras para aplacar sin duda su ferocidad y

su cólera. Suavizáronse de pronto las facciones del rebelde, amortiguóse algun tanto el brillo serpentino de sus ojos, sus entre abiertos lábios dejaron de destilar sangre impura, calló el puñal de su mano trémula, y cual si hubiese visto una aparicion celeste desistió de su empeño y fuese á ocultar entre la muchedumbre, siguiendo á Emilia de Hortenval con absoluta é irapremeditada obediencia. El pueblo fué siguiendo tambien las huellas de su caudillo y nos hallamos libres con esto de aquel perentorio riesgo, tan aturdidos del azar á que debiamos nuestra seguridad, como del raro ascendiente que alcanzaba con hombre tan resuelto como Danton una persona tan tímida como Emilia de Hortenval.

Pasado el peligro, abrazó el rey á su esposa y la felicitamos por el singularísimo favor con que el cielo quiso salvarla. Apenas correspondia á nuestras demostraciones sino con lágrimas arrancadas del placer de verse tan tiernamente querida. Disipóse, empero, aquel ligero vislumbre de desaliento y fla-

queza , y volvió á su natural impavidez y arrogancia. En términos respetuosos pero enérgicos, hizo conocer al rey lo indiscreto que andaba con su pusilánime conducta , y la imperiosa necesidad que en fuerza de este mismo carácter aconsejaba la fuga , ya que no habia decision para resistir á los orleanistas con la fuerza. No se podia escoger hora mas oportuna para inclinar á Luis XVI á semejante partido , pues deslumbraba aun su vista el siniestro reflejo del puñal de Danton , y acusábale su conciencia de cómplice en aquella catástrofe por haberse desentendido de contener á mano armada el choque de los rebeldes. Por consiguiente accedió á todo , quedando acordes en que tomaria yo la delantera tanto para prevenir al emperador , como para tener dispuesto el magnífico castillo que poseiamos en la otra parte del Rin , punto elegido para seguridad y descanso de la familia real. Hablóse tambien de la noble decision de Emilia ; y madama de Lamballe , que apenas podia separarse de la reina , despues de la última esce-

na, quedó en averiguar el paradero de esta jóven y aun servirse de su auxilio para adormecer el argos revolucionario mientras que los ilustres proscritos ganaban la frontera.

—Y ¿cómo recompensaremos la ciega fidelidad con que nos sirve? dijo la reina.

—Déjelo V. M., respondió la de Lamballe, al cuidado de su amiga: si puedo persuadirla, yo misma la llevaré al castillo de Wolfen á que bese la mano de María Antonieta de Francia.

Recibiéronse diputaciones de los privilegiados cuerpos que guarnecian el palacio de Versalles protestando á los reyes el mayor celo: súpose por ellos el resultado de las diferentes escaramuzas trabadas entre los conjurados y la tropa; y el rey despues de agradecer á los guardias de corps, alabarderos y suizos el heróico afan con que defendieron su persona, mandó cuidar de los heridos, recompensar á todos, redactar aquellos hechos para que sus ministros los presentasen á la consideracion de la asamblea, despi-

diéndose en seguida de nosotros con aquella
pura y resignada calma que revelaba la tran-
quilidad de un mártir, en medio de tanto
aparato de persecucion y de muerte

CAPITULO XXX.

EL PEREGRINO.

Pocos dias despues de estos sucesos recibí las últimas órdenes de la reina, y un abrazo dulcísimo de Elena alentándome á desempeñar con actividad y celo la importante comision que se me confiaba. A pesar del riesgo que corria en Francia por los pliegos y poderes que llevaba en mi bolsillo, atravesé sus pueblos con la mayor serenidad y llegué sin tropiezo á las plácidas fronteras de mi patria. Corrí sin detenerme á Viena, donde logré al momento audiencia del empe-

rador: chanceóse conmigo acerca de la manía de pasar por filósofo con que quise distinguirme, y prometióme no solo acoger á Luis XVI y á su hermana María Antonieta en el caso de que buscasen un asilo en Alemania, sino tambien levantar un ejército para restituirlos al trono. Por mi parte observé que su magestad imperial no la echaba tan de esparciata como antes de la revolucion francesa, ya fuese que los desórdenes de sus corifeos le hubiesen dado á conocer la peligrosa influencia de los enciclopedistas, ó ya que el levantamiento de sus mas fértiles provincias recorriese á sus ojos la cortina que ocultaba la crítica situacion en que se hallaba la Europa. Acogióme de consiguiente, como hombre deseoso de acreditarse de diplomático y guerrero, ya que solo se preciara hasta entonces de popular y de filósofo. Por otra parte noté en aquella corte un espíritu mas militar, mas correspondiente á los tiempos de María Teresa, que á los de José II, todo lo cual unido á la justa aversion que inspiraban los trastornos de la

Francia , dióme la mejor idea de la ilimitada proteccion que se me prometia.

Sobremanera complacido aguardaba propicia ocasion de participar á la reina el resultado de estas gestiones y fuíme al castillo de Wolfen para preparar su recibimiento.

Habiamos convenido en que al efecto de no despertar la desconfianza de un gobierno sanguinario y suspicaz , no volveria yo á penetrar por el territorio francés á menos que tuviese especial aviso para verificarlo. Hallábame , por tanto , en mi castillo atendiendo á cuanto se exigiera de mí y forjando en mi cabeza los mas risueños planes de felicidad y buena andanza. Los papeles públicos de la capital francesa tenian al corriente del rápido impulso con que marchaba la revolucion : veíala desencadenarse por mil partes , tomar diversas y monstruosas formas , atropellarlo todo , aprovechar el mas leve pretexto para profanar la religion y ajar el noble carácter de sus reyes. Las frecuentes asonadas de París , el progreso que alli hacian los sanguinarios clubs , en mengua de la autoridad real

y aun de la que pretendia tener la asamblea; las muchas gentes de calidad ó carácter religioso que buscaban asilo en Alemania y la especie de recelo con que iban los extranjeros á aquella Babilonia de las antiguas Galias, no solo confirmaba la idea del revolucionario tumulto que sin cesar agitaba á la nacion francesa, si antes culta y sensata ahora insolente y pervertida, sino que me ponía en continua alarma hasta ver en salvo á la real familia, por considerarla empeñada en el mas recio peligro.

Daba en consecuencia largos paseos á caballo por la línea fronteriza; una carroza, un mensajero que descubriese á lo lejos abría campo á mi esperanza suponiéndolo perteneciente á la regia, aunque disfrazada comitiva. Otras veces metíame en traje de cazador por las enmarañadas selvas del territorio francés no con el deseo de perseguir al tímido ciervo ó á la espantadiza liebre, sino al efecto de espiar la fisonomía y los modales de los viajeros que transitaban por aquellas enrucijadas y caminos. Y en tanto que sa-

lia á estas descubiertas, una porcion de jóvenes, todos vasallos míos, y en cuya lealtad é intrepidez tenia la mayor confianza, manteníase en emboscada para proteger á todo trance á Luis XVI y su familia.

Días y días pasaron sin que tuviese la menor noticia: es imposible pintar cuáles eran mis agitaciones y temores; aunque nada leia en los periódicos que contribuir pudiese á la presuncion de que los hubiesen cogido en la fuga, no me cabia la menor duda de que se les habrian atravesado recios obstáculos para poder verificarlo. Por lo demás harto me sabia yo que nunca perdonarian los jacobinos esta accion sobrado justa é inocente, pero que les daba pretesto para perseguir y esterminar á la dinastía reinante y á poner en planta el descabellado plan de su república.

Anduve así muchas semanas en desasosegada incertidumbre: las posteriores ocurrencias de París acababan de infundirme el mayor espanto, y no siéndome ya posible aguardar mas tiempo sin averiguar la suerte de mi

reina, de mi madre y de mi amante, resolví partir al siguiente día por muy inminente que fuese el riesgo que provocaba. Pero hé aquí que al anochecer se presenta un peregrino á las puertas del castillo pidiendo permiso para hablarme. Como que yo recelando alguna ocurrencia tenia dada órden de que oyesen y cumpliesen en esta parte los deseos de cualquier mendigo ó transeunte, avisáronme lo que pasaba, y dispuse que introdujeran el incógnito en mi aposento. Exigíome una audiencia á solas, y habiendo mandado salir á los que se hallaban conmigo quitóse su ancho sombrero y cayéronle por la espalda innumerables bucles de finísima y lustrosa cabellera, al tiempo que arrancándose la postiza barba que sus facciones cubria mostraba un semblante angelical digno de ser delineado por Rafael; tal era la delicadeza sutil de sus dulcísimos contornos.

—¡ Elena! exclamé corriendo á abrazarla, ¡ Elena!... ¡ ah! aunque eres en hermosura y candidez como la paloma del arca, dudo que me traigas la noticia de haber cesado el

diluvio. Habla, proseguia yo estrechándola contra mi corazon, no solloces, no suspires, dime cuál ha sido la suerte de la reina, la de nuestra querida madre. Pero ¿qué tienes ángel mio? ¿por qué tan reciamente te agitas?... siéntate, toma aliento y empieza á mandar como absoluta señora en este venerable alcázar.

—Antes que te instruya, ¡ó Federico! permíteme que vierta estas lágrimas, no sé si indicios de nuevas amarguras ó si resultados del consuelo, que al verme al fin bajo el techo de una mansion hospitalaria embelesa mis potencias.

—Pobre amor mio, dije enjugando su llanto, y arreglando el desaliñado cendal con que se cubriera el rostro, ¡tan jóven, tan delicada y tan linda, llena de polvo y cansancio, espuesta á mil ultrajes y peligros por esos caminos!

—Y lo peor de todo, amado Federico, la incertidumbre de llegar á tí y de poder acertar con tu castillo.

—Pero ya acertaste, amada Elena, es

justo que me saques de tanta perplejidad y angustia, ¡y bien! ¿qué es de la reina? ¿qué es de mi madre? ¡dulcísimo amor mio! ¿qué ha sido de tí misma?

—Tentamos la fuga pocos días después que saliste para Viena, disfrazados los hombres de saboyardos, Maria Antonieta y nosotras de aldeanas marsellesas. Era la media noche cuando salíamos de Versalles, pero logramos atravesar con éxito feliz por todos los puntos donde podíamos correr notable riesgo. Lengua y media habíamos andado, cuando oímos los pasos de un escuadrón de á caballo: quisimos desviarnos del camino real; pero el no haber bosque sino á mucha distancia, y el ser observados por aquel destacamento nos puso en la precision de esperarlo. Contestamos á sus preguntas con la serenidad y la precision que pudimos; pero mandáronnos regresar con ellos á Versalles para presentarnos á la municipalidad, solo porque íbamos sin pasaporte. En vano quisimos decir que no lo habíamos sacado en atencion á trasladarnos á un pueblo de las cercanías: nos desoyeron,

nos despreciaron, y no hubo mas recurso que seguirles. Pero como realmente no inspirá-
bamos mayor desconfianza no nos vigilaban
mucho; y pudimos deslizarnos por el muro,
é introducirnos en el alcázar al pasar por jun-
to á una de las rejas del parque custodiadas
por los suizos de Bezenval, quien andaba al
rededor para favorecer en caso necesario
nuestra retirada. Dejamos con esto á los sol-
dados sorprendidos de una desaparicion tan
súbita como incomprensible. Dieron mil vuel-
tas, restregáronse los ojos é importunaron á
preguntas á los suizos, que se mantuvieron
firmes en que por allí no habia pasado un al-
ma: otra vez investigaron, se agitaron, fue-
ron y vinieron; bien que como todo fuese
inútil, marcháronse haciéndose cruces, y dan-
do inmediatamente cuenta á la municipalidad
de aquella inaudita aventura. Pero los jaco-
binos, ora por seguir la perversa costumbre
de achacarlo todo á la corte, ora porque real-
mente tuviesen mas sagacidad que aquellos
imbéciles militares, juraron que semejante
ocurrencia no podia consistir sino en que qui-

siese clandestinamente fugarse Luis XVI y la austriaca.

—¿Pues cuantos iban Vds.?

—La real familia, las princesas de Wolfen y Polignac y los señores Mónaco y Vaudrevil.

—Sin séquito, sin guias y sin escolta?

—En efecto; como que tratábamos de andar de noche y ocultarnos en determinados puntos durante el dia. Además, algunos guardias de corps vestidos de paisanos aguardábanos, de trecho en trecho á fin de proteger nuestra ruta.

—Y ¿cómo es que hayais escogido un traje el mas á propósito para atraer hácia tu persona la persecucion ó por lo menos los insultos?

—Os engañais, príncipe de Wolfen, cualquiera hábito religioso merece cierta proteccion en Francia, como el individuo que lo lleva tome la direccion de las fronteras; pues place á los revolucionarios ver cual van desapareciendo los que blasonan de fidelidad y de catolicismo. La misma reina me lo vistió

para que viniese á enteraros de las últimas ocurrencias y para que podais enviar sobre la marcha una relacion de ellas á la corte de Viena, por si al emperador pareciese oportuno hacer alguna gestion diplomática ó algun movimiento militar. Y cuando hayais despachado á un hombre de vuestra confianza para que desempeñe comision tan importante, vestiréme de otra suerte y emprendemos juntos el camino de Versalles. Nuestro encargo ya solo consiste en observar la impresion causada en los lugares del tránsito por esta última ocurrencia, y ver si la vigilancia es muy activa, ó mas perspicaz y alevisa la sospecha. Segun la relacion que de todo hagamos á nuestra archiduquesa, ó se esperará el resultado de las comunicaciones á Viena, ó tentaremos otra vez quieta y cautelosamente la fuga.

—Y ¿es posible, amable peregrino, que ya no tenga la reina de Francia persona de quien echar mano para tan árduo mensaje? Porque cuando ha empleado á una delicada doncella, en quien puede decirse que idola-

tra, fuerza es que se vea en los mayores apuros esta ilustre y desgraciada señora.

— ¡Ah! se trataba de veros y de servirla, y nadie tenia como yo tanto interés en practicarle, ni tanta facilidad para ganar la frontera. Ofreciéronse á ello los pocos amigos que le quedan, como Bezenval, Mónaco, Lancaster y Vaudrevil, á quienes no solo perjudica el ignorar el alemán, sino el ser universalmente conocidos como adictos al rey y como personajes de la corte. Necesitábase, pues, una persona desconocida, que por su acento tudesco pudiese dar algun color á su piadosa romería, y se hallase al mismo tiempo tan enterada de los pormenores de todo que no tuviese necesidad de relaciones ni de pliegos para ponerlos al corriente de las últimas tentativas. Podia correrse el riesgo de instruir á un hombre cualquiera, y enviarlo á este castillo; pero ¿hubiéraisle dado crédito sobre su palabra al verlo sin prenda alguna que denotase su nacimiento y fidelidad?

— Seguramente que no; y desde luego

convengo en que la medida que se ha tomado ha sido inevitable y prudente. ¡Ojalá se encaminen prósperamente los asuntos, y ojalá también autorice aquí mismo la presencia de la reina la sagrada bendición de un benéfico presbítero que tan ansiosamente anhelo! ¿Puedo esperar, hermosa Elena, que os digneis obsequiar á vuestra soberana en este alcázar, no ya como mi pariente y mi amante, sino como digna sucesora de Wolfen?

— Amado Federico, respondiíme, cuando la reina de Francia y la princesa de Wolfen me han permitido venir á encontraros en el antiguo solar de vuestros padres, no solo contaron con mi fidelidad y prudencia, sino con el pundonor que brilla en vuestro carácter. Lejos pues de lanzarme en vuestros brazos á manera de una amante desasosegada y prófuga, corrí á ellos como una jóven á la que se permite tomar parte en la grande empresa de conservar la primera y mas espléndida monarquía. ¿A qué hablarme, Federico, de esperanzas y de amores?... Por mas que interesen á vuestra felicidad, y (añadió

bajando los ojos) tal vez á la mia , es fuerza prescindir de todo; para que no sospechen en nuestro juvenil entusiasmo una causa menos desinteresada y pura de la que verdaderamente lo escita. No , no os enojeis con vuestra amiga : acordaos en beneficio de mi débil resistencia , que no seria digno de tan esclarecida alcurnia si cumpliese á medias ó con segunda intencion los deberes de un súbdito fiel.

Confieso que no habia en lo íntimo de mi alma un fondo de lealtad tan limpia y bien sentida : amaba á Elena , no con la frívola sensacion que probé por Carolina , sino con aquel afecto templado , pero duradero , que convenia á mi espíritu y al sólido fundamento que autorizaba esta eleccion. A medida que conocí su modestia , á pesar de ser tan hermosa , y su humildad sin embargo de merecer la proteccion de la reina , fui sintiendo tal admiracion y respeto por su amabilísima persona , que unido al tesoro de mi cariño , pasaba á ser una especie de idolatría. Por consiguiente , mi primer deseo al

verla habia sido indagar la causa de su imprevista llegada ; pero el segundo , hablarla de mi amor y aun ver de hacerla consentir en algun enlace clandestino. Prestábanme bonísimas razones en que apoyarme: su propia venida y la marcha que íbamos á emprender , sin mas garantía que mi pundonor y su decoro ; pero aquello que me dijo del honor y del deber desbarató mi proyecto y puso repentino fin á los arranques de mi amorosa elocuencia.

Al dia siguiente de su llegada salió el mensajero para Viena : no obstante el empeño de que descansase Elena de su anterior fatiga , no pude conseguir detenerla : repitióme una y cien veces que no habia descanso para ella mientras no se hallase al lado de la reina , y fue necesario mandar disponer un coche de modesta apariencia , en el cual partimos bajo la suposicion de dos hermanos que deseaban viajar por Francia.

CAPITULO XXXI.

EL ENCUENTRO.

EN el mero hecho de introducirse una persona acomodada en el territorio de la revolución, daba muestras de no desaprobare su fervoroso tumulto, por lo que mientras no blasonase de títulos ni de libreas podía pasar por pueblos y ventas sin riesgo de ser insultada ni perseguida. Por lo demás era notable la cívica franqueza con que se complacían en tratarla las gentes de humilde esfera: el título de ciudadano francés les parecía tan superior á los que la razón y las gerarquías hasta entonces ostentáran, que no solo

se lo recordaban á uno á cada paso, sino que afectaban en consideracion á la influencia que tal título ejercia, una llaneza por lo regular muy chocante con la culta educacion de los pasajeros á quienes se dirigian.

En una de estas posadas, situada en la plaza de la villa, advertimos gran número de paisanos y guardias nacionales á la puerta: no por eso dejamos de apearnos en ella, y preguntando la causa de ello dijéronnos que consistia en la noticia que acababan de dar unos caminantes de cierta expedicion de verduleras que habian llenado de terror la antigua corte de Versailles. Tuve gran cuidado en observar qué sensacion causaba en los circunstantes los padecimientos é insultos de la real familia: noté en unos soez y bárbara complacencia; y solo eché de ver en otros la flemma y la insensibilidad de los egoistas.

—Contádselo, decia el ventero, á ese señorón que llega, para que vea si es gente de pro la que compone el gran pueblo de París.

— No haria mas que perder tiempo , replicó otro ; los tudescos no entienden otro francés que el vino de Champaña y de Burdeos , teniendo ademas el cráneo muy duro para que puedan penetrar el verdadero aquel de los derechos populares.

— Con todo eso , observó el ventero , bueno es que se vayan acostumbrando , para estar algo corrientes cuando plantemos en su gótico pais el árbol bienhechor de la libertad.

— Eso , compadre , no es de tu cosecha , sino que lo aprendistes de aquel taimado tahir , que dias pasados echó un largo sermon subido de patas sobre el banco de piedra que decora el frontispicio de la casa de la villa.

— Pero ¿ no ves , bárbaro , que soy tan ciudadano como tú , como él , y como el mismo Barnave ? ¿ De qué te admiras , pues , si trato de hablar un language tan pulido y recortado como el suyo ?

— Ahora de nada me admiro , porque lo aplicas tan á lo rústico , que se echa de ver á la legua la hilaza de la tela de tu juicio.

Te aconsejo , compadre , que te dejes de arreglar los negocios públicos con esos honrados albañiles y entienda en el orden de tu casa y en dar buen hospedage á esos pacíficos y pudientes pasajeros.

—Cara de aristocrata tiene ; si no fuera tan jóven habia de delatarlo á la municipalidad.

—Hombre , no seas bestia , y considera á lo menos que cuando se vienen á Francia no será para hacer alarde de los almenados torreones de su castillo feudal.

Al tiempo que pasaba este diálogo entre el dueño de la venta y un *ciudadano* de maliciosa catadura , nos mirábamos Elena y yo como para mutuamente alentarlos contra las desvengüenzas que pudiesen ocurrir al posadero. La expedicion de las verduleras habia echado el resto á los delirios de su desorganizada cabeza ; y fuese por envidia de las alhajas que robaron , ó por el deseo de medrar cobrando renombre de rebelde furibundo , parece que solo deseaba ocasiones en que acreditar su venteril patriotismo. Por lo

que hace á nosotros, no quisimos pedir aposento, sino que á fin de no despertar sospechas rogámosle nos sirviesen la cena en la misma sala cuadrilonga donde comia el vulgo de los transeuntes. Acomodábase á la sazón en esta pieza de aquella media venta medio taberna, un tropel de gentes que no hacian mas que beber, cantar, fumar ó divertirse jugando. Al cabo de un rato que Elena y yo nos hallábamos sentados á la mesa que se nos señaló, fue disminuyendo su número, pero siempre quedaron como unas veinte personas, entre las cuales movian singular bulla y algazara algunos individuos de la Guardia nacional capitaneados por cierto sargento de estrafalaria facha llamado Couton, intrépido é insolente jacobino de aquellos tiempos. Parece que habia sido carbonero antes de la revolucion, y que hallando mas cómodo el gritar, ultrajar y repartir porrazos que enterrarse vivo en las revueltas de los montes de Aubernia, ó entre los espinosos arbustos de la selva negra, decidióse con tanto afan por aquellas interminables

jaranas, que lo contaba el jacobinismo entre los mas audaces de sus sanguinarios satélites. Los camaradas que lo rodeaban no hacian mas que aplaudir sus blasfemias y ensalzar hasta las nubes la petulancia de sus bravatas, en lo que no poco se distinguia nuestro amigo el ventero, aspirando, segun trazas, á seguir las huellas de aquel imperterrito camarada.

Por lo que respeta á los que quedaban bebiendo ó hablando en la misma pieza, no ofrecian tal singularidad que merezcan describirse; sin embargo, no pudo menos de chocarme un hombre de mediana estatura, recio y fornido de miembros, de áspero gesto y ojos suspicaces, si bien procuraba cubrirlos con un sombrero de anchas alas, cuyo personaje hacia por presentar la espalda á cuantos entraban, como receloso de que reparasen en él y que le conocieran. Desde que llegué á la venta advertí que la cortesía de mis palabras, el aliño de mis vestidos, y sobre todo los polvos de mis cabellos, llamaban la atencion del sargento jacobino,

formando de ello entre los de su corro un inagotable objeto de chistes, sarcasmos y desvergüenzas. Resuelto por mi parte á estudiar el carácter de los pueblos sin darme á conocer ni manifestar un resentimiento que pudiera desbaratar nuestros planes, no quise hacer alto en aquella demasía; antes lleno de reflexion y prudencia aguardé con todo sosiego el momento de la cena para pedir luego con soltura los correspondientes aposentos. Verdad es que los dos criados que formaban mi comitiva, amen de la dueña que venia como autorizando á Elena, eran hombres de pelo en pecho capaces de arrostrar la cólera de cuantos á la sazón voceaban por la venta; pero el servicio de mi soberana exigia mas sensatez que bravura, mas discrecion que decoro. No sé si esto mismo hubo de irritar la bilis del antiguo carbonero; pero ello es que revolviendo los ojos hácia mí cuando ya la cerveza y el vino hubieron enardecido algun tanto su mollera, dirijió al camarada de enfrente las siguientes palabras.

—Escucha, Brazo de muerte, ¿no te parece raro que todos esos bellacuelos pasen la noche menudeando brindis sin acordarse de echar el que es de ley á la salud de la asamblea ó de la Guardia nacional?

—Sí tal, respondió Brazo de muerte, que yo mismo lo he oído al de los polvos con muchísimo donaire.

—Pues me da la gana de que beban á la salud de la república.

—Estupenda idea, dijo el ventero, que en todo se entrometia; muy bien pensado, camarada; y si alguno se resiste llevarlo al cuerpo de guardia y hacerle montar el caballito de palo, con una docena de fusiles en cada pata para que se tenga firme.

—Si uno no se tomara de cuando en cuando la molestia de recordar á las gentes lo que deben á la nueva patria, llegarían á olvidarla, y el diablo se volvería á sentar sobre sus ruinas. No, no, camaradas: solo nosotros somos sus verdaderos hijos, y á nosotros por consiguiente atañe hacer la mamola á tanto perro como desearia nuevamente de cox y

de hoz meternos en las ollas de Egipto.

—Viva, bravo Couton, gritó el ventero soltando una carcajada; mal año, en comparación tuya, para esos melífluos oradores de que tanto se precia la asamblea. Si me dieran media docena de hombres como tú, plantaba el árbol querido en Roma y en San Petersburgo.

Todos aplaudieron la alabanza del ventero, y complacido Couton de aquel aplauso, díjoles que para proceder con algún orden iba á comenzar por el hombre tosco y malcarado del rincon, que parecia en su concepto, un *racimo de linterna*.

Levantóse, púsose el sable debajo del brazo para proteger la violencia que meditaba, y fuese al incógnito sombrío y cejijunto que habia llamado mi atencion por el mismo empeño que parecia tener en no llamar la de nadie. Al llegar junto á su mesa, echóse un vaso del vino de su botella sin pedir permiso ni dar la menor disculpa; y remedando el compungido tono de un piadoso misionero, empezóle á decir de esta manera.

— Suplícote, carísimo hermano nuestro, llenes otra vez tu vaso del benéfico licor y de un trago te lo soples á la prosperidad de cierta república, tan dulce para los pobres como amarga para los aristócratas.

Cuantos habia en la venta aguardaban con curiosa zozobra la respuesta del extranjero: sus rasgos duros y montaraces, la espresion feroz de sus miradas, el vigor de los miembros y la energía de aquellos músculos tan reciamente marcados anunciaban un hombre de pro, poco sufrido para aguantar chanzas y mucho menos para tolerar insultos.

—¿Y qué me sucederá si no me da la gana de satisfacer tu capricho? dijo al sargento arrojándole de través una iracunda mirada.

—¿Qué te sucederá, hijo mio? No será cosa, solo que por el bien de tu alma te cortaré las orejas, amen de algunos papiotes en la nariz y dos docenas de zurriagazos en las espaldas.

—¡Oiga! respondió el incógnito echando vino en el vaso; ya que hay eso, nada tengo que replicar: ea, camarada, á la salud de tu

pública, prosiguió con un gesto singularmente desabrido; y ojalá navegue tan viento en popa como desea mi sincero patriotismo.

—Viva, gritó con aire de trinfo Brazo de muerte; el hombre parece prudente...

—Sin embargo, respondió Couton en voz baja, algo noto yo en su acento que me desplace, y apostaría á que sus palabras tienen un sentido doble.

No siéndome ya posible sufrir las demasías del sargento, y temiendo que se dirigiese á mí con igual pretension, dije que allí solo habia fieles súbditos del gobierno y que parecíame por lo mismo que nadie tenia derecho á incomodarnos.

Iba á replicar el sargento una nueva impertinencia; pero Brazo de muerte le recordó con disimulo el encargo particular que les habian hecho los gefes de su bando de no andar indiscretos en provocar la menor lucha, hasta que tal pluguiese á la voluntad de sus caudillos. A pesar de eso, no pudo contenerse del todo, y fijando en mí los ojos pro-

rumpió con cierto sarcasmo en estas razones.

—Muy bien, Sr. D. Líquido; no trato yo de perturbar la tranquilidad del bodegon; pero sí desearia que no se metiese tanta bulla, cuando el que mas y el que menos merece echar bendiciones con las patas desde la mas ruin linterna del barrio de San Antonio. Si gustaran divertirnos probando conmigo las fuerzas hasta la primera sangre, vaya en gracia; pero tales pisaverdes, prosiguió dando con el pie en la punta de mi espada, llevan esos trastos solamente por adorno. Fuesen ¡ voto á mí ! menos gallinas para reñir á puñadas, y tendríamos por lo menos una poquilla de gresca.

No fuí dueño de mis acciones al oir este provocativo discurso y arrojando al fanfarron una mirada de cólera, púseme en pie y eché mano á la espada sin acordarme de la reina, ni de Elena; pero metiéndose de un salto en medio de ambos aquel hombre misterioso y membrudo, á quien primero se dirigieron el sargento, detuvo mi súbito enojo, diciéndome entre afectuoso y resuelto:



— Poco á poco , señor mio ; fuí insultado antes que vos, y á mí por consiguiente atañe el lauro de esta disputa. La voy á zanjar en honor de la buena causa..... ¿ Serias hombre para habértelas conmigo ? preguntó al militar quimerista.

—Y tanto, respondió; como que dentro de un minuto te haré barrer con la lengua el polvo y la inmundicia de este menguado ventorrillo.

— Menos bravatas , señor matasiete , y atiende al golpe , que servirá de escarmiento á los sandios que la echan de bufones.

Desnudáronse de medio cuerpo arriba en un abrir y cerrar de ojos , y rodeáronles haciendo círculo cuantos se hallaban en la venta. Al principio parecia llevar el jacobino la ventaja ; pero pronto se vió , que mientras echaba inútilmente el resto de sus fuerzas, aprovechábase el otro de tal indiscrecion, usando económicamente de las suyas. Cuando lo tuvo mas que molido y quebrantado, clavóle las uñas con la misma furia que un avestruz clava las garras, y levantándolo dos

varas en alto, arrojólo tan reciamente contra las piedras del pavimento, que le dejó por algunos instantes tendido sobre ellas, inmóvil y sin sentido.

— ¡Aleve! gritó Brazo de muerte desenvainando el sable; aunque hubiese de tragarme el infierno, daríasme aqui mismo cuenta de tu encarnizamiento y demasía.

—No hay demasía que valga, repliqué; ambos combatieron sin ventaja, y si del porrazo muriese, ¿á qué se mete por capricho á baladron y pendenciero?

—Asi es verdad, dijo levantándose el sargento; envaina ese chisme, Brazo de muerte, pues cuando menos lo esperaba topé con un jayan digno del aliento que me alienta. Paréceme, sin embargo, prosiguió dirigiéndose al incógnito, que algun dia hemos de continuar el combate hasta que uno de los dos sobre el cadáver de su contrario cante completa victoria.

—Y yo te aseguro, respondió el otro apretándole la mano, mientras que aun le temblaba la suya de pura cólera, yo te aseguro

que no te has de levantar del suelo tan presta y ligeramente como ahora.

—Allá lo verédes; lo que te aconsejo es que tomes el portante antes que el síndico salga con la ronda, pues ha echado mano á mas de un pícaro, cuya facha no era ni con mucho tan estrafalaria y sospechosa como la tuya.

Sin duda atúvose el incógnito al refran que dice *del enemigo el consejo*, pues á poco rato pagó el escote, aderezó el caballo, y salió de la venta. No lo verificó, sin embargo, tan precipitadamente que no me dijese en voz baja que convenia mucho á los ilustres huéspedes de Versalles que al efecto de hablarnos saliese, á imitacion suya, de aquella ruin posada.

La accion de que habia sido testigo, su aire misterioso y el manifesto deseo de ocultarse á todo el mundo me hacian ver en él á un partidario de la real familia, á pesar de que su exterior representaba mas bien la obstinacion insolente de un rebelde que no la suave flexibilidad de un cortesano, ni el he-

róico y desinteresado valor de un caballero. Elena, por otra parte, me aseguró que conservaba idea de haberle visto, y que no debíamos perder la ocasion de servir á la reina sin vanas consideraciones ni tomar en cuenta el riesgo á que en hora tal nos esponíamos. Arreglé, pues, mi gasto con el huésped, algo mas tratable desde el lance que acababa de humillar la soberbia de su camarada, muy afligido sin duda de ver la poca cuenta que le tenia su patriótica locura, y salí de la villa cuando las nocturnas sombras comenzaban á sumergir en lóbrega oscuridad el universo. Como á cosa de un cuarto de hora de la poblacion se nos reunió el incógnito; mandé parar el coche para que subiera en él; y así que nos saludamos, preguntóme sin preámbulos si habia yo despachado el mensaje que debia comunicar las últimas tentativas de Versalles al emperador José II.

Imagínese el lector adonde con tan inesperada pregunta llegaria nuestro asombro: inciertos de si era un fiel emisario ó un espia; y ateniéndonos mas á lo último que á lo

primero, apelamos á los recursos que en tales casos se acostumbran, dando á entender que no podíamos atinar qué mensajero ni que tentativa fuese aquella de que nos hablaba.

—Conozco, respondió, que ni mis modales ni mi presencia pueden inspirar á un príncipe una súbita confianza; pero cuando sepais que me envia nuestra reina (añadió quitándose el sombrero), ya se entablará entre nosotros una intimidad mas conforme á la coincidencia de nuestras opiniones políticas.

—Y aun suponiendo que S. M. os envia, repliqué, ¿es justo que me lo persuada así, sin mas datos que la palabra de un desconocido?

—Pero de un desconocido á quien habeis visto luchar en pública palestra contra pérfidos y deslenguados rebeldes.

—Gentes hay en el tiempo que vivimos que usan hasta del ardid de luchar con otras de su ralea á fin de tender un lazo á los que se empeñan en mirar como enemigos capitales de su bando.

—Sobrado es cierto, exclamó pasándose la mano por la frente; las sendas están llenas de trampas, de zancadillas; y tal se jacta de leal campeón de María Antonieta, sin creer que comunica este importante secreto al mismo que ha de publicarlo en la tribuna.

—Luego...

—He de convenir en que os sobra la razón para andar con esa cautela. Sin embargo, aquí traigo en el pecho una sortija que esa señorita tendrá la bondad de reconocer, lo cual me ha sido entregada por nuestra augusta soberana (aquí volvió á quitarse el sombrero) á fin de que os dejeis guiar por mí en cumplimiento de sus órdenes.

La sortija fué reconocida por Elena al vivo reflejo de los faroles del coche, y halló ser la que el incógnito indicaba. La vista de aquella preciosa alhaja renovó en su pecho la memoria de los infortunios de María Antonieta, por manera que no pudo volverla al desconocido sin que se escaparan de sus ojos algunas lágrimas, sincero tributo de lealtad y agradecimiento. Ya con este cúmulo de

datos, hubiera sido puerilidad y cobardía el no dar fe á las palabras del extranjero: así se lo manifestamos con aquella cordialidad amistosa que reina en tiempos de guerras civiles entre hombres leales prontos á sacrificarse por la buena causa; y al eco de mis palabras suavizábanse sus rasgos, naturalmente sombríos, dilatábase su pecho y enternecíase su espíritu.

—Cuanto place al corazon, nobles señores, dijo, hallar en medio de ese pueblo amotinado y rebelde ilustres campeones de la religion y la monarquía, á quienes poder manifestar el embeleso de aquellas dulces ideas que nos imbuyeron en la cuna! Aturden por todas partes los desaforados gritos de bárbara guerra civil, desencadénanse los ultrages, multiplícanse los denuestos, y percíbese solamente el rugido de la revolucion, anunciando á cada paso nuevas tempestades políticas. Y si aspira un hombre honrado á manifestarse adicto al partido de la razon no le vale la sinceridad de su afecto, ni la templanza de su ánimo, agárranlo, arrástranlo,

enciérranlo , y desde que caen sobre él las puertas de la cárcel lo mismo que si le cayera la compacta losa del sepulcro.

Elena y yo escuchábamos al desconocido con admiracion é interés : no hallábamos en él la elocuencia almibarada y flexible de los cortesanos ; pero sí un lenguaje no menos leal , aunque mas enérgico y robusto. Era la primera vez que contemplaba un modelo de fidelidad en las clases inferiores : la fuerza de sus miembros , la fiereza del semblante y la montaraz vehemencia de sus modales podian hacerle pasar por el Danton de los realistas ó por alguno de aquellos gefes de las montañas de Escocia , que al frente de su clan ó tribu , bajaban á pelear en la llanura contra las disciplinadas legiones que sostenian á la casa de Hannover. Embebido en estas ideas y agradablemente ocupado en hallar tales puntos de semejanza entre mi hombre y los héroes de la moderna historia , nada respondia á sus discursos por mas que él pudiese interpretar de un modo poco favorable este silencio. Y no salió fallido este re-

recelo, pues me preguntó con cierto desabrimiento si despues de lo que habia visto aun dudaba de la püreza de sus razones y de la comision que S. M. le diera.

—Muy lejos de eso, respondí prontamente para apaciguarlo; recreábame contemplando en vos un verdadero vasallo de Luis XVI sin el dorado barniz de los empleados en palacio, ni la guerrera petulancia de los que obtenian alto grado en el ejército. De consiguiente, estoy ansioso de saber el objeto que os ha movido á salir á nuestro encuentro, no dudando que sea por órden especial de la escelsa familia á quien servimos.

—No os sabré decir, príncipe de Wolfen, las miras de S. M. respecto del encargo que me ha dado; pero es lo cierto que llegando á cierto punto del camino hemos de apartarnos de él y doblar á mano izquierda, sirviéndoos yo de guia por las revueltas del monte.

—¿Luego no llegaremos á Versailles? preguntó Elena.

—Será regular que al fin nos apostemos por sus cercanías.

—¿Pero vamos primero á S. Cloud ó á cualquiera otro de los reales sitios? Porque dudo, que á no ser en ellos, hallemos en parte alguna á nuestra benéfica soberana.

—Tampoco puedo satisfacer á este reparo, hermosísima señora, sino diciendo que no los hice yo á S. M. cuando me dió la comision de salir á vuestro encuentro. He desempeñado su mandamiento cual habeis visto ahora: si á pesar de todo no creéis prudente fiaros de un hombre destituido por desgracia de lustre y afeite, volveréme á dar cuenta de mi mensage, aunque no dejaré de sentir vuestra pueril resistencia en pro de la buena causa.

—No, por S. Luis de Francia; no se dirá de mí que me haya resistido á un lance que puede ser propicio á la casa real, por mas que traiga ligeros visos de peligro y de misterio. Guíanos donde te plazca, noble extranjero; nosotros seguiremos tus pisadas como las del puro arcángel, el hijo primogénito de Tobías.

—Asi debieran ser todos los partidarios

de la antigua monarquía..... No está en mi mano poderos decir si hay ó no riesgo en el agreste sitio á donde nos dirigimos; pero sí desvanecer toda sospecha en órden á mi carácter desde que habeis mostrado resolucion tan heróica. Llámome Jorge Cadoudal...

—¿El intrépido montañés de la Vendée?..
¿El primero, el único que ha levantado el grito por la familia reinante? interrumpí sin estar en mi mano contenerme.

—¡Ay de mí! ese grito que decís bien que empezó á retumbar en las cóncavas grutas y los selváticos montes de mi patria no fué repetido por las demas provincias, á pesar de que no puedo presumir deje de haber en ellas celosos partidarios del trono de Luis XIV. Proponíame por lo mismo recorrerlas y levantar el estandarte de Enrique IV; pero Luis XVI miraba con desazon este principio de guerra civil, por lo cual dignóse nuestra soberana prevenirme que aguardase para mis laudables intentos coyuntura mas propicia. En virtud de tan discreta advertencia, fuíme á Versalles sin mas objeto que besar su real

mano y poner á sus plantas mi puro patriotismo. La ví, me habló, y si antes era partidario suyo por amar naturalmente el orden, la religion y la monarquía, fuílo despues con mas ahinco, deslumbrado por las gracias, la magestad y el espíritu varonil de su persona. No quise ya apartarme de sus órdenes; y en el momento mismo tuve lugar de conocer la superioridad de su penetracion y el sublime artificio de las tramas que urdia para salvar el Estado, artes muy diferentes del grosero afan con que á pesar de todo mi celo no hubiera yo hecho mas que envolverlo todo en desolacion y ruina. Mandóme ir al encuentro de Mirabeau y ponerme bajo sus órdenes... yo mismo le hubiera dado mil puñaladas un minuto antes de esta importante conferencia; y al ver que habia tenido hasta prestigio para amansar las iras de aquel tribuno y de repente convertirlo en un realista intrépido, acuséme en mi interior de bárbaro y estúpido, y me avergoncé de no poder ofrecer á tan gran señora mas que una lealtad rústica y sencilla. Ando desde entonces

por las inmediaciones de su alcázar para que me emplee en los encargos que exigen eficacia, árrujo y un corazón á toda prueba.

Lleno de alegría por tan feliz é inesperado encuentro, no me cansaba de mirar los rasgos de aquel fidelísimo vasallo y de hacerle mil preguntas respecto de sus esperanzas y proyectos.

—Si el rey hubiese querido, me decia, ó si su arrogante esposa inspirarle pudiera una chispa de su eléctrico entusiasmo, yo penetrara hasta París al frente de mis bravos montañeses, mientras vos, noble príncipe de Wolfen, hicierais asomar á los veteranos de María Teresa en la austriaca frontera. Pero dia vendrá en que ondeen al aire libre las lises de Enrique IV y que tiemblen á nuestro aspecto esos jacobinos que solo tienen instinto para el asesinato, no menos que esos jóvenes barbilampiños que han venido á meter bulla desde las corrompidas playas de Marsella.

—¿Y perdeis la esperanza de darles la ley aun en medio de la capital que tanto alteran?

—No, príncipe de Wolfen , no la pierdo... en cuanto ganen nuestros reyes la otra ribera del Rin, añadió en voz algo mas baja, mis montañeses moverán desusado estruendo para que vuelvan á entrar , como Enrique IV, victoriosos y brillantes en el reino de sus padres. Banderas, lises , penachos , limpias armaduras , fervorosas proclamas , todo está á punto..... solo se espera una voz de este humilde Jorge que teneis presente, de este vasallo el mas ínfimo de la reina de Francia, para que se agiten y obren esos marciales elementos de guerra , desesperacion y venganza. Pero llegamos , si no me engaño , á la travesía por donde debemos seguir , dejando la carretera, y seria conveniente previniereis al cochero que se prestase á mis indicaciones.

CAPITULO XXXII.

LAS NUPCIAS EN EL CASTILLO.

HICELO así, y en el mismo momento mandó Jorge entrar por un sendero menos trillado y mas angosto. A medida que adelantábamos, íbase haciendo escabroso el terreno, y los árboles plantados en una y otra orilla entrelazaban sus ramas barriendo ruidosamente con ellas la cubierta de la caja. Si los faroles no hubiesen dado un raudal de luz copioso y refulgente, era muy posible que no saliésemos de aquella sombría y enmarañada senda. Habria como media hora que discurriámos por ella, cuando empeza-

mos á costear la falda de una montaña cuya elevacion no nos dejaba medir la oscuridad de aquella noche. Eran tan curvas las líneas de su anchurosa basa, tan agudos y frecuentes los ángulos que describía, que despues de algun espacio no pudo seguir ya el coche sus revueltas y fue preciso que bajásemos de él para seguir adelante. Púsose Jorge á silbar, y salieron de una caverna inmediata tres ó cuatro montañeses de los que obedecian ocultamente sus órdenes. Encargóles la custodia del coche y sus efectos; y levantando un haz de teas echó andar ante nosotros, y fuímosle siguiendo en silencio al vivo y estrepitoso resplandor de aquellas llamas. Tomamos solamente uno de mis criados, quedándose los restantes con los satélites de nuestro guia; y si bien deseaba Elena viniese la anciana que desde mi castillo la servia por el deseo de dar decoroso aspecto á aquella peregrinacion nocturna, Jorge se opuso á ello con respetuosa resistencia diciendo, que era imposible caminase con la precipitacion que se requería al efecto de no

llegar en hora oportuna adonde nos enca-
minábamos.

Así anduvimos como cosa de una hora apoyada Elena en mi brazo, marchando Jorge delante con su ancho sombrero, su alfan-
ge corvo, sus pistolas en el cinto, agitando las teas y apartando para que no tropezáse-
mos los cantos y los arbustos, sin interrumpir por esto la rapidez de su paso ni menos-
cabar la soltura de su cuerpo. Seguíanos el
criado á corto trecho, y de cuando en cuando se arrimaba á mi oído para decirme que
no era prudente fiarnos á tales horas y en
tan fragosas malezas de hombre tan malca-
rado, rústico y siniestro. Por mi parte, co-
nociendo ya quien era, hubiérale seguido has-
ta el fin del mundo: solo me desalentaba el
notar que mi pobre amiga apenas podía re-
sistir la velocidad y la fatiga de aquella
marcha.

Agitó en esto Jorge las teas por el aire
haciéndolas describir sobre su cabeza un
breve círculo, al tiempo que lanzando Elena
un tristísimo suspiro, acercóse mas á mí, y

poniéndose la mano ante los ojos , cayó casi desvanecida entre mis brazos.

— Jorge! amigo Jorge! exclamé; por Dios! ved si se encuentra por ahí algun poco de agua, pues esta pobre niña está próxima á desmayarse.

— Nada hay que temer, respondió, ya estamos á poca distancia del punto adonde nos dirigimos. El mal de esa señorita no es mas que haberse parado en cierto espectáculo lúgubre de estos apartados sitios, sin que me valiera la súbita evolucion que hice con las teas al efecto de deslumbrarla.

Levanté los ojos, y advertí á mano izquierda de la senda una tapia de poca elevacion que con el tiempo y la inclemencia se iba desmoronando, dentro de la cual sobresalian dos altos pilares de piedra, sobre los que se atravesaba una gran viga. Pendian de sendos dogales, afianzados en ella los cadáveres de varios infelices que perecieron á manos de la justicia ó á las de infames salteadores de aquel contorno. La configuracion violenta de sus gargantas, lo lívido, desen-

cajado é inmundo de sus rostros , el cabello herizado tendido por la cara con la frialdad y el olor pestífero que despedían eran muy suficientes motivos , aun sin la añadidura de la soledad y de lo agreste de aquel punto, para helar de espanto á personas desalmadas y resueltas , cuanto mas á una doncella tan tímida como mi prima. Mi criado aleman contemplaba aquellos ennegrecidos cadáveres con horror y asombro , echándose de ver en sus desencajados ojos y entreabiertos labios el recelo de que nuestro misterioso conductor nos quisiese llevar á tan aciago fin como el que tuvieron los tres infelices que colgaban de la recia y retorcida soga á nuestra vista. Confieso que tampoco me hizo gracia semejante catástrofe , y que á no saber el carácter honrado y sobremanera leal de aquel capitan de realistas , temiera alguna sórdida emboscada. Sin embargo , no pude menos de dirigirle la pregunta de cuánto tardaríamos en llegar al término de nuestro viage.

—Ya os he dicho , respondió , que falta poco ; no obstante , si esa dama verdadera-

mente se desmaya , iré de un salto á procurarme lo que coja mas á mano á fin de que pronto vuelva en sí.

—No, no, dijo Elena apretando contra su pecho el brazo mio , en que se apoyaba: solo os pido , en nombre de la humanidad y del honor, que nos alejemos cuanto antes de este fúnebre recinto.

—A la mano de Dios , repuso Jorge : no hay mas que resignarse á sufrir por breve rato la fatiga que os cause este áspero sendero, y bendecireis despues la resolucion varonil con que os decidís á pasarlo.

—Y no sabríais decirme, pregunté asi que echamos á andar , ¿ qué delito cometieron los tres que penden de alta horca en medio de este despoblado?

—Mucho que sí, respondió Jorge con maliciosa sonrisa, como que yo mismo fuí su juez , y hubiera sido su verdugo á no tener á mi disposicion como veinte y cinco montañeses , los únicos que por séquito me traje de mi pais. Esos pícaros , señor príncipe de Wolfen , asesinaron al pobre Pedro

Lafour sin mas motivo que ser incorruptible vasallo de la reina. Forjaron una comision de importancia; y obligándole con esto á emprender en medio de la noche el camino que va de París á Versailles, y esperándole en cierta encrucijada, se echaron sobre él y le dieron alli de puñaladas sin temor al rey ni respeto á la justicia. Vanagloriábanse despues de este crimen por todas las casas públicas adonde les llevaba su mala índole; y cuando atacó el populacho los muros de la Bastilla, aguijoneábanle estos forajidos desde lejos al asalto, siendo los que con el puñal en la mano anduvieron cometiendo atrocidades por sus cárceles y corredores en cuanto penetraron alli los amotinados parisienses.

—Y ¿cómo os gobernásteis para atraerlos á estas enrisgadas asperezas?

—No señor: los eché mano por los mis-mos alrededores de Versailles en ocasion que iban meditando nuevos crímenes. Con cuatro de mis compañeros desviéles del camino real y me los trage á este monte, donde tienen

mis gentes provisiones é inaccesible morada. Aquí les hice confesar todos sus delitos, y como por órden de Robespierre y Marat iban á la zaga de cierto baron del sacro imperio muy introducido en la corte, y al que suponían los rebeldes ser un emisario secreto del emperador y la reina.

Recordé las sospechas que oyera acerca de mi persona la noche del conciliábulo de los jacobinos, y dí gracias á la Providencia de que por medios tan fuera de todo cálculo hubiese salvado mis dias de este inminente peligro. No se ocultó tampoco este incidente á la penetracion de mi prima; por lo que me estrechaba tiernamente la mano preguntándome en voz baja si fueron muy ajenos de apoyo los avisos que me dió en Versalles para que procediese con mucho pulso para la seguridad de mi persona.

—¿Y se arrepintieron antes de morir de las atrocidades cometidas?

—Acobardáronse, no por odio á su mala vida, sino por miedo al castigo que les aguardaba. Lo mejor es que suponiendo fuese

nuestro bando de tan pérfida ralea como el suyo, llegaronme á ofrecer que asesinarían á los principales conjurados como les perdonase la vida. Tal vez se admitiera este partido antes de salir de mis montañas; pero despues de haber conocido á la reina, siente mi pecho ciertos estímulos de pundonor que moderan naturalmente mi condicion agreste y villana.

—Y ¿os puedo preguntar si ha sido la casualidad ó la costumbre lo que hizo acabar con ellos por medio de tal suplicio?

—Les dí tal suplicio porque me daba vergüenza gastar la pólvora en tan ruin canalla, y por lo mismo me aproveché de aquellos pilares y robusto travesaño que habeis visto, resto del antiguo poder de un señor de horca y cuchillo, cuya fortaleza feudal, bien que ya arruinada por el tiempo, eleva aun sus altas torres sobre una agradable eminencia no lejos de este camino. Acaso tardareis muy poco en atravesar su puente.

Cada palabra de estas movia de un modo extraordinario mi curiosidad: ya comprendia

yo que por alli se albergarian algunos fieros montañeses de los que hubieran formalizado la contra-revolucion en la Vendée á no oponerse la sobrada benignidad del rey de Francia ; pero ¿ á qué llevarnos á hondas grutas ? ¿ á qué apartarnos tanto del camino real y dilatar el momento de participar á nuestra reina las observaciones hechas en el discurso de mi viage ? Y puesto que habia sinceridad y patriotismo en su deseo , ¿ con qué objeto me callaba el fin de aquella aventura dando pretesto á mi juicio para sospechas poco favorables á su carácter y resolucion magnánima ? Perdíame en el intrincable laberinto de tales reflexiones , al mismo tiempo que admiraba la secreta mano que iba obrando un imprevisto levantamiento á favor de la antigua monarquía y contra las insolencias del naciente republicanismo.

Llegamos á cierto punto donde casi obstruian el paso unas grandes piedras que formaban la vanguardia de amontonadas ruinas. Atravesamos , no sin dificultad , por entre aquellos escombros , ayudándonos Jor-

ge con la luz y sus oportunos avisos. Descubríamos al reflejo de las teas las torres y paredones de un antiguo castillo, morada dos siglos antes de algun señor de vasallos, cuyas robustas fortificaciones exteriores sin duda trabajadas por el pesado ariete de alto y poderoso baron de las cercanías, habian cedido mas pronto á la inclemencia atmosférica formando los montes de arruinadas piedras por entre las cuales asentaba su planta rápida y vigorosamente nuestro intrépido guia. Pasamos despues por el puente de la fortaleza feudal que resonaba bajo nuestras pisadas con el eco lúgubre de las cóncavas sepulturas que forman el pavimento de las catedrales góticas. El arco por donde entramos correspondia á un zaguan interior almenado y espacioso, donde se detuvo Jorge para hacer la seña convenida, que consistia en tres silbidos agudísimos en extremo. Abriéronse al momento las puertas que se distinguian en medio del lienzo de la pared fronteriza, ofreciéndose á nuestros ojos una espaciosa escalera de forma antigua

pero adornada de sutiles y primorosas labores. Al llegar á lo alto de ella introdújonos Jorge por varios apartamentos de aquel, al parecer encantado castillo, cuyos venerables adornos tanto en las paredes como en la forma recordaban los tiempos en que los caballeros de Francia defendian á todo trance el blanco penacho de su rey en el fragoso tumulto de una pelea, ó en el que admiraban con la rectitud de sus fallos cuando administraban justicia bajo la rústica pero venerable sombra de una encina. El aspecto de aquella deslustrada grandeza, la hora misteriosa, la crítica situacion de la real familia y el aire caballeresco de tan impensada aventura inspiraban á mi pecho un aliento nada comun, y traian á mi memoria la lealtad de los célebres campeones que veces mil se sacrificaron por las esclarecidas estirpes de los Valois y los Estuardos. Aunque las lámparas que se veian por estos respetables aposentos no fuesen suficientes para alumbrarlas, no dejaba de distinguir en lo alto el decoroso ornato de tim-

brados yelmos y limpias armaduras ; y como nos habia dicho Jorge que tomásemos asiento mientras iba á preparar otras estancias, tuvimos Elena y yo ancho espacio de notar todas estas menudencias y de dar á cada cosa su propio valor y libre campo á nuestro juicio para varias y peregrinas conjeturas.

Sin embargo , por mas que nos esforzábamos en discurrir no hallábamos esplicacion que satisfaciese adecuadamente nuestra curiosidad. Lo agreste de aquellos campos y el apartado lugar donde se elevaba la fortaleza convenian perfectamente al objeto de los secuaces de Jorge para estar prontos á la menor indicacion de Versalles y á salvo de toda pesquisa y violencia : pero no por esto veníamos en conocimiento del papel que íbamos á representar alli, ni de la conexion que pudiese tener todo aquello con el desempeño del encargo que se nos habia confiado. Porque si Maria Antonieta , como sospechaba Elena , se encontraba en aquel sitio , no era tan facil que verificase la fuga desde él como del mismo Versalles en aten-

cion á que cuanto mas tiempo faltase de este alcázar tanto mas pronto se despertaban las sospechas de sus enemigos que no se dormirian en ocupar las sendas , caminos y atajos que pudiesen conducir á la frontera.

En estas pláticas se nos pasó el tiempo hasta la vuelta de nuestro conductor: vímosle entrar con el sombrero en la mano cayéndole en derredor del rostro las crenchas de su cabello áspero y revuelto , accidente que daba á sus montaraces facciones cierto carácter mas salvaje todavia del que les era peculiar. Pero advertíase en medio de esto , que ofrecian alguna mas suavidad , y que habia en toda su persona cierto ademan respetuoso como si acabase de obrar en ella su poder algun repentino encanto.

—Príncipe de Wolfen, díjome con una profunda reverencia , tomad de la mano á esa ilustre señorita y tened la bondad de seguirme.

—Amigo Jorge, repuse con algun sobrecejo : ¿ es posible que no nos reveleis aun el objeto de esta misteriosa venida ?

—Servios aguardar un solo momento... las órdenes que he recibido son terminantes, y no es mi rústico labio el que debe anunciaros una ocurrencia que muy inmediatamente importa á vuestra felicidad. Si abrigáseis no obstante algun recelo, si supusiérais en el decidido realista de la Vendée intenciones contra vuestra persona ilustre ó contra la causa que libre y gloriosamente defiende, os volveré á llevar adonde queda vuestro coche.

—¿Qué hablas de sospechas y cobardes retiradas?... Guia otra vez, que no seré menos puntual en seguir tus huellas por las lúgubres estancias de este alcázar, que por las encrucijadas del bosque.

Y así diciendo, tomé á Elena por la mano y eché á andar detras de él, mientras que con mesurado talante tomaba la delantera. De la sala en que nos hallábamos salimos á otra mas suntuosamente adornada: esta servía de antecámara á un magnífico salón coronado de ligeras galerías donde en otro tiempo se colocáran, durante el espléndido

festin, los alegres músicos y los inspirados trovadores. Abrió Jorge una disimulada puerta lateral por cuyo agoviado arco solo podía pasar una persona, y bajando dos escalones nos hallamos en bella arabesca y prolongada galería con leve columnata que en sus menudos calados presentaba una muestra del lujo y gentil primor con que los arquitectos del siglo XII realzaban y embellecían sus obras. Detuvimos en el extremo opuesto ante un arco, que superaba á todo lo que habíamos visto en magnificencia y gallardía: lustrosas puertas de ébano dignas de tanta riqueza y artificio lo cerraban, ofreciendo larga materia á la admiración y al discurso con sus historias y sutílisimas labores.

Jorge hizo señas de que nos aguardásemos mientras daba él tres golpecitos con una aldaba de dorado bronce. Oyóse, en cuanto sonaron, una deliciosísima música que de la parte interior salía, é hincando una rodilla en tierra practicamos lo mismo mas atónitos cada vez de las misteriosas circunstancias que acompañaban aquel peregrino suce-

so. Rodaron á poco rato las macizas hojas sobre el sonante quicio, y abriéndose de par en par deslumbró nuestros ojos un espectáculo no menos brillante que inesperado y magnífico. Apareció una capilla de bastante estension con arcos de gallardo arranque, sostenidos por delgadísimas columnas que cayendo á iguales distancias en medio del pavimento la dividian en tres graciosas naves. El altar de forma gótica que se hallaba en el fondo estaba tan adornado de velas, lámparas de plata, esplendorosas alhajas y ricos paños bordados de oro, que los ojos no podian resistir de pronto el resplandor que á largo trecho despedian. Y no es decir que se encerrase en él todas las riquezas de aquel precioso oratorio, pues ademas de lámparas de limpios metales que la alumbraban, advertíase por el suelo blandas alfombras donde bordára mano diestra las cultas lises de Francia y las arrogantes águilas del imperio. Pero lo que mas llamó nuestra atencion, tanto por la gala y el ornato como por la singularidad del objeto, fue un trono co-

locado á la derecha del altar sobre entapizada galería y elegantemente cubierta de un dosel de terciopelo carmesí cuya dorada bordadura igualmente recordaba las dos familias reinantes en Versalles y en Viena. Con esto mi sorpresa llegaba á lo sumo: creíme trasportado á las misteriosas catacumbas de los mártires ó á los adornados templos del oriente ocultos en cavernas y despoblados para sustraerlos á la codicia y profanacion de los infieles.

Mientras mas embelesados nos hallábamos en contemplar tanto primor y riqueza, y en percibir las dulcísimas consonancias de aquella música misteriosa, hé aquí que convierte en aire triunfante y marcial su patética sonata, y empiezan á salir gentes vestidas de gala por dos puertecitas colaterales que no menos afiligranadas que simétricas, servian de como didad y de adorno al reducido santuario. Elena, mas perspicaz que yo, díjome en voz baja que reconocia entre ellas algunas damas y caballeros de la corte, lo cual nos convenció de que allí se hallaba la

reina, bien que atinar no pudiésemos el objeto de aquel regio y religioso aparato. Creció la sorpresa cuando vimos salir por cada una de las dos puertas á las princesas de Polignac y de Lamballe, y á poco rato por el fondo mismo del oratorio, á la escelsa María Antonieta, rica y lujosamente vestida, dando la mano con magestuoso talante al marqués de Vaudreuil, y siguiéndola la princesa de Wolfen en hábito de ceremonia. Con noble desembarazo subió al trono y colocáronse las tres princesas en torno, mientras la espléndida comparsa de damas y caballeros formaban dos alas por las prolongadas naves de la hermosísima capilla. Nosotros en tanto permanecíamos mas allá del umbral, contemplando todo aquello con la incertidumbre de si eran ilusiones de la fantasía, las imágenes fosfóricas de un sueño, ó los maravillosos efectos de un conjuro. Por lo que hace á Jorge, retiróse á nuestra espalda, puesto que ni su trage ni su nacimiento le daban derecho á mezclarse entre los mas ilustres personajes de la corte. En

cuanto ocuparon aquellos señores el lugar correspondiente á los méritos y condecoraciones que los distinguian, hizo señal la reina de que parasen los músicos, á cuya indicacion doblaron los circunstantes unánimemente la rodilla, y pusiéronse á escuchar las siguientes razones de María Antonieta, pronunciadas en el tono grave y afectuoso que tan ventajosamente la distinguia en el solio.

—“¡Ilustres damas, nobles y leales caballeros! leo, en vuestros semblantes la admiracion que os causa haberos traído á este famoso alcázar de la antigua familia de Vaudrevil, sin preceder el mas leve indicio del objeto que en ello nos proponíamos. No por esto, á fuer de vasallos fieles, menos puntuales fuistes en acudir á la interesante ceremonia que meditamos. Hemos querido celebrarlo á vuestra vista, porque es merecida recompensa de la lealtad, y porque en estos momentos de angustia debemos estender nuestro cetro bienhechor sobre los que hacen alarde de las inclitas virtudes que ensalzaron á sus padres. ¡Ay de mí; acaso es-

tá próximo el término de nuestro reinado, y habremos de dar un eterno adios al pais clásico de la caballería y las artes ! Por lo mismo antes de salir de su privilegiado recinto queremos obrar el último beneficio que nos permite la áspera situacion en que nos vemos. ¿Habriais olvidado las esclarecidas épocas en que premiaban los reyes á los héroes que se distinguieran en Palestina, enlazándolos con las ilustres doncellas por quienes ejecutaran sus altos hechos? ¡Yo os invoco sagrados manes de Bullon y heróica sombra de Felipe augusto! yo os invoco para que desde lo alto de las empíreas moradas echeis una protectora ojeada á los escogidos varones que juran en este recinto seguir vuestras santas huellas. Y si os es grata la repeticion de una recompensa que en vuestros prósperos reinados prodigasteis, aprobadla en la suspirada union de Federico de Wolfen con Elena de Blondel, digno y singular modelo de desinteresada fidelidad, y de amorosa constancia.”

Dijo, y viniendo á tomarnos por la mano

el marqués de Vaudrevil y la princesa de Lamballe, nos llevaron al pié del trono, al tiempo que rompía la música una marcha estrepitosa y triunfal, y se ponían los caballeros en pié fervorosamente entusiasmados con el enérgico y melancólico discurso de la reina.

Todos á un tiempo celebraron el talento de una princesa que sabia sacar partido de su misma estreñidad y desgracia para captarse la benevolencia de sus leales servidores, y mantener constante y viva la pura llama del pundonor francés. Y al vernos mi madre á las plantas de la reina su querida discípula, y que tomando nuestras manos las apretaba entre las suyas y nos prodigaba toda suerte de caricias, no pudo contener las lágrimas, dándolas libre curso, á pesar del caracter ceremonioso y cortesano que reconocian en su persona.

—Federico de Wolfen, dijo María Antonieta, es justo que Nos premieemos el celo con que servis la acometida monarquía, no menos que el de ese ángel en belleza y en

dulzura , cuya condicion mansa , inocente y virtuosa ha sido no pocas veces nuestro consuelo y delicia. Sentimos aquel profundo pesar, al entregarla, que experimentan los mortales desprendiéndose de una cosa querida, pero nos cabe la complacencia de que sereis tan firme en amarla como lo fuisteis en imitarla y servirla.

Tal era la turbacion que Elena y yo sentíamos , que apenas nos permitió responder á estas apacibles razones: mi prima, por mas que se esforzaba no podia ocultar las lágrimas, y solo murmuró algunas palabras para decir que quisiera dilatar el enlace hasta cuando se viese en salvo la real familia en el castillo de Wolfen.

—No , hija mia , conviene á tu soberana que estes unida á Federico, porque si otra vez se malogra nuestra fuga vosotros como éstrangeros pedireis pasaporte para Alemania y abogareis por nuestra causa en la corte de mi hermano. Además , los corazones leales de la Francia , reclaman este acto solemne de recompensa á la fidelidad y

al heroismo , y seria faltar al noble ejemplo que nos han dado los antiguos monarcas de este reino , si desatendiésemos un enlace con el que tienen feliz término los actos de mi soberanía. Y si me tiene reservado la suerte el ser víctima de la guerra civil y ofrecer á la Europa un ejemplo mas lamentable aun, que el de la reina de Escocia , quiero , hijos mios , bajar al sepulcro con la consoladora idea de que siquiera vosotros buscareis con puro corazon la desaliñada piedra de mi tumba. Ah ! no sé qué presentimiento me revela de continuo un fin desgraciado y prematuro..... tú cuidarás de mi hijo , hermosa Elena , y vos gallardo príncipe dareis tal vez un asilo en vuestro alcázar á la pobre niña , cuyo único delito consiste en deber la vida á vuestra infeliz archiduquesa.

¡ Cómo resistirse á tanta sensibilidad y dulzura !... No habia , de los muchos que estaban alli presentes , quien no vertiese amargo llanto , abrazándose unos á otros cual si nunca mas hubiesen de volverse á

ver y espirase en aquel punto la famosa monarquía de los francos.

Un venerable sacerdote limosnero de S. M. que pereció poco despues de la mortandad del 10 de agosto , nos dió la bendicion nupcial, mientras nos sostenian á sus plantas la misma María Antonieta y el marqués de Vaudrevil. No ha habido en el mundo ceremonia mas patética y augusta. El enternecimiento de los circunstantes , las prácticas de una religion santa, que como en tiempo de los Dioclecianos y Neronos habia de ocultar en el desierto sus ceremonias y holocaustos , el aparato solemne de sus pompas y los fúnebres vaticinios de una soberana que ya se despedia de sus fieles súbditos , inspiraban á nuestro espíritu el puro enternecimiento y la angelical resignacion de los antiguos mártires. Añádase á esto un grupo de montañeses puestos de rodillas en derredor de Jorge, á lo último de la galería , sirviendo de átrio al oratorio, cuyos sollozos llegando hasta el mismo presbiterio nos recordaban cuan reducido fuese el número de los que se pre-

ciaban en Francia de virtuosos y leales, y vendrán en conocimiento mis lectores de la viva, cuanto melancólica impresion que debió causarnos aquel último adios de la religion y la monarquía.

A pesar de la entereza de la reina, semejante escena abatió de tal modo sus fuerzas, que olvidando su caracter varonil, solo se notaban en ella las muestras de ternura consiguientes á su sexo. Mas resignada empero, mas tranquila, despues de habernos unido, volvió á sentarse en el trono rodeada de las princesas de Polignac y Lamballe, y de la jóven que ya llevaba el título de mi esposa, y llamando uno por uno á los demas personajes dióles á besar la mano regalándoles alguna alhaja á fin de que la conservasen en su memoria. Allí era de ver cual despojándose aquellos señores de toda afectacion y doblez cortesana, derramaban sincero y copioso llanto al pronunciar el sensible adios de aquella última despedida: allí era el ver cual cayendo de rodillas, guerreros tan veteranos como Bezenval, diplomáticos tan pro-

fundos como el príncipe de Mónaco, carecían de valor para disimular sus lágrimas y de artificio para animar una escena que se iba haciendo sobrado tétrica y sensible. Por mas que la reina quiso nuevamente hablarles, los gemidos y los sollozos rompieron su discurso..... ellos en tanto doblada una rodilla en tierra, la suplicaban que no saliese de su reino, que antes de pasar la frontera los llevase sin escrúpulo á la lid y á la venganza; pero María Antonieta pronunció el nombre de su esposo, y guardaron sombrío silencio respetando los motivos que la arrastraban á la fuga.

Ya en esto empezaban á dorar los rayos del sol naciente las cumbres de aquellos montes: esto obligó á despedir á los barones y caballeros, quedándose la reina con mi madre, las princesas de Polignac y Lamballe, y los señores de Mónaco, Bezenval y Vaudrevil. Mandóme volver á París á fin de espíar cuanto pudiese convenir á sus intereses, en aquellos críticos momentos, y recoger las noticias que no dejarían de darme los emi-

sarios de Jorge , y pidiéndome permiso con agradable sonrisa para no desprenderse tan pronto de mi esposa las ví tomar , á fin de trasladarse á Versailles , uno de los mas ocultos senderos de la montaña. Por lo que á mí toca , abracé cordialmente á mi esposa y á mi madre , besé la mano á la reina , y tomando por guia á uno de los montañeses fuime tambien á buscar mi carruaje y transportéme con la celeridad posible á la capital del reino.

CAPITULO XXXIII.

LA FUGA.

OCUPEME algunos dias en averiguar el espíritu del pueblo y en observar la vigilancia de los jacobinos , hasta que un dia paseando por los jardines de las Tullerías entregáronme un papel en el que se leían escritas con lapiz las significativas palabras de *hoy fuga Versailles*. Al momento corrí al real sitio: bajé del carruage á poca distancia de la poblacion , y quise entrar á pie por no despertar sospechas. Como empezaba á oscurecer, tropecé con un paisano cuyos rasgos me parecieron los de Luis XVI: muy pronto pasó un coche de alquiler , y creí advertir en él

que lo dirigia al conde de Ferrer; un postillon que atravesó al mismo tiempo se asemejaba al ayuda de cámara Valori; y á todo esto cruzaban mil gentes cuya fisonomía habia yo visto en otras partes.

Llegué al palacio y todo permanecia en el mas profundo sosiego: el reloj daba las siete y oíanse los acompasados paseos de las centinelas que custodiaban aquel vasto recinto. Subí al cuarto de mi madre, llamé, no querian abrirme, pero conocióme Elena y arrojóse á mis brazos con enagenamiento y delirio.

—¡ Al fin te veo ! exclamó : tarde recibirias mi bellete , y no hemos querido partir sin tí , no obstante las repetidas instancias de la reina.

—¿ Dónde se halla ?

—¡ Ah ! sobrado cerca todavia para que puedan atajar su carroza y dar tiempo á los jacobinos de París á que se lancen á su víctima. Pero he alli quien nos dará noticias mas circunstanciadas de su fuga... Castelnau ! Castelnau !...

Entró al momento, y lo primero que hizo fué abrazarme, y abrazar á mi madre y á mi esposa, verdaderamente loco de satisfaccion y alegría.

—La revolucion perdió su ilustre presa, nos dijo, y el barrio de San Antonio el objeto de sus bárbaras desvergüenzas.

—¿Pues qué, preguntó Elena, están fuera de peligro?

—Como si ya lo estuvieran, hija mia. ¡Qué gozo será el mio contemplando mañana al populacho reunido bajo de las ventanas de su cuarto y que grite con el acostumbrado empeño de insultarla, y viendo que tarda en salir para humildemente saludarlo, para que le presente al delfin, para corresponder con angelical sonrisa á sus injurias, y viendo que no la encuentran se alborote, ahulle, amenace y... búscala, pídelas, provócala, populacho infame! Todo es en valde; voló al aire libre la cándida paloma... fuese á buscar otro nido, otro vergel, otro techo hospitalario.

Y al decir esto, volvía á estrecharnos en

sus brazos, y frotábase las manos con desusadas demostraciones de alborozo y de locura.

—No penseis aun en marchar, proseguia, dejad que llegue el coche de colleras que ahora mismo he mandado prevenir; de otra suerte suscitaríais sospechas que pudieran ser funestísimas. Por lo que á mí respecta, aunque me diesen un imperio no saliera de Versalles. Porque, escuchad: de aqui á pocas horas asoma el pueblo por esas verjas con sus harapos y sus picas; llama á las puertas, atropella las guardias, lánzase por los salones, penetra hasta la regia cámara y... todo está vacío... ni rey ni roque, ni delfin, ni reina, ni vestigios del cetro ó de la púrpura... ni rastro, ni sombra de la prepotente monarquía. Ahora bien, yo quiero oir sus clamores, sus amenazas, sus blasfemias; gozarme en su desesperacion y su cólera, henchirme de placer al contemplarlo burlado en su insultante ímpetu y columbrando ya en los desvaríos de su cobardía á la misma reina que insultaba, al frente de las brillantes

bayonetas que afianzaron el alto trono de su angusta madre. Pero oigo las ruedas del carruage y es preciso que partais y me abandonéis á mi propio destino... no, no, fuera súplicas, fuera lágrimas, yo me juntaré algún día á vosotros y escuchareis atónitos de mi labio las contorsiones de esas tribus capitaneadas por Danton y Marat.

No hubo medio de hacerlo desistir: volvió á abrazarnos con singular ternura, ayudónos á subir al carruage, y nos echó mil bendiciones hasta perdernos de vista.

Después de algunas horas de viaje, corriendo por aquellas carreteras con una celeridad casi indiscreta, llegamos á la misma villa y á la misma venta donde presencié la lucha entre el sargento Couton y el realista Cadoudal. Era fuerza cambiar de tiro, pero el maestro de postas se rehusó á ello. En medio de hachas de viento, frenéticos oradores arengaban al pueblo en varios ángulos de aquella plaza, y notábanse donde quiera síntomas de desconfianza, leves indicios de un cercano tumulto que hirieron mortalmente á

mi corazón, revelándole sin saber por qué, que todo estaba perdido. En vano quise fundar en algo esta aciaga presunción, únicamente me era dado apoyarla en el indefinible desaliento que precede á las grandes calamidades y abate súbitamente las potencias. Un sacudimiento repentino de tierra anuncia á nuestro espíritu el terremoto que se verifica en otro punto; ligera columna de humo el volcán próximo á reventar, y á veces un solo puñal, un solo grito, las encarnizadas escenas de áspera guerra civil. ¿Qué mucho pues, que en la desconfianza del huésped, en el rumor de las gentes, en las terribles cláusulas de los oradores echañe de ver como divulgado el secreto de aquella fuga?

Oculté á mi madre estos fundados presentimientos de desgracia, la acomodé con mi esposa en retirado aposento y bajé á la puerta del meson para descubrir en la palabras sueltas y en el aire misterioso de los grupos, si iban realmente encaminadas las lúgubres sospechas que me hicieron concebir. ¡Ay de mí! hartó era cierto... hablaban los hombres

en voz baja y con singular energia las mugeres, cual si oyeran alguna funesta historia, se asombraban, poníanse pálidas, enmudecian, y cediendo al fin á su sensibilidad ó á sus temores solo respondian á las diferentes preguntas con que las atormentaban, tendiendo el brazo hácia el camino real que dirigia á la frontera. ¡Ah! ellas vieron pasar la misteriosa carroza, dieron agua al tierno infante, contemplaron á los pobres del lugar recibiendo limosna de las damas, y facilmente comprendieron que en aquel padre de familias tan resignado, en aquel niño tan inocente y lindo, en aquellas señoras tan amables y finas se ocultaba un gran misterio, pero misterio de angustias, ternuras y dolores. Con lágrimas en los ojos rogaron al cielo que protegiera su viaje y abrazaron á sus propios hijos sin que supiesen por qué; con melancólica ternura y afligido rostro volvieron á entrar en sus humildes cabañas por cuanto tenian presentes las catástrofes que se verificaban entonces bajo los dorados techos de los alcázares. ¡Pobres mu

geres ! puro modelo de corazones sensibles de la Francia ! Solo vosotras presentáis los infortunios de vuestra patria , porque no veiais mas que sensibilidad y dulzura en la madre que abraza al hijo ó en el padre que aspira á salvar una familia proscrita, al paso que dureza , ferocidad y vicio en los que tenían el descaro de burlarse de estos afectos ó reputarlos de crímenes !

CAPITULO XXXIV.

LA PRISION.

A todo esto era ya la media noche, y á pesar de los rumores que corrian por la villa los mismos que se preciaban de políticos y noveleros empezaron á desear la bata y el gorro blanco, el tranquilo lecho y el descanso bienhechor. Hasta entonces habia sido la Francia el pais mas sencillo y metódico del mundo: sus naturales vivian cómodamente entre la fatiga y el reposo, discretamente compensando los sudores del trabajo con las plácidas risas de un inocente recreo. Treinta millones de habitantes pasaban la vida á la sombra del castillo territorial ó del suntuoso

monasterio, oyendo á cada minuto la religiosa campana que anunció su nacimiento y habia de anunciar su último suspiro. Cuanto se ha dicho del ingenio y agudeza de los franceses era falso: solo los parisienses se preciaban de decidores y agudos, así como podian solo vanagloriarse de insustanciales y corrompidos.

Sentado, pues, en la puerta del meson, veia disolverse los grupos, alejarse los politicones, apretarse las manos en señal de despedida, é ir quedando todo en solitario y melancólico silencio. ¡ Ah, por qué sacando la revolucion de sus quicios hasta el sosiego de la sociedad campestre y la inocencia de la vida pastoril apagaba la tranquila llama del hogar doméstico, destruia la maciza mesa donde se celebraba el rústico festin y reemplazaba estas apacibles escenas con otras de sangre, desolacion y tumultos!

Hieren entonces los aires las veloces pisadas de un caballo que venia á todo escape precedido de un ligero postillon. Apéóse este, y metiéndose en la posada, pidió caballos

de refresco. Respondiéronle que no los daba la casa de postas dos horas habia, señalándome con el dedo, como para probar la verdad de la disculpa que alegaban. A tan imprevisto golpe arrojóse el forastero de su fatigado bridon, y dirigiéndose hácia mí, reconocí en él á Castelnau.

—¡Siempre flemático, siempre aleman, me dijo, siempre cachazudo é impertérito por mas que os sentéis sobre ruinas, sobre un endemoniado Vesubio que arde y abrasa y todo lo devora! ¿Sabeis, señor príncipe, lo que en este momento pasa en París?... pues ¡desencadénase el pueblo en masa detrás de sus víctimas; y aguardaislo tranquilamente aqui, creído tal vez en que desfilará en vuestra presencia con tanto órden, circunspeccion y decoro como una de las santas procesiones que recorrian las calles en Adviento!

—¡Qué decís! ¿estais condenado á ser el mensajero de la misma revolucion ó el enlutado heraldo de la desgracia?

—Yo no sé á qué estoy condenado, pero sí que sufro los tormentos del réprobo mas

perseguido en las infernales bóvedas. ¡ Ah, si hubieseis contemplado á ese frenético populacho arrancándose el cabello , gritando como un monstruo , tan pronto silencioso como vocinglero , amenazador como abatido, afilando las picas como corriendo á sus baluartes !... ¡ ay de mí ! yo lo he visto agitar mil teas, y moverse desde lo alto de una torre , semejante á aquel soberbio Leviatan que cubria los mares alargando cien cabezas por acá , cien brazos por allá , y arrojándose sin ton ni son , cual si hubiese de hallar en todas partes algun precioso rastro de la real familia.

— ¿ Pues qué , amigo Castelnau , seria cierto que no hubiese aun ganado la frontera ?

— ¡ Harto lo será , gritó desesperado , pues que de repente animó una esperanza desconocida á las hordas parisienses !”

Aqui , mudando de resolucion , volvieron la espalda , y metiéndose por la casa , oí que daba terribles voces , diciendo :

— Vengan caballos ; siquiera uno , y os

doy la vida por él! mirad que soy síndico del pueblo, diputado de la asamblea, republicano acérrimo, y que voy siguiendo las huellas del tirano, y que es fuerza que alcance á la austriaca, y atada de pies y manos, mañana mismo os la pasee en triunfo por la villa. ¡Qué júbilo!.... saldreis á las puertas vestidos de andrajos y provistos de injurias para verla pasar: vuestras mugeres se colocarán en segunda fila para soplaros al oído mil blasfemias de su infernal vocabulario, y engancharé á su carro una mula de alquiler, una mula coja, si es que puedo dar con ella, para que el camino sea largo y se dilaten mucho tiempo los insultos y la gresca. Amigos míos, venga el caballo y os prometo que á vuestro sabor la llenareis de oprobios y que tendreis una hora mas de funcion que los habitantes de Varennes, de Saint-Menehould y de Dormans. Caballos, digo, en nombre de todos los diablos del infierno... ¿no veis que soy un pícaro, que desto á los aristocratas y que insulto, rompo y pateo las imágenes?... ved aqui, camara-

das, el que quiso asesinar al chiquillo, el que movió tanta jarana contra los suizos y los guardias, el que insultó á Lafayette porque no me dejó dar una mano de coces á la austriaca!... soy, si os empeñais en ello, el mismo duque de Orleans, Felipe Igualdad, que corre detrás de los fugitivos para salvar al virtuoso pueblo que frenético y rabiosamente adora."

Sus gritos, sus lágrimas, sus ruegos, el animado gesto, el conmovido acento, el impúdico y rabioso language jacobino que tan discretamente remedaba llamaron la atencion de cuantos habia en la posada. Rodeábanle, acatábanle, preguntábanle, unos con desconfianza, otros con sumision; pero no hacia él caso de nadie, y viendo que se apeaban en el portal tres desconocidos, púsose á gritar con todas sus fuerzas: "¡caballos, caballos á mí, que soy Felipe Orleans!

—¿Y para qué los quiere V. A.? díjole uno de los recién llegados tocándolo por la espalda"...

Volvióse Caltelnaux al eco de una voz

que no le era desconocida , y viendo á Barnave, quedóse pálido, y murmuró entre dientes : *¡todo se ha perdido!*

Asíónos, no obstante, de la mano á él y á mí, y llevónos á un apartado , y allí empezó á acariciarlo , á conjurarlo , á seducirlo para que lo dejase partir.

— ¡ Barnave bueno ! pero deslumbrado Barnave , decíale , aqui tienes á dos amigos que te instan, te ruegan; te abrazan las rodillas para que les dejes correr al encuentro de aquella desgraciada beldad á quien profesastes tambien un violento cariño ! ¡ Pobre señora ! un tiempo hubo que solo por pura conmiseracion sufría mis impertinencias, dejó de ser soberana y acostumbróse á mi lealtad, fue despues perseguida , desgraciada , y ella misma buscaba el pobre demente para contarle sus cuitas... ¿y permitiriais, ó Barnave , que quedase sin mí , cuando desnuda de todo vano poder, anda tristemente vagando por la contraria ribera...

— ¡ Pluguiese á Dios ! exclamó Barnave soltando un hondo gemido...

—¡Pues qué!... interrumpió Castelnau, sin atreverse á acabar la pregunta.

—¡Cayó en las manos del pueblo! replicó el triunviro, poniéndose áspero y sombrío...

—¡Ah, pues tanta es mi desgracia, ó má-tame, ó déjame partir!"

Asi diciendo, subió de un brinco en un caballo de los que traian aquellos tres diputados de la asamblea.

—Ved, observó Barnave, que esa locura no merece mi aprobacion y que falto por ella á vuestra seguridad y á mi deber.

—Sin embargo, nadie se me ha de oponer al triste consuelo de anunciar á la reina que algunos amigos la esperan en esta posada.

—Pues tal es vuestra pertinacia, decidla, amigo Castelnau, que Barnave cuidará de su decoro hasta dejarla en París.

—¿Y cómo se llama, le preguntó con malicia, aquel que viene contigo?

—Latour-Maubourg.

—El otro quise decir... pero no pretendo que te avergüences revelándome su nombre.

¡Ay de tí, Barnave ; no eres mas que un satélite, un subalterno de ese iracundo Petion, digno colega de Marat y Robespierre ! Vencido fuistes por Mirabeau en la tribuna , en el republicanismo por Petion, y lo eres ahora tambien en dirigir al populacho por tanto y tanto miserable, desnudo de talentos, educacion y virtudes como le enseña á no respetar otro ascendiente que el puñal de la anarquía! ¡Ay de tí, repito !... ¿qué ha sido del orgullo de tus principios ? ¿qué ha sido, responde, de la austera filosofia de tus máximas ?... perecer verás ante tus ojos todo lo que amaste en tiempo mas feliz y solo apagarás tu remordimiento voluntariamente arrojándote en lo mas profundo de la huesa."

Dijo : dió un espolazo , y desapareció de nuestra vista.

CAPITULO XXXV.

LA VENGANZA.

FIJÉ los ojos en el semblante del tribuno, y lo ví desencajado y siniestro. Lejos empero de aprovecharme de su confusion para echarle en cara las fatales consecuencias de sus errores, preguntéle cuál era el partido que iba á tomar.

—La eleccion ya no está en mi mano, respondiíme; y Castelnau dice muy bien que fuí dos veces vencido, primero en las teorías de la tribuna, y en la práctica despues de nuestro filosófico sistema. Arrastróme el popular movimiento, cegóme una desesperada pasion, y vedme aqui amilanado y ar-

repentido , si es que exigís de un desgraciado esta confesion repugnante. ¡ Ah ! cuánto he envidiado la muerte de aquel hombre grande, cuyo último suspiro recogimos, aunque tal vez con muy diferente objeto! ¡Solo él supo adivinar y hacer patente que nuestra malhadada república no era mas que rápida y fosfórica quimera! ¡Solo él supo echarnos en cara que los bosques de mitos eran la mengua de Mileto , y que solo convenían los ramos de laurel á los que luchaban en la arena olímpica !...

Estas sentidas quejas me movian á piedad. Volvimos á entrar en la posada y subimos al cuerpo principal para ver de tomar algun descanso. En medio estaba la mesa, donde Petion y su colega acababan de cenar: aquel indolente y medio ebrio desenvolvía sus manoseadas teorías de pueril igualdad: el otro lo escuchaba con muestras de aprobacion , y á veces con hipócrita recogimiento. Es imposible figurarse contraposicion mas significativa y vehemente que la que presentaban la petulancia de Petion y la gravedad re-

flexiva de Barnave: hubiérase dicho que respiraba en ellos el genio estóico del año 92 y el genio insolente del año 93 : Barnave melancólico , elegante , republicano en teoría apasionado de los gobiernos antiguos , orador sublime , jóven arrastrado al abismo por una pasión amorosa y por una pasión política , y Petion por el contrario , jovial é impúdico , verdadera caricatura de Marat , adelantándose por la revolución sin nada saber de lo pasado , y sin curarse de preveer lo venidero . El terror se apoderó de su alma cuando topó con Robespierre en lo mas vehemente de su carrera política , y retrocedió asustado cual si hubiese hallado á un tigre dentro de solitaria cueva . Huyó desde entonces de sus garras y tapóse los oídos á fin de que su atroz rugido no helase la sangre que aun animaba sus miembros .

Pero á poco rato reinó en aquella pieza un sepulcral silencio : veíase al moribundo reflejo de una lámpara á Barnave , apoyada la cabeza entre sus manos y entregándose á tétricas reflexiones ó á sueños tal vez que des-

trozaban su corazon , mientras roncaba su bárbaro colega cual si no se tratase de destruir la mas antigua y augusta monarquía.— ¡ Ah ! ¡ qué será del rival de Mirabeau cuando el grito de una muger destronada lo despierte y la contemple triste, llorosa, abatida presentándole á sus hijos y pidiendo por ellos una mísera cabaña !

— ¡ Qué me importa !... murmuró entre dientes el tribuno... véala humillada y vencida , hablela como Mirabeau de igual á igual , tal vez de superior á inferior , créeme en su clamor suplicante , en su voluptuosa angustia , y luego mas que me aborrezca á mí mismo, y vergonzosamente espire, y despues de una escena por la que he sacrificado mi vida toda y... ¡ harto lo veo !... la felicidad de un reino.

Estas palabras pronunciadas en aquella lúgubre y ahumada estancia por el soñoliento diputado , produjeron en mi espíritu un movimiento de terror. Corrí al cuarto de mi madre que profundamente dormia: divisé en medio de la oscuridad la blanca mano de mi

esposa que me hacia señas de que me acercára.—¿Queda alguna esperanza? díjome en voz baja...

—¡Ninguna!... y echándose á mis brazos púsose á llorar amargamente, aunque esforzándose para no interrumpir el apacible descanso de la autora de mis dias.

CAPITULO XXXVI.

CÓNCLUSION.

DESDE el amanecer se comenzó á percibir un rumor extraordinario por la villa. Aplicando el oído con cuidado distinguíase un lejano tumulto por la parte de París, y otro no menos siniestro viniendo de Varennes: adelantábase el uno al encuentro de la magestad cautiva, y arrastrábala el otro en triunfo hácia la bulliciosa capital del reino. Anunciábanse á lo lejos como un ahullido respondiendo á otro ahullido, una amenaza provocando á otra amenaza, un volcan correspondiendo á otro volcan, semejantes á los dos

mares de Corinto cuando agitados por la tormenta braman y encréspanse hasta que desesperadamente se juntan en medio de la llanura.

A poco rato empezaron á entrar nuevas gentes en la posada; notábase en unos la curiosidad, en otros la fiereza, y el deseo en muchos de evitar los desgraciados choques que iban á verificarse en la carrera. Los mas, sin embargo, perdian ya la esperanza de vivir pacíficos bajo el techo paternal, con su familia, sus amigos, el perro fiel y las delicadas flores que cultivaran, porque vieron arrastrados en un carro, insultada y cubierta de polvo á la misma magestad ante quien, se inclinaban poco antes, las naciones de la Europa.

A medida que se aproximaban aquellos siniestros rumores, contemplaba yo á Barnave pálido y desencajado el rostro ansiando y temiendo la presencia de una reina á quien atrajo hácia sí por los espantosos medios de la desolacion, el ultraje y la venganza. Por lo que hace á Elena, habíase puesto á mi

lado en medio de la confusion que ya empezaba á reinar por la posada , suplicándome la permitiese acompañar á la reina, mientras apresuraba yo en la corte de Viena el único recurso de salvarla.

—¿Y he de verte subir á la mala é irrisoria carreta en que dicen viene montada , y desaparecer de mis brazos cuando apenas se me ha dado el derecho de ceñirte y enlazarte en ellos? No , no , Elena , tu destino ya es el mio , y es fuerza buscar en el Austria los socorros que ya no podríamos darle en París.

—Pero *ella* nos ha unido, Federico, y solo á *ella* debemos nuestra felicidad: ¿no es justo que recoja yo sus lágrimas mientras buscas tú en otra parte el verdadero medio de enjugarlas? De nada la sirvo en la corte del emperador, al paso que seré á su lado su ángel tutelar y la única persona tal vez que le amenice y atavíe las ilusiones de su eclipsada grandeza.

Iban llegando á todo esto los amotinados de París: ¿qué sombrío pincel bosquejaria

sus gritos , sus gestos y sus insultos ? Desordenada tropa de facciosos, asesinos y mendigos , horrible mojiganga donde se arrastraban por el polvo las galas del siglo pasado y se llevaban en triunfo las groseras gorras y los traidores puñales del presente. Muy pronto juntáronse á ellos los polvorosos jacobinos que venian de Varennes , é hicieron alto en la plaza para insultar mas á su sabor la real familia, creyendo que debia tomar alli leve refrigerio. ¡ No con menos ansia se detiene el populacho por las esquinas donde el verdugo azotara los reos !... Entre ellos daban grandes voces el sargento Couton y el huésped de la venta , que descuidaba su hacienda desde que desvanecidos sus cascos y concibiendo alta idea de sí mismo , ya no vivia contento con la industria de sus padres. Quería Barnave que aquellas gentes se moderasen , que fuesen marchando hácia la capital á fin de no aumentar la congoja de los reyes ; pero Petion los apoyaba , los aplaudia y daba continuamente pábulo á su rústica insolencia.

He aquí, que por la ventana principal del aposento vemos asomar hácia la parte interior la cabeza de Castelnau, no tan jovial y bulliciosa como ostentarse solia, sino con los ojos medio cerrados: con la boca entreabierta, ensangrentada y lívida, dando vueltas como una liviana veleta, sin fijar la vista, sin desplegar los labios y echando en torno de sí el olor fétido del sepulcro. Créíme al pronto ver alguna máscara mal intencionada, ridiculizando á los fieles súbditos de la reina, pero convencíme harto pronto de que era la propia testa de mi infeliz amigo enarbolada y llevada por trofeo en lo alto de una pica. Habíase colocado junto al umbral de la puerta el jacobino que la levantaba, y mientras referia á la muchedumbre los últimos momentos, las plegarias y anatemas que al morir exhalara el aristócrata, la cabeza del pobre demente moviéndose trémula sobre el hierro de la lanza, parecia echarnos en cara nuestra flemática indolencia.

—¡Muerte al asesino! grité, sin que estuviera en mi mano llevar mas adelante el di-

simulo... ¡ muerte ! y arrojándome desesperadamente á su encuentro , quise darle el castigo que merecia ; pero tumultuosas voces de *¡ al infame ! ¡ á la linterna ! ¡ á la linterna !* movieron á muchos de ellos á detener mi ímpetu , y dieron lugar á Barnave , á que procurase salvarme de entre las innumerables lanzas, hachas, garrotes y puñales que en un instante se levantaron contra mi cabeza.

Sin embargo, todos sus esfuerzos hubieran sido inútiles , si un nuevo acaecimiento no llamase hácia la calle la atencion de los asesinos. En medio de gritos, silbidos y aclamaciones , precedida de bárbaros que iban danzando en honor de la libertad y rodeado de picas y banderas tricolores , adelantábase á paso lento el humilde carruaje donde llevaban en triunfo á la real familia. Entonces el populacho que venia de París y el que iba llegando de Varennes, se saludaron con bárbaros y desaforados alaridos, levantando las picas, tirando al aire las gorras, agitando las banderas y moviendo un estruendo descomedido y siniestro.

El carruage hizo alto en medio de la plaza, junto la gótica cruz que ya habian derribado los rebeldes, y el sol daba de lleno sobre los infelices descendientes de Luis XIV llevados al parecer al sacrificio por una innumerable tropa de caribes. ¡Ah, cuando no se habian desencadenado las gentes contra la sencilla iglesia de aquel lugar, hallábase prolongada sombra en aquel sitio, sombra protectora y hospitalaria dando idea en sus puntiagudos ángulos de la gótica arquitectura de aquel campestre santuario! Ya nada existia..... la cruz rota en mil pedazos..... la torre sin campanas ni cúpula y convertida la iglesia en un monton de ruinas por entre las cuales se elevaban de trecho en trecho arcos de antigua forma, donde descansaban las aves que desconocidas iban peregrinando á otras riberas.

Habiéndose abrazado Elena conmigo desde que observó el peligro que corria mi persona, arrastróme anegada en llanto hácia la fatal carreta. Seguíanos mi madre, entre los insultos que prodigaba la muchedumbre á su

gravedad y compostura, y de esta suerte atropellados, silbados, escarnecidos, como un fragmento de la escelsa monarquía, nos arrojamos á las plantas de los reyes. Levantáronnos para abrazarnos, acariciarnos, darnos gracias por tales muestras de fidelidad y ternura, mientras redoblaban los silbidos del populacho, amenazándonos con mil muertes, aunque Barnave iba con infatigable celo recorriendo sus carros y sus filas, deteniendo aqui un brazo ya levantado contra nosotros, sofocando alli una blasfemia ó un insulto, y persuadiendo á todos aquellos bárbaros que no graduasen de traicion ni alevosía un puro movimiento de amistad y de dulce desahogo. Lo mas sensible era que en medio de aquellas oleadas é insultante algazara, apenas podíamos entendernos, añadiéndose para mayor congoja, que apenas podíamos articular nuestras fervorosas razones al través de los suspiros y del llanto que nos ahogaba.

— Ya lo veis, dijo finalmente la reina, cual nos arrastran á la prision, tal vez al cadalso, como si no vieran en mi esposo el

hombre mas honrado de la Francia y la amabilidad y la inocencia mas celestial en este querido y desgraciado niño. ¡Dios mio, no hay quien les diga que se ensañen contra mí sola, pues á mí solamente acusan de los males de su patria!”

¡Cómo responder á estos lamentos!... llorábamos, besábamos sus manos, abrazaba Elena sus rodillas, y no sabíamos arrancarnos de aquel rústico carruaje. Mirábanos el rey con benigna y resignada sonrisa, madama Elisabeta estrechaba contra su pecho un crucifijo, y el delfin y su hermana nos suplicaban juntando las tiernas palmas que rogásemos é intercediésemos por la vida de sus padres. ¡Cuadro sensible y patético! ¡Cuadro capaz de conmover á las furias vomitadas del abismo!... pero lejos de suavizar los furrores de aquella desalmada turba, púsose á dar voces de *¡marchen! ¡á Paris! ¡fuera los aristocratas!* y otras semejantes, acompañadas de un diluvio de desvergüenzas é imprecaciones. Confuso, tímido, cubierto de polvo, llegó entonces Barnave á la carreta y

á pesar de las insolencias del populacho, de esponderse á su enojo y acaso á perder la vida, no pudo dejar de quitarse el sombrero al acercarse á la reina. Advirtióle María Antonieta, con angelical mansedumbre, que no se atrajese el resentimiento del pueblo por una vana é insignificante ceremonia. Al eco de tan virtuoso esfuerzo, fijó Barnave los ojos en aquella magestad vencida, y leyóse en su semblante el amargo efecto de un arrepentimiento tardío y como que maldecía en lo íntimo de su alma los sangrientos resultados de su obra.

—Señora, dijo sin casi poder pronunciar una sílaba... traspásanme las entrañas los ultrajes con que mancillan el honor de V. M., y no era mi ánimo hacerla pasar por semejante oprobio. ¡ Ah, cuán lejos estaba de preveer...

—No os acordeis de mí, respondió la reina; arrojadme, si así conviene, á las iras del populacho... pero ¡ estos infelices niños!... decidme, señor diputado, ¿qué delito pueden haber cometido para que los envuelvan en

las maldiciones de la persecucion general?

—¿Teneis alguna órden que darme?..... preguntó Barnave conmovido hasta lo sumo y viéndose en el mayor aprieto, por cuanto el pueblo empezaba á injuriarlo, receloso de la conferencia que tenia con los reyes.

—¡Orden!... exclamó la reina, ninguna; solo si me atreviera os manifestaria un deseo que no me parece inoportuno ni injurioso á los nuevos gobernantes...

—Hablad, augusta señora... por desgracia se ha desencadenado la hidra, y aunque puedo ya harto poco contra el ímpetu de sus furores, yo espiaré mis faltas hácia vos, dejándome arrastrar y decapitar por serviros.

—¡Ah, no dudo que tal fuese vuestra desgracia, porque todo lo que á mí se une por vínculos de agradecimiento, de respeto ó de amistad, vive en la tribulacion y la amargura y perece desgraciadamente en flor. Lo que quisiera, sin embargo, no mas es el que se alejase algun tanto al que lleva enarbola-da aquella cabeza lívida!... ¡ay de mí! prosiguió derramando, sin ya poder resistirlo, al-

gunas lágrimas , varias veces nos la han enseñado , atemorizando con ella á mis pobres hijos y obligándonos casi á imprimir los labios en sus pálidas facciones!..

— *¡Fuera los aristocratas!* gritó con mas fuerza el populacho.

—Idos, idos, amigo mio, decia la reina al jóven tribuno , mientras á pesar de sus esfuerzos y del popular tumulto le besaba una mano que humedecia con ardiente lloro; idos, amigo mio , de lo contrario veo enarbolarse mil picas para traspasaros á mis plantas.

—Traspásenme, cébense en mi sangre; pero oiga yo á lo menos de vuestro divino labio una palabra de consuelo y de perdon.

—¡Ah , pluguiese á Dios que os perdonase el pueblo, ese rasgo de amistad hácia una desgraciada familia , como os perdonamos nosotros el mal que impremeditadamente nos hicisteis."

Redobláronse las voces, y atravesando Peñon por entre la muchedumbre ya contra Barnave encolerizada y frenética, llegó á él, y arrancóle de alli casi exánime, para que no

fuese víctima del resentimiento de la plebe. Solo tuvo lugar de lanzar mientras se lo llevaba una mirada á la reina, donde se veía pintado su amor, su desesperacion y el lúgubre presentimiento de su muerte: su colega en tanto hubo de forjar mil mentiras para disculparle; y gracias á su grande ascendiente, le fue posible penetrar por entre las turbas jacobinas, sin que hiriesen las hachas y los puñales su ya proscrita cabeza.

Mientras hablaba María Antonieta con el tribuno, apoyóse en el hombro de Elena por un movimiento natural en ella, desde que mi amable esposa la servía. Volvieron, pues, á unirse, á acariciarse, á llorar juntas, y ya no tuve aliento para quitar á la reina este plácido consuelo, tanto mas indispensable y lisonjero, cuanto que se veía en absoluto desamparo. Tambien mi madre quiso quedarse y seguirla; mas ni lo permitian sus años, ni accedió á ello la consideracion de la reina.

— Corred á José II, me dijo, y dejad conmigo á ese ángel de ternura, para que plante un ciprés junto á nuestro solitario se-

pulcro. A Dios, princesa de Wolfen, amado Federico, á Dios: en vosotros confío la salud del rey y de mis hijos.... á Viena, inmediatamente á Viena, prosiguió en voz baja....

—Pero preferid las negociaciones á las bayonetas..... añadió Luis XVI en el mismo tono...

—¡Ah, nunca olvides, Federico, exclamó Elena, que ambos debemos sacrificarnos por esta familia augusta!.. corres á un palacio, y voy á sumergirme en una cárcel porque así lo exigen sus infortunios, y porque tal es el destino, el cruel destino de los que justamente se precian de sumisos y leales.”

Tiraron entonces del carruaje: rechinaron sus ruedas, y moviéronse las hordas y agitáronse las banderas y blandiéronse las picas, y todo se puso en marcha por el mismo camino real que recorrí pocos días antes con el intrépido Jorge. Parecíame descubrir aun en la vanguardia la desencajada testa de Castelnau, para anunciar á los parisienses la nueva época de sangre, de terror y de exterminio que desde aquel día comenzaba.

Detúvose todavía á poca distancia la carreta, porque la real familia pidió un poco de agua. Inmóvil en la plaza de aquel aborrecido lugar, noté como presentó la reina el humilde jarro á su esposo, despues á su hermana y lo sirvió despues á sus hijos, dándose á sí misma el último lugar. Aun hallaron sus labios una celestial sonrisa para dar gracias á la jóven que se lo presentaba, y una mirada sus ojos para desde alli agradecerme el sacrificio que le hacia en dejar que se llevase á mi esposa. Un instante despues todo habia desaparecido... ¡ay de mí! halléme solo, cuando mas siniestra me era la soledad, sin esposa, cuando mas necesitaba de sus caricias, y con mi buena madre, cuando menos podia distraerla y consolarla.

Pasados algunos dias, seguíanme ya varios emigrados franceses hácia Viena para obligar al emperador á resolver inmediatamente contra la Francia. Pero desde entonces tomaron las cosas un giro tan diverso, hubo en los sucesos tal rapidez, en los caracteres tales contrastes de vicio y de virtud,

de ignorancia y de saber , que es preciso comprenderlo en una segunda parte, dirigida de intento á dar idea de la Convencion y del reinado del terror. Si nuestros lectores han hallado en la primera pinceladas no destituidas de algun acierto , para dibujar el verdadero cuadro de lo que fue la Francia bajo la Asamblea nacional y la Asamblea constituyente, nos lisonjamos de que no desmerecerán su aprobacion, las que hemos dedicado á descubrir el espíritu de los caudillos de las horribles é infames sectas que dieron direccion al sombrío abatimiento del pueblo francés , á las desgracias de la real familia y que provocaron principalmente los últimos momentos de una reina tan digna de admiracion en el trono, como ofreciendo la cerviz en el patíbulo.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

Fe de erratas.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
2	20	el donde,	el conde,
13	2	el eco	al eco
Id.	11	tenido	temido
37	24	estuvo	estuve
38	4	solo dejaron	dejando solo
39	8	y siguiéndole	siguiéndole
45	2	sea	rea
83	15	puedes	puedas
101	1	su corto	un corto
Id.	24	en todo	en toda
189	16	tenian	me tenian
219	12	lo cual	la cual
234	20	los eché	les eché
267	21	volvieron	volvióme
270	8	¡ Barnave bueno !	¡ Barnave ! bueno

Ayuntamiento de Madrid

ID. 1200050547

Ayuntamiento de Madrid



Imprenta de Madrid

MR
176

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200050547

